

LA Sombra

por MAXWELL GRANT

LA GRUTA
DE ORO

ADVENTURES
AUDACES
30
cvs



La gruta de oro

Maxwell Grant
La Sombra/33

CAPÍTULO I

EL BUQUE DE ORO

CLICK-CLICK-CLICK-CLICK... Clyde Burke, era todo oídos al sorprender el tamborileo rítmico de aquellos dedos. Su mano, oculta por el libro que estaba leyendo, anotó los puntos y rayas que iba sorprendiendo.

Sin volver la cabeza, Clyde recorrió con la mirada el salón de fumadores del vapor Patagonia y descubrió al autor del mensaje.

Un jugador de poker que daba la espalda a Burke estaba distraídamente levantando y dejando caer una pila de fichas que se encontraba a su lado en la mesa. Clyde podía ver el gesto desde su asiento.

Click-click-click-click...

Las manos de Clyde estaban atareadas; pero sus ojos se movían de un lado a otro de la estancia. Sabía que en algún rincón, un hombre estaba recibiendo el mensaje que el otro le enviaba.

Las miradas escudriñadoras de Clyde tuvieron su recompensa. Dos hombres sentados el uno frente al otro cerca de la puerta del salón, se levantaron juntos. Uno de ellos bebió de un sorbo el contenido de su vaso y a continuación ambos salieron pausadamente del fumador.

El tamborileo había cesado descuidadamente. Clyde Burke cerró su libro, se lo puso bajo el brazo y se levantó. Se detuvo para encender un cigarrillo y salió con toda calma de la habitación por la puerta que daba a cubierta.

El Patagonia navegaba a buena velocidad por un mar tranquilo, apenas rizado. Aunque se trataba de un buque ya viejo y relativamente de poco tonelaje, si se le comparaba con los transatlánticos más modernos, el Patagonia avanzaba rápidamente

aquella última noche del viaje emprendido.

La frescura del aire era excusa suficiente para que Clyde Burke se inclinase sobre la borda y volviera lentamente la mirada hacia la proa del buque.

De haber estado andando los dos hombres que habían salido del fumador por aquel sector de la cubierta, Clyde les habría visto sin dificultad.

Sin embargo, observó que la cubierta estaba vacía. Tan sólo quedaba una alternativa. Los hombres habían bajado a la cubierta inferior, por la escalera que desembocaba cerca de allí.

Clyde Burke se alejó de la borda y siguió el camino que suponía era el que habían tomado los demás. Llegó ante la escalera y bajó por la misma, parándose en la puerta del salón principal y mirando un momento a los que allí bailaban, sin descubrir rastro de los dos hombres que le habían precedido.

Prosiguiendo por un pasillo, Clyde llegó ante la puerta de su camarote. Entró en el mismo y cerró la puerta detrás de él.

Sentándose ante una mesita, Clyde abrió el libro que llevaba y transcribió los puntos y rayas del código de telegrafía a una hoja de papel blanco.

Se encontró con un mensaje indescifrable. El hombre que lo mandó usó sin duda alguna un código particular, únicamente conocido de él y de los destinatarios del mensaje.

Clyde Burke se levantó; la expresión de su rostro era seria. Tiró el cigarrillo por la portañola abierta y se acercó con cautela a la puerta, escuchando con atención. Convencido que nadie se encontraba en el pasillo, Clyde volvió a la mesa y empezó a tomar notas con lápiz.

Aparentemente, Clyde Burke era un periodista sin lazos conocidos, que encontró beneficioso desempeñar el papel de corresponsal en Inglaterra y Francia. Su presencia a bordo del buque no tenía significado especial.

Se trataba de un joven quieto, más observador que expansivo. Clyde poseía el talento de pasar inadvertido en muchos sitios.

Sin embargo, privadamente Clyde Burke perseguía actividades muy distintas de la que profesaba abiertamente. Su viaje a bordo del Patagonia, que se dirigía de Southampton a Nueva York, no se realizaba en interés del periodismo.

En realidad, Clyde no deseaba que unas noticias sensacionales le salieran al paso durante el viaje, ya que estaba allí actuando como agente de La Sombra.

Unas semanas antes, Clyde se encontraba en Londres, recogiendo noticias adecuadas para mandar cables. Luego poco antes de la salida del Patagonia de Southampton, Clyde recibió una orden especial de La Sombra, para embarcar a bordo de dicho buque.

No se le había indicado el fin que se proponía su misión, pero metiéndose la mano en el bolsillo, Clyde sacó un recorte de periódico que decía:

Cargamento de oro para los Estados Unidos.

“Un cargamento de oro que, según dicen tiene un valor total de 2.000.000 de dólares, será transportado por el vapor Patagonia. No se tiene sobre el asunto una información detallada, pero en los círculos financieros se presume que dicha remesa concierne a una transferencia de fondos privados. Teniendo en cuenta el cambio poco favorable a la exportación de oro de Inglaterra a los Estados Unidos, éste constituye el primer envío considerable que se realiza desde hace un año.”

Este párrafo impreso estaba preñado de significado para Clyde Burke. A fuerza de periodista, sabía que un embarque de unos dos millones en oro no se mencionaba por regla general en la primera página de un diario neoyorquino.

En las actuales condiciones, semejante transacción era un verdadero acontecimiento. Además, no se acostumbraba anunciar un envío del precioso metal, con tanta anticipación a la fecha de salida.

El recorte llegó a poder de Clyde, en Londres, algunos días antes del señalado para la partida del Patagonia...

¡Fondos privados... decía el suelto! Ahí también había un factor que se salía de lo corriente.

Aquel oro no gozaría de las medidas de precaución usuales que se adoptaban, cuando se efectuaban transacciones de aquella naturaleza entre gobiernos con importantes intereses financieros.

¡En resumidas cuentas, la noticia resultaba un anuncio al mundo entero de que una importante cantidad de oro se encontraría en alta mar, en una fecha determinada, al alcance de los que tuviesen la osadía y la ingeniosidad necesarias para apoderarse de ella!

Desempeñando el doble papel de periodista y agente de La Sombra, Clyde Burke aprendió muchas cosas respecto al atrevimiento de los ladrones internacionales.

Sabía que los círculos criminales de Nueva York, Londres y París daban golpes arriesgados cuando la ocasión se les ofrecía. Aquella noticia no debió publicarse nunca. Era un verdadero reto a la habilidad de la gente poco escrupulosa.

Tanto la Compañía naviera como la Prensa, habían dejado de reparar en los posibles resultados de aquella imprudente publicación.

En otras ocasiones se había mandado oro por mar y no parecía sino que un transatlántico resultaba un medio de transporte seguro, por lo que respecto a la posibilidad de un robo; pero en aquel caso particular, de pensar alguien en aprovecharse de la situación, ¿qué ocurriría?...

¡Oro en alta mar... sin que ni la compañía, ni las autoridades se preocupasen mucho del asunto! Después de todo, había seguridad en el hecho de que se necesitaría un super criminal para tener la osadía de apoderarse de los millones. Había noventa y nueve probabilidades contra una de que no se hiciese la menor tentativa para robar el oro; pero ahí donde todos se contentaban con las noventa y nueve probabilidades, existía un hombre que escogía la centésima.

¡La Sombra! El ser misterioso, rodeado de tinieblas y que luchaba contra el crimen, con mano de hierro..., la mente superior que frustraba los planes mejor formados por los bandidos más inteligentes!

¡El vengador solitario cuya identidad, era un misterio!... ¡La Sombra que adivinaba el peligro y el crimen con singular intuición!...

Por mediación de sus agentes, hombres de confianza que también ignoraban la verdadera personalidad de La Sombra, el maestro detective pulsaba el mundo de los delincuentes y vigilaba de continuo para estar al corriente de los crímenes proyectados.

Como agente de La Sombra, Clyde Burke estaba al acecho a bordo del Patagonia, dispuesto a enviar un mensaje urgente de un momento a otro, apenas descubriese la menor probabilidad de disturbios.

Hasta entonces, Clyde siguió al pie de la letra las instrucciones recibidas.

Buscó en torno suyo a los individuos sospechosos, fijándose particularmente en los indicios de connivencia posible entre los pasajeros.

Hasta aquella noche, Clyde no descubrió nada en el transcurso, del tranquilo viaje: pero las instrucciones recibidas de La Sombra, eran de redoblar la vigilancia cuando el buque se acercase a la costa de los Estados Unidos.

Clyde observó que el salón de los fumadores resultaba el lugar natural de reunión en el que pudiesen reunirse unos individuos mal intencionados.

Conferencias celebradas en cubierta o en los camarotes podían despertar sospechas, mientras comunicaciones ocultas en el fumador pasarían inadvertidas. Aquel razonamiento demostró ser acertado aquella misma noche al sorprender Clyde el mensaje en código lanzado por el jugador de poker.

En la actualidad, el buque se encontraba a más de cien millas de tierra.

Llegaría a la costa antes del alba, cosa de la que Clyde se había enterado conversando con los oficiales del barco.

No habían alcanzado todavía la zona peligrosa y aquella noche el deber de Clyde consistía en avisar por telegrafía sin hilos a La Sombra si algo ocurría.

Hasta entonces, Clyde no le había mandado ningún mensaje —. Así, pues, recibió la orden de no enviar ningún mensaje si nada interesante ocurría.

En su papel de pasajero, Clyde Burke obraba con tanto acierto y cautela que no podía en ninguna manera despertar las sospechas, de cualquier criminal animado de malas intenciones. Se había mostrado siempre extremadamente prudente, y en aquel preciso momento se preguntaba si esperaría o no otra hora antes de avisar a La Sombra.

No se le escondía a Clyde Burke la rapidez y seguridad con que La Sombra obraría. Comprendía que La Sombra adivinaba que los acontecimientos se precipitarían al acercarse el Patagonia a la costa. La marcha relativamente lenta del buque en aquel momento permitiría a La Sombra, alcanzarlo en una canoa automóvil o en

aeroplano, antes de que llegase a la zona peligrosa.

Saliendo de su camarote, Clyde comprobó con alivio que el pasillo seguía vacío. Se felicitó al pensar que aunque él sabía poco de los planes del enemigo, sus propias observaciones no habían despertado sospechas.

Clyde se detuvo en el salón fumador el tiempo suficiente para vigilar al jugador de poker, autor del mensaje cifrado. Se fijó también en otros hombres, sacando la conclusión que algunos de ellos resultaban sujetos sospechosos.

Media hora transcurrió de este modo. Como nada nuevo ocurría, Clyde salió del salón. De haber permanecido en el mismo unos instantes más, habría sorprendido otro mensaje enviado por medio de las fichas de poker. Esta señal tuvo por resultado la salida del salón de un individuo.

Paradójicamente, aunque Clyde Burke no había esperado bastante, había esperado demasiado..., lo que los acontecimientos de los diez minutos siguientes se encargaron de probar.

Clyde se encaminó al cuarto de la telegrafía sin hilos. Una vez allí el joven periodista se sacó un radiograma del bolsillo y lo entregó al telegrafista. Era un mensaje sencillo que Clyde tenía preparado para aquel momento. Iba dirigido a Rutledge Mann, Badger Building, Nueva York, y decía:

“Disponga adquisición valores como aconsejado.”

El mensaje iba firmado por Clyde Burke.

A la vista de todos se trataba de instrucciones relativas a una inversión de fondos, que Clyde enviaba a su corredor de bolsa de Nueva York; pero en realidad era un informe urgente de uno de los agentes de La Sombra a otro.

Rutledge Mann, corredor de Bolsa, hombre plácido y de modales quietos, era el agente de contacto entre La Sombra y sus ayudantes.

El telegrafista leyó el mensaje e inclinó la cabeza, dando a Clyde la seguridad que sería enviado antes de que transcurriera un cuarto de hora.

Clyde salió del cuarto y bajó a la otra cubierta. El telegrafista se dispuso a transmitir el cablegrama. Tenía el casco puesto y la mano sobre una palanca, lo que no le permitió darse cuenta que otro hombre había entrado en la habitación. El recién llegado era el hombre que había salido del fumador después de Clyde Burke.

Se acercó al telegrafista y le dio un golpe leve en el hombro. El hombre se volvió rápidamente y, reconociendo a su visita, se quitó el casco.

—¿Qué pasa, Pete? —preguntó en voz baja.

—Todo está dispuesto-contestó el del rostro cetrino—. A partir de ahora, contamos contigo, muchacho. ¡Que no salga nada que pueda ser un aviso! ¿Qué tienes aquí?

El telegrafista le alargó el mensaje de Clyde, que el otro leyó, devolviéndolo a continuación.

—Parece conforme-dijo—. Pero de todos modos...

—Más vale enviarlo-declaró el telegrafista—. Podría haber una queja...

—Bien —dijo el hombre del rostro cetrino; pero se detuvo de pronto y meneó la cabeza—. No, creo que no hay que arriesgarse. No veo nada de particular en ello; pero el jefe me ha dado la orden, y cuando dice algo, hay que cumplirlo. Me dijo de venir y darte esas instrucciones. Este mensaje se perderá en el barullo...

El telegrafista tomó la nota escrita, la miró con indecisión, pero al fijarse en la expresión del rostro de su compañero, se encogió de hombros.

—¡Bien, Pete! —dijo.

Arrugando el papel entre sus dedos, lo tiró a la papelera que se encontraba debajo de la mesa. Volvió a ponerse el casco y colocó la mano sobre la palanca. Pete le dio una palmada en la espalda, se volvió y salió de la estancia.

Unos minutos después, el hombre del rostro cetrino volvía a entrar en el fumador sentándose inmediatamente. Clyde Burke estaba sentado cerca de él y sorprendió la mirada que cambió con el jugador de poker.

Clyde Burke sonrió para su capote. Los acontecimientos se precipitaban y algo se tramaba en la sombra. Tendría que ser todo ojos y oídos aquella noche con el fin de enterarse de lo que pudiese para ayudar a La Sombra.

En cuanto a las medidas que era conveniente tomar, Clyde no se preocupaba. Aquello era cosa de La Sombra y por mediación de Rutledge Mann, que no se movería de su oficina aquella noche, La Sombra recibiría su mensaje.

Así era cómo Clyde Burke reflexionaba, ignorando que la suerte

le era adversa aquella noche y que su mensaje a Nueva York no sería entregado.

Unos criminales preparaban un golpe importante y el aviso de Clyde no había sido transmitido.

El Patagonia seguía navegando por el mar silencioso, acercándose a un lugar en el que extraños acontecimientos iban a desarrollarse, sin que pudiera intervenir la única persona que había adivinado el atentado.

A pesar de su eficacia, Clyde Burke había fallado aquella noche. ¡Le faltó la intuición necesaria en aquel caso y mientras sonreía pensando en la sorpresa que les esperaba a los bandidos, que se encontraban a bordo del trasatlántico, su propio plan quedaba frustrado, dejando el campo libre al crimen!

CAPÍTULO II

EL ROBO

LA pálida y débil luz del alba empezaba a difundirse en el horizonte en la popa del Patagonia. El trasatlántico resultaba un bulto oscuro e indefinido en medio de un mar plácido, mancha negra y movediza esmaltada de pequeñas luces centelleantes que brillaban por las portañolas.

El tamaño del buque y aquellas luces hacían visible al Patagonia a los ojos que vigilaban a más de una milla de distancia; sin embargo, los vigilantes pasaban inadvertidos por los que se encontraban a bordo del trasatlántico.

Una canoa automóvil, larga y estrecha, de cubierta completamente lisa y poseedora de maquinaria silenciosa, se mantenía a la altura del gran buque.

La embarcación misteriosa se había acercado, a favor de la oscuridad siguiendo al Patagonia durante más de veinte millas y sirviéndole las luces del barco de faro movedizo.

Hasta entonces la placidez de la escena no quedó alterada; pero al hacerse de día, la embarcación sería bien pronto visible.

Los mástiles y las chimeneas del Patagonia formaban ya negras siluetas contra el fondo más claro del cielo. De pronto un cambio ocurrió en el aspecto del trasatlántico y al verlo, la canoa automóvil cambió de rumbo y puso la proa hacia el Patagonia.

Una columna de humo blanco surgió en la popa del gran buque. En pocos segundos, toda la parte del barco quedó envuelta en un vapor blanco y espeso que brotaba de portañolas y pasadizos.

Visibles en el acto a los ojos de los vigilantes que se encontraban a una milla de distancia, los efectos de aquel extraño acontecimiento fueron descubiertos a bordo del Patagonia un

minuto o dos después.

Llegó por sorpresa al conocimiento de Clyde Burke, uno de los pocos pasajero que estaban despiertos. Clyde, que se encontraba en el salón fumador, mirando cómo se desarrollaba la partida de poker que todavía proseguían unos pasajeros, oyó de pronto las campanadas y sintió el cambio de marcha del barco que proclamaban el hecho de que algo insólito ocurría.

Dominando su excitación, Clyde miró a los hombres que estaban sentados a la mesa y les vió cambiar miradas de fingida consternación; luego, de común acuerdo, rechazaron las fichas y se encaminaron a cubierta seguidos de Clyde.

Unos hombres corrían de un lado para otro en cubierta, encaminándose todos a popa. Clyde vió la columna enorme de humo blanco que se levantaba en dicha dirección y su primera impresión fue que el barco ardía y que la tripulación del Patagonia se encontraba ante el mayor peligro doble en alta mar.

Luego, al quedar la cubierta desierta, Clyde comprobó que los individuos del fumador corrían en la dirección opuesta y la verdad se le impuso.

El buque no ardía, aunque la tripulación así lo creyera. Algunos sujetos, cómplices de los jugadores del fumador, habían tirado bombas de humo en la popa; logrando dar la sensación de un principio de incendio y esta estratagema había reunido en el mismo lugar a todos los marineros.

¡Cuatro hombres corrían hacia el sector del buque desertado por los tripulantes... dirigiéndose a la oficina del sobrecargo, situada en la cubierta inferior! ¡Allí, encerrados en una caja de caudales, se encontraban los dos millones en oro!

Viendo a los invasores meterse por una de las escaleras, Clyde les siguió y corrió más allá del lugar en el que habían abandonado la cubierta.

Comprendía que bajaban por la escalera inferior y él escogió los escalones exteriores que reunían ambas cubiertas. Un minuto después, se encontró en la cubierta inferior y, agachándose al lado de la borda miró al interior del buque.

Los cuatro invasores habían llegado ante la oficina del sobrecargo y Clyde les vió hablar con el hombre de uniforme. El oficial fue de pronto apartado a un lado y los hombres entraron en

la oficina. En el mismo instante, nuevos rostros aparecieron en la otra escalera de la cámara.

Una docena de hombres entraban en el ataque. Los que habían tirado las bombas de humo se habían trasladado rápidamente a proa, escondiéndose hasta que casi la totalidad de la tripulación echara a correr hacia popa.

Se oyó un tiro, seguido de otros varios en la oficina del sobrecargo y el hombre de uniforme salió tambaleándose, cayendo de bruces y permaneciendo inmóvil. Su tentativa de resistencia a los invasores le había acarreado la muerte.

¿Dónde estaría La Sombra?

Clyde Burke había confiado en su jefe para frustrar los planes de los bandidos; su tarea había consistido en avisarle y en esperar sus órdenes.

Movido por la desesperación, Clyde volvió los ojos hacia el mar y una alegría repentina se apoderó de él.

Acercándose rápida y silenciosamente al buque, veía una canoa automóvil larga y de proa puntiaguda, que semejaba algún monstruo surgido de las profundidades del océano. La canoa estaba ya casi a la altura del trasatlántico, apenas visible su cubierta que permanecía a ras del agua oscura.

Inclinándose sobre la borda, Clyde hizo señales con los brazos. Estaba convencido que la ayuda llegaba y le pareció que alguien le contestaba desde la sombría cámara de la canoa, al ponerse ésta al lado del Patagonia.

Clyde se volvió rápidamente al oír pasos a su espalda. Un hombre moreno subía por la escalera de la cámara y se abalanzó sobre la borda, a diez pasos escasos de él.

Estaba tan absorto en lo que hacía, que no se fijó en la presencia de Clyde Burke. Éste le vio hacer una seña a los de la embarcación, oyó un silbato y una contestación por parte de éstos.

El hombre se alejó de la borda y vio a Clyde Burke en el preciso instante en que éste comprendía la verdad. La canoa automóvil no había traído a La Sombra; en vez de eso iba mandada por hombres confabulados con los que habían atacado la oficina del sobrecargo.

Los de la canoa habían tomado a Clyde por un amigo; pero el hombre de cubierta le reconoció como enemigo y un revólver brilló en su mano al abalanzarse sobre Clyde.

Éste le esperaba a pie firme. Tenía la automática en el bolsillo pero era demasiado tarde para sacarla. En cambio, Clyde dio un salto adelante y asestó un formidable directo en el rostro de su adversario.

El hombre cayó de lado para esquivar el golpe y Clyde se echó sobre él. Le arrancó el revólver de la mano, le lanzó con toda su fuerza sobre la cubierta y echó a correr hacia la escalera que conducía a la oficina del sobrecargo.

El ruido apagado de una explosión hizo retemblar la cubierta y varios hombres salieron corriendo de la escalera de la cámara. Acababan de volar la caja de caudales de la oficina.

Clyde Burke se paró en seco, cara a cara con media docena de bandidos. El que se encontraba más cerca levantó el revólver, pero Clyde disparó antes de que pudiese hacerlo el otro.

El enemigo cayó y Clyde, comprendiendo que no podía luchar con los demás, echó a correr rápidamente por la cubierta, llegando al amparo de una puerta de camarote, en el preciso instante en que unos tiros vengadores barrían la cubierta detrás de él.

De haber sus adversarios realizado un ataque en masa, habrían reducido a Clyde a la impotencia en breves momentos, pero en vez de esto, permanecieron en la escalera de la cámara, disparando a intervalos.

Varios miembros de la tripulación se acercaban por la cubierta, atraídos a aquel lugar por el ruido de la explosión.

Se oyeron más tiros. Los que defendían la puerta tuvieron que replegarse para ponerse en lugar seguro. La tripulación armada siguió adelante. Clyde, aceptado a fuerza de aliado, se reunió con ella y, juntos, llegaron a la entrada de la que el enemigo se había retirado. EL lugar estaba desierto, exceptuando lo alto de la escalera en donde se encontraban tres hombres decididos, que abrieran un fuego mortífero que tumbó a media docena de miembros de la tripulación.

Durante un momento, Clyde pensó que los hombres del Patagonia habían llegado a tiempo para salvar el oro, pero al huir los bandidos que defendían lo alto de la escalera y bajar la tripulación hasta la puerta de la oficina del sobrecargo, la caja, destrozada y vacía, le dio la prueba clara e inequívoca de aquel crimen osado.

—¡El oro, el oro! —exclamó Clyde, volviéndose a los hombres que le acompañaban—. ¡Se lo llevan abajo! ¡A la canoa!

Calló de pronto. Sus palabras fueron oídas de los hombres que se retiraban por la escalera y un tirador arriesgado surgió de repente a la vista disparando su arma. Clyde cayó con una bala en el hombro.

El hombre que le había herido volvió a apretar el gatillo con el fin de poner término a la vida del informante, pero aquel disparo fue el último que hizo en su vida. Media docena de marineros contestaron a su atrevido ataque y el hombre se desplomó, acribillado a balazos, rodando escaleras abajo.

Unos hombres se inclinaron sobre Clyde Burke, mientras otros perseguían al enemigo que se retiraba por la escalera. Se daba cuenta que era el único que había presenciado la llegada de la canoa.

—Tie... tienen el oro —balbuceó—. Abajo hay una pequeña embarcación... al lado... del buque...

Haciendo un esfuerzo, se puso de pie y echó a andar hacia la puerta que daba a cubierta. Los demás hombres le siguieron. Clyde se dejó caer sobre la borda y señaló hacia abajo con su brazo ileso.

Allí se veía a la canoa que se destacaba ya claramente. Unos rostros blancos miraban hacia arriba desde la pequeña cámara de la embarcación.

Antes de que los compañeros de Clyde pudiesen hacer algo, vieron una hoja de metal abrirse hacia afuera en el flanco del Patagonía.

Una escotilla de las que servían para embarcar carbón había sido abierta desde el interior del buque y un saco largo y llano salió por la abertura mientras unas manos se levantaban para recibirlo.

¡Era un saco de oro!

Una horda de bribones había transportado el oro abajo, mientras sus compañeros bloqueaban el camino a retaguardia. Algunos miembros de la tripulación eran sus cómplices y les habían ayudado. El oro salía por aquella abertura e iría a parar a la canoa que esperaba.

Los hombres que rodeaban a Clyde abrieron el fuego, pero sus disparos, irregulares, cesaron casi inmediatamente. Clyde se echó atrás con ellos al oírse en la canoa el ruido rítmico de una ametralladora.

Una lluvia de balas barrió la borda en el lugar donde la tripulación se había encontrado segundos antes.

Se oyeron disparos en las cubiertas inferiores. Viendo que cualquier ataque resultaba ineficaz desde aquel sitio, los compañeros de Clyde se encaminaron a la escalera más próxima.

Otros hombres subían con el fin de cuidar a los heridos. Apoyándose en la puerta de un camarote, Clyde escuchaba el fragor de la batalla.

Los ladrones del oro habían preparado su camino hasta la cala y trasladado el metal robado, relevándose y protegidos por un puñado de pistoleros.

Debajo de cubierta, mantenían la tripulación a raya mientras cargaban los sacos en la canoa automóvil.

La ametralladora de la embarcación aseguraba su huída. Se oía todavía su crepitación que impedía a la tripulación el acercarse a la borda del Patagonia.

Mientras dos hombres ayudaban a Clyde Burke a ponerse de pie, un grito salvaje y triunfante subió de abajo.

Brotaba de veinte pechos y traducía el hecho de que la tripulación había dominado a la retaguardia de bandidos que detenía su paso. Los hombres del Patagonia habían sido más fuertes que los pocos bandidos que les ofrecían resistencia.

Pero el grito de triunfo quedó cubierto por otro sonido... el zumbido de un motor. La ametralladora escupió sus últimas balas antes de que la canoa iniciara su huída.

Los hombres que ayudaban a Clyde se volvieron hacia la borda y al igual que ellos, Clyde vio lo que ocurría abajo.

El último saco de oro había sido echado en el interior de la canoa.

Recibiendo la seña de alejarse, la rápida embarcación se alejaba del flanco del gran buque.

En su prisa por irse, los hombres que habían recibido el oro, no se ocupaban de los que habían volado la caja a bordo del Patagonia. Unos gritos salvajes se dejaron oír al saltar hacia la canoa, los hombres que habían cargado con el oro y querían escapar del ataque de la tripulación que invadía la cala.

Ni uno solo de los desesperados forajidos alcanzó su objetivo. Los pocos que saltaron cayeron al agua. Los demás se detuvieron en

la borda, cubriendo de improperios a los traidores que les abandonaban.

Volviéndose, abrieron fuego contra la tripulación. Luchando hasta el final, sus cuerpos, acribillados a balazos, cayeron en el océano.

Los marineros del Patagonia llegaron ante la escotilla abierta de la bodega y dispararon en vano sobre la canoa que se alejaba. Sus esfuerzos fueron inútiles. La extraña embarcación estaba ya lejos, abriéndose rápidamente camino entre las olas. Ya no formaba más que una rayita sombría en el horizonte... Se iba irrevocablemente, cargada con las riquezas robadas.

Apoyada la espalda en las almohadas de su litera, Clyde Burke se enteró unas horas después de los últimos detalles de la refriega. Clyde era uno de dos héroes del día... el único pasajero que había unido sus esfuerzos a los de la tripulación en la lucha contra los ladrones.

Su explicación de cómo había arrancado el revólver de manos de uno de los bandidos, justificó el hecho de que tuviera un arma en su poder.

Uno de los camareros acabó de ponerle al corriente de la situación. Cerca de veinte hombres habían sido identificados como miembros o aliados de la cuadrilla de ladrones.

De éstos, únicamente cinco, y entre ellos tres traidores que formaban parte de la tripulación del buque sobrevivían y estaban detenidos por delito de piratería.

Todos habían confesado haber sido pagados por unirse al complot; pero unánimemente proclamaban desconocer la identidad de los hombres del barco misterioso.

Los prisioneros parecían sumamente deseosos de vengarse de los que les habían abandonado a su suerte; pero ignoraban totalmente quiénes eran los que habían planeado el robo.

Luego, Clyde se enteró de una noticia que tuvo un alcance especial para él.

Entre los cadáveres se descubrió el cuerpo del telegrafista que desertó de su puesto al iniciarse el ataque. Al igual que otros, esperó poder escapar en la canoa que cargó con el oro y antes de abandonar el cuarto de la telegrafía, inutilizó el aparato.

¡En la actualidad, el Patagonia proseguía su viaje hacia Nueva

York, sin poseer el medio de informar al mundo de lo que había ocurrido a bordo!

Por sorprendente que fuese la noticia, resultó bien clara para Clyde Burke.

El joven comprendió que el traidor no había enviado su mensaje a La Sombra.

A lo lejos, en algún punto de aquellas aguas azules que Clyde veía por la portañola de su camarote, se encontraba una canoa automóvil, cargada con una fortuna en oro robado.

¡Las vidas de muchos hombres habían sido sacrificadas para obtener aquellas riquezas!

De haber llegado el mensaje de Clyde a poder de La Sombra, aquel crimen no se habría cometido. De ahora en adelante, Clyde comprendía que la tarea de La Sombra consistiría, en recuperar el oro robado y dar a los culpables el castigo merecido por haber sembrado la muerte, en su afán de acumular riquezas.

CAPÍTULO III

LA SOMBRA ACTUA

EL atrevido robo cometido a bordo del vapor Patagonia, constituyó una noticia sensacional en los periódicos neoyorquinos. Aquel acto de piratería no tenía precedentes en la historia de la navegación moderna.

A partir del momento en que el Patagonia, restableció el contacto con el mundo exterior por medio de la telegrafía sin hilos, hasta que atracó en el muelle de Nueva York y durante los días de pesquisas e investigaciones que siguieron, el robo del oro siguió siendo el tema principal; de las noticias de primera página.

Clyde Burke, corresponsal de la Prensa que tomó parte en la refriega, conquistó inmediatamente una posición en calidad de articulista especial, en la redacción del “Classic”, de Nueva York.

Sus artículos, firmados con su nombre, que empezaban con la relación de lo ocurrido y se sucedieron durante el período de las pesquisas, fueron reconocidos por el público como los más autorizados sobre el asunto del oro robado.

El Patagonia se encontraba a menos de treinta millas de la costa cuando se realizó el atentado. La canoa, embarcación sumamente rápida, a pesar de su construcción semi sumergible, le llevaba una ventaja de tres horas, suficientes para alcanzar la costa, descargar el oro y volver a alejarse por el mar.

Pero el grito de alarma lanzado por el Patagonia, había creado un ambiente que rebasó todo lo que se podía esperar. De común acuerdo todas las ramificaciones de la Ley se habían movido a la vez.

¡Piratería!

Aquella palabra electrizadora lanzó a las autoridades federales y

del gobierno a una acción inmediata. Los cúteres guardacostas salieron al mar.

Los “destroyers” y submarinos hicieron lo propio y una legión de hidroplanos recorrieron la costa.

En todas las carreteras, millas enteras, costa adentro, patrullaban los policías del Estado. Montaron la guardia en varios puntos unidades de la infantería de marina y los gobernadores designaron guardias nacionales para trabajos especiales. Desde la costa rocosa del Maine hasta las anchas playas arenosas de Florida, miles de vigilantes estuvieron ojo avizor.

Se inició una acción especial de investigación referente a los contrabandistas de alcohol, creyendo que podían estar complicados en el asunto. Docenas enteras de barcos entraron en los puertos, sin que ni uno solo contestara a la descripción dada del misterioso pirata.

Las suposiciones tenían el campo libre y muchos aseguraron que la nave desconocida era un submarino... el Nautilus de Julio Verne, transportado a la realidad de la vida moderna. De ser así, los ladrones podían muy bien estar ocultos bajo la superficie del océano.

Sin embargo era preciso que llegase a gran profundidad, para escapar a las observaciones de las patrullas aéreas. Un submarino no podría trasladarse rápidamente bajo el agua y en ocasiones se vería obligado a salir a la superficie.

El Patagonia era un buque inglés, lo cual hizo que las fuerzas navales tomaran parte en la búsqueda. Se vigiló a todos los puertos extranjeros.

No quedó un solo punto en el Atlántico, en el que los piratas pudieran ocultarse y sin embargo todos esos esfuerzos resultaron vanos.

Hubo también quien sostuvo la teoría de que los ladrones del oro, habían destruido su embarcación una vez desembarcado el tesoro robado. Pero era difícil que lo hicieran sin dejar rastro del hecho... En resumidas cuentas, el caso era un misterio que parecía destinado a no ser esclarecido nunca.

Existían pruebas positivas que el golpe había sido preparado con la mayor astucia. Los bandidos a bordo del Patagonia ignoraban los detalles del mismo.

Todos habían cobrado una cantidad por adelantado y se les prometió más dinero para más adelante. Todos lo habían recibido del mismo individuo, un tal Jeremías Stock, bandido internacional.

Stock debió recibir de alguien la información de que un barco se acercaría al Patagonia y de que él recibiría su parte del botín, atendiendo a la faena que debía desarrollarse a bordo del trasatlántico.

Fue uno de los primeros en llegar a la escotilla y, como siguiendo un plan preconcebido, allí permaneció dando órdenes. Cuando la canoa automóvil se disponía a alejarse, alguien metió de pronto una bala en el corazón de Stock...

A continuación los subordinados desertaron. El asunto entero resultaba la traición más despiadada, que nunca se perpetró en la historia del crimen moderno.

Los verdaderos piratas escaparon ilesos con el oro. En algún sitio buscaban refugio y seguridad y, a medida que la inútil búsqueda se prolongaba, se hizo evidente que los maestros bandidos habían formado bien, sus planes.

Las patrullas empezaron a ser menos numerosas por las carreteras. Las investigaciones llevadas a cabo en la costa se hicieron rutinarias. Únicamente en puertos alejados quedaba la esperanza, de que los malhechores pudieran ser detenidos debido a un golpe de suerte.

En ninguno de los informes respecto al Patagonia se mencionó el interés de La Sombra por el caso. Clyde Burke no dijo nada del radiograma que intentó mandar y el telegrafista que lo suprimió había muerto. Sin embargo, a pesar de sus largos y detallados artículos sobre el asunto del Patagonia, Clyde conocía otros hechos de los que no hizo partícipe a la Prensa. Éstos, que incluían el incidente del radiograma, fueron a parar a manos de Rutledge Mann, el agente de Bolsa que estaba en contacto con La Sombra.

A su vez, Rutledge Mann dio curso al informe junto con varias recortes de periódicos y los dejó en el buzón de una oficina vacía en un viejo edificio de la calle Veintitrés. Todos los mensajes colocados allí por Mann llegaban a poder de La Sombra.

El público empezaba a olvidar el asunto del Patagonia. La acción de la ley se debilitaba debido a la falta de indicios. Todos los esfuerzos menguaban, exceptuando los de un hombre que, al igual

que los piratas, era una figura de misterio.

¡Aquella persona no era otra que La Sombra!

En algún punto de Nueva York existía un lugar desconocido... es decir, el santuario de La Sombra. Allí era donde el ser misterioso que luchaba contra el crimen había establecido su cuartel general...

Una noche, algún tiempo después del robo a bordo del Patagonia, La Sombra llegó a su santuario.

Ni un sonido indicó su llegada a aquella estancia oculta. La Sombra penetró en ella como una criatura invisible que se confundía con las tinieblas circundantes.

Después de su llegada un leve ruido traicionó su presencia. Se oyó un chasquido y la luz extraña de una lámpara azul brilló en el rincón de una habitación de negras paredes.

Aquella asombrosa iluminación estaba dispuesta de tal modo que lanzaba sus rayos sobre la superficie pulimentada de una mesa.

No se vió allí rastro alguno de una presencia humana, hasta que dos manos blancas se colocaron bajo la luz, semejando criaturas vivientes desprendidas de los brazos a que pertenecían.

La mano derecha estaba desnuda; pero la izquierda ostentaba una joya centelleante en el tercer dedo. Aquella joya era el símbolo de La Sombra y su aspecto era misterioso.

Puesta de aquel modo bajo la luz, ésta le arrancaba destellos de matices cambiadizos. De un azul brillante, la hermosa joya adoptó tonos purpúreos que se trocaron en un fuerte color de malva...

La piedra semejaba un ojo siniestro que miraba desde una profundidad insondable. De pronto, empezó a brillar de un modo extraordinario.

Éste era el fenómeno propio de aquella piedra, símbolo de La Sombra, que era un ópalo de los más maravillosos que existen.

Al empezar a brillar la piedra, la mano que la llevaba se movió y unos objetos empezaron a aparecer sobre la mesa... Eran recortes, notas y, a continuación, agujitas y pequeños discos de colores variados.

La mano los dispuso en pilas separadas cerca del borde de la mesa y sacó luego una hoja de papel doblado, muy espesa. Abierto éste, resultó ser un mapa de la costa del Atlántico.

Unos ojos ocultos en la oscuridad estudiaban el mapa. La mano derecha cogió una aguja de cabeza blanca y la clavó en el sector

azulado del mapa.

La aguja señaló el sitio exacto en el cual se encontraba el Patagonia en el momento del ataque.

Al lado de la aguja, La Sombra colocó un pequeño disco negro, con el fin de representar la misteriosa embarcación pirata. La mano movió el disco en línea recta, recorriendo la distancia aproximada que la rápida nave pudo cubrir entre el momento del robo y el de la alarma.

Sirviéndose de la posición del Patagonia como base, la mano derecha tomó un lápiz y trazó un círculo perfecto.

Esté círculo señalaba el área en el cual el buque fugitivo, debió encontrarse sin duda alguna al iniciarse la búsqueda.

La mano izquierda recogió notas impresas que hablaban, de la actividad de los cúteres guardacostas más cercanos y la derecha colocó discos verdes en algunos puntos establecidos; luego, moviéndose uno tras otro, a lo largo de la costa, los hizo convergir hacia el Patagonia.

Esto permitió a La Sombra engrandecer el área posiblemente cubierta por el barco misterioso. El círculo que señalaba éste incluía un buen trozo de costa.

En aquel sector, La Sombra colocó en varios puntos unas agujas de cabeza roja... cada una de las cuales indicaba un posible lugar de desembarque.

Hecho esto, La Sombra señaló puntos, que cubrían las carreteras que llevaban a los sitios de mayor importancia de la costa. Éstos representaban los cordones que fueron establecidos.

La abundancia de estas señales probaba claramente, que una verdadera barrera había sido levantada detrás de aquel sector.

La Sombra obraba de acuerdo con la suposición, de que el buque fugitivo se había acercado a la costa. El gobierno hizo lo propio, pero el hecho de que una búsqueda cuidadosa no había dado el menor resultado, fue suficiente para eliminar aquel área. Sin embargo, La Sombra continuaba interesándose por aquel sector en particular.

Una porción de la costa, un sector de unas veinte millas de largo, pareció retener su atención más que ningún otro. Yacía dentro del círculo en que el barco misterioso pudo encontrarse y en tres sitios distintos ostentaban agujas encarnadas. Los dedos de La

Sombra se movieron tocándolas una tras otra.

Una risa apagada sonó en aquella estancia de misterio, risa preñada de significado. Mentalmente, La Sombra reconstruía el complot, viéndolo en sus menores detalles con la misma perceptibilidad, conque los villanos lo enfocaron.

Tomó notas con una pluma. La Sombra calculaba el momento exacto de la salida del sol, el día del robo a bordo del Patagonia.

Su mano derecha se adelantó y sacó dos de las agujas de cabeza encarnada.

La única que quedó marcaba un promontorio que llevaba el nombre de Punta del Este.

Una bahía se extendía entre el estrecho cabo y la costa. Unos puntitos diminutos señalaban unas islas de varios lugares. La Punta del Este resultaba el sitio más aislado de aquel sector de la costa y ofrecía también un puerto conveniente.

El motivo de la elección de La Sombra saltaba a la vista, particularmente a causa de sus referencias a la hora en que ocurrieron los acontecimientos.

La embarcación misteriosa no se había acercado al Patagonia hasta que las tinieblas empezaron a disiparse. Un ataque nocturno habría presentado grandes dificultades.

Conseguido su objetivo, el barco fugitivo había perdido una gran ventaja que le ayudó a acercarse... es decir, al amparo de la noche. Se vió obligado a huir a la luz cada vez creciente del día.

Pudo alcanzar la Punta del Este-según los cálculos realizados por La Sombra en dos horas. El sol empezaba entonces apenas a despuntar en el horizonte y en un lugar tan desierto era posible desembarcar con toda facilidad.

Pero ahí surgía un nuevo obstáculo. Las carreteras de la península no estaban hechas, para realizar por ellas viajes tan rápidos.

Sería preciso otra hora para alcanzar el continente, lugar en donde la punta concluía en una población pequeña, pero floreciente.

Sin embargo, eso no le concernía a La Sombra. Continuó señalando la aguja con el dedo. Ahí, en la Punta del Este, el oro pudo ser desembarcado.

Los guardacostas habían escudriñado el promontorio sin

encontrar rastro de barco alguno. La Punta del Este quedó eliminada desde el principio, entre otros muchos lugares.

Las agujas y los discos iban desapareciendo. Únicamente quedaba una, el puntito rojo que brillaba sobre la punta extrema del cabo desierto, conocido bajo el nombre de Punta del Este.

La Sombra había marcado un punto vital... No había aportado solución alguna al problema esperando sencillamente hasta que las indagaciones del gobierno fracasaran, no dando resultado alguno.

Empezaron con el conocimiento de que la astucia había vencido a la Ley.

La Sombra prosiguió su lógico razonamiento, tan claramente como si él en persona hubiese planeado un robo a mano armada, a bordo de un buque como el Patagonia.

La mano de La Sombra escribió un breve mensaje en código sobre una hoja de papel. Al secarse la tinta, las manos de La Sombra doblaron la nota.

Escrito con tinta invisible, este sencillo mensaje desaparecía tan pronto como su destinatario lo hubiese leído. Éste era el sistema que La Sombra usaba para comunicarse directamente con sus agentes.

Las manos deslizaron la nota dentro de un sobre. Usando otra pluma-mojada en tinta ordinaria-La Sombra escribió las señas con la mano derecha.

Sus dedos inscribieron el nombre y la dirección en letras claras, mientras la mano izquierda descansaba sobre la mesa, sosteniendo la orilla del sobre.

El ópalo brillaba fantásticamente, como si sus destellos aprobaran silenciosamente la acción de La Sombra. La piedra y la mano permanecieron encima del sobre, mientras la mano derecha dejaba la pluma y se levantaba lentamente.

Se oyó un chasquido. La luz azulada quedó apagada y el cuarto a oscuras.

La Sombra salió dejando oír nuevamente aquella risa suya fantástica y siniestra que despertaba ecos en la estancia oculta y hubiera helado la sangre en las venas de cualquiera.

Se apagó finalmente y un silencio de muerte la reemplazó, El cuarto estaba vacío. La presencia dinámica que lo llenó se había alejado.

La Sombra se había retirado; pero en pocos minutos de cálculo intenso, preparó sus planes y dio las órdenes que pondrían a sus fieles agentes en movimiento.

CAPÍTULO IV

EL FORASTERO DE PUNTA DEL ESTE

LA llamada insistente del teléfono despertó a Harry Vincent.

Inclinándose fuera de la cama, Harry levantó el receptor del aparato y, bostezando, dijo, medio dormido:

—¡Diga!

—¿El señor Vincent?

Harry contestó afirmativamente.

—¡Aquí la Compañía de Standard Crucible! —dijo una voz lenta y monótona—. ¿Puede usted agenciar un encuentro con nuestro representante a las diez?

—¡Desde luego! —contestó Harry—. Le veré con sumo gusto.

Colgando el receptor, Harry consultó su reloj, viendo que eran las nueve. Se vistió apresuradamente y salió de su cuarto. Bajó en ascensor al comedor del hotel donde se hospedaba y ordenó un buen desayuno, pues se daba cuenta de que tenía tiempo de ingerirlo.

Desde su mesa, Harry veía pasar a la gente en el lujoso vestíbulo del Hotel Metrolite. Su actual posición le recordó sus primeras aventuras que se sucedieron, desde el día en que hizo su residencia de aquel excelente hotel neoyorquino.

Aquel recado telefónico, que para otros oídos no habría sido otra cosa que una mera cita comercial, era para él una llamada para ponerse en acción.

Significaba que Harry Vincent debía inmediatamente ponerse al servicio de La Sombra.

Dos palabras habían sido recalçadas especialmente por teléfono: Our man, es decir nuestro hombre, nuestro representante. Siempre que los agentes de La Sombra comunicaban entre ellos, lo hacían

pronunciando con énfasis ciertas palabras que tenían un significado especial.

Para Harry our man significaba R. Mann es decir, que tenía que ir a visitar a Rutledge Mann, el agente de Bolsa que era el agente de contacto de La Sombra.

Hacía algún tiempo que Harry Vincent se encontraba al servicio de La Sombra. Su carrera como agente de éste empezó la noche memorable en que Harry, iba a tirarse al río desde un puente y fue rescatado y arrancado al suicidio por una mano que se alargó hacia él en las tinieblas.

Desde entonces, Harry obedeció los mandatos de su misterioso salvador, fielmente y en todas ocasiones.

Nunca se encontró cara a cara con La Sombra; pero muchas veces La Sombra acudió en su auxilio cuando cayó en poder de enemigos.

La conclusión de cada episodio traía un período de descanso a Harry Vincent. Que viviese confortablemente en el Hotel Metrolite o en su casa de Michigan esperaba sencillamente que La Sombra, le hiciese una seña para entregarse a nuevas actividades en la incesante lucha que sostenían contra el crimen.

Al salir Harry del hotel y encaminarse al Badger Building, donde radicaba la oficina de Mann, adivinó el objetivo de su nueva misión. Por regla general, las órdenes de La Sombra surgían de un cielo despejado y, a menudo, La Sombra prefería trabajar solo; pero en aquella ocasión, Harry había leído los artículos publicados en la Prensa, respecto al robo de oro efectuado a bordo del Patagonia.

Esos artículos, firmados por Clyde Burke, daban a entender que La Sombra se interesaba por el asunto de dos millones robados, Clyde Burke y Harry Vincent habían trabajado juntos en más de una ocasión. Temporalmente incapacitado para hacerlo Clyde, era lógico que se recurriera a Harry.

Al llegar a la oficina de Rutledge Mann, Harry fue introducido en una habitación interior, en la cual encontró al corredor sentado ante una mesa cubierta por un cristal. Harry alargó la mano para saludarle y se sentó al lado de la mesa.

Los dos hombres formaban un contraste interesante. Harry Vincent, agente activo, era un joven bien plantado, cuyo porte denotaba eficiencia y confianza en sí. Era un hombre hecho para la

acción, de mirada aguda y firme y facciones correctas.

Rutledge Mann, agente pasivo, era más viejo que Harry y de aspecto lánguido. Correctísimamente ataviado, era regordete y ostentaba la expresión indiferente de la persona que encuentra la vida desprovista de interés y vive sumida en el aburrimiento.

Mann había sido siempre un enigma para Harry Vincent. Era casi imposible imaginárselo de otro modo que inactivo, tomándose la vida con tranquilidad y detestando la acción.

Sin embargo, Harry había visto a Mann en poder de unos bandidos que le habían amenazado con la tortura y la muerte, si no traicionaba a La Sombra.

Entonces Rutledge Mann mostró de qué fibra estaba hecho. Bajo su exterior indolente, había una fuerza y una determinación que se ganaron la admiración de Harry Vincent.

Aquel día, Rutledge Mann dio muestras de su calma habitual. Sin apresuramientos ni énfasis, sacó unos papeles del cajón de su mesa y los dejó caer sobre ella.

Una de las hojas estaba en blanco. Mann la rasgó y tiró los pedazos en la papelera.

Harry comprendió de lo que se trataba. La hoja en blanco había sido un mensaje de La Sombra, cuya escritura había desaparecido tan pronto como Rutledge Mann se había enterado de lo que decía.

—Esta tarde —declaró Mann con tono complacido—, irá usted a un sitio llamado Punta del Este. Saldrá en el expreso de la una y cambiará de tren en el Empalme de la Punta del Este. Una vez allí, Vincent, tal vez se encuentre a gusto para pasar unas cortas vacaciones en la región...

Harry asintió, comprendiendo lo que Mann insinuaba. Tenía que ir a la Punta del Este a investigar, permaneciendo allí hasta recibir nuevas órdenes.

—No hay hoteles en la Punta del Este-prosiguió Mann—. De hecho sólo hay algunas barracas cerca de la estación del ferrocarril; pero a unas cuantas millas de allí, en el promontorio, se encuentran mejores residencias. De todos modos pongo en duda que haya más de media docena de casas. El aire es excelente en el promontorio y el paisaje muy pintoresco. Además, las pocas personas que viven allí resultarán, sin género de duda, extremadamente interesantes. En consecuencia, creemos que el promontorio y no la pequeña

localidad que hay cerca de la estación ha de ser su lugar de residencia.

Harry asintió nuevamente, sonriendo levemente al reflexionar. El corredor de Bolsa le estaba diciendo en forma encubierta e ingeniosa que debía estudiar a los habitantes de la Punta del Este de cerca.

Al continuar, Mann, hizo la situación más clara y se refirió indirectamente al robo del oro.

—La Punta del Este—añadió Mann —, ha recibido últimamente numerosas visitas de agentes del gobierno, que buscaban un lugar posible de desembarque para cierta embarcación. Encontraron la Punta desierta. El promontorio y las pocas islas vecinas son extensiones de terreno arenosas e incultos. Las investigaciones fueron breves en aquel lugar... Usted es un sencillo turista que visita a la Punta del Este, porque le gustan los sitios tranquilos, adonde no llegan los ecos de la vida exterior. Como es de suponer que los actuales habitantes de la Punta tienen gustos similares (pues de otro modo no vivirían allí), no le será difícil hacer su conocimiento...

Terminando así su discurso, Rutledge Mann se recostó en su silla y descansó la barba en la mano. Harry Vincent se levantó y se dispuso a retirarse.

—Es una buena idea, Mann-dijo —. La seguiré... ¡Me marcho a la Punta del Este esta tarde!

Eran más de las cuatro de la tarde de aquel día cuando Harry Vincent se apeó del tren local en la Punta del Este. Encontró el país tal como Mann se lo había descrito.

Un viejo edificio ruinoso y huérfano de pintura era la estación del ferrocarril, cerca de la cual se levantaba una especie de barraca que hacía las veces de oficina de Correos. Algunas casitas rodeaban una tienducha en la cual se encontraba de todo.

Hubo un tiempo en que pensaron transformar aquel lugar en estación veraniega; pero la distancia que lo separaba de Nueva York y otros centros de población más favorecidos por la suerte le había sido adversa.

Harry se dio cuenta que encontraría difícilmente alojamiento, si no podía encontrar una residencia adecuada en la Punta.

El chofer de un viejo sedan le vio y le ofreció sus servicios.

—¿Va usted a la Punta, caballero?

Harry asintió haciéndole señas de que se acercara. El hombre se apeó y vino a recoger la maleta de Harry.

—Adiviné que iría usted a la Punta —dijo—. No se va a ninguna otra parte desde aquí. ¿A quién va usted a visitar?

—A nadie —contestó Harry con tono breve—. Supongo que encontraré algo para alojarme allí...

—No es tan fácil como parece-declaró el hombre—. En la Punta, todas las casas son particulares; pero puedo llevarle, si quiere.

—Tal vez no sea necesario-dijo Harry con descontento—. No pensaba encontrarme ante esta dificultad y quizá sea inútil que visite la Punta.

Sus palabras tuvieron efecto sobre el chofer del ruinoso taxi, ansioso de no dejar escapar un cliente. Colocó la maleta de Harry en el coche y procedió a darle mayores informaciones.

—Venga usted, caballero-insistió—. Tal vez lo arreglaremos una vez allí. Le gustará la Punta y creo que podrá alojarse...

Harry subió al coche y mientras se alejaban por una estrecha carretera sembrada de baches, el chofer empezó a exponerle la situación en la Punta del Este.

—No hay mucha gente en una Punta-declaró—. Antes estaba más animado, pero ahora han dejado de venir por estos parajes, y hay varias casas sin inquilinos. Los dueños viven en Nueva York y otras ciudades importantes. De manera que es difícil llegar a un acuerdo con ellos. No parece sino que tanto les da alquilar o no.

—Será inútil que vaya allí, puesto que no hay nada a la vista.

—Verá usted —insistió el chofer—. No pienso en las casas deshabitadas, sino en la posibilidad de llegar a un acuerdo con un señor que vive allí... únicamente hay tres personas en la Punta. Una de ellas es el viejo profesor Sheldon, que va y viene de Nueva York. Luego, hay Elbert Cordes, un sujeto antipático, se lo aseguro. Él vive allí todo el año, pero no vale la pena de hablarle. El profesor es buen hombre, pero exigente y minucioso. Cordes es un gruñón...

—Situación poco alentadora —, comentó secamente Harry.

—No-replicó el chofer—. Hay otro hombre, un tal Woodruff, un artista, algo chiflado... Su nombre es Malbray Woodruff, eso es. Iremos a verle.

—¿Por qué?

—Porque tiene una casa entera para él solo y siempre estaba

hablando de que unos amigos vendrían a hacerle compañía, sin que hayan llegado nunca. Estoy seguro que le interesaría tenerle a usted como huésped.

—No está mal la idea.

Llegaban al final de la Punta. Pasando entre un grupo de árboles anémicos, el coche rebasó una duna y una hilera de casitas, muy separadas unas de otras, surgió a la vista. Aquí el océano y la bahía estaban separados por una faja de terreno que tendría apenas doscientas yardas de ancha.

Más allá de las casas, la Punta mantenía su estrechez y formaba un gancho que protegía a la bahía sembrada de islotes.

Una débil brisa que llegaba del océano levantaba nubecillas de arena y Harry empezó a apreciar la desolación de aquel lugar, donde las casitas aisladas que veía eran los únicos indicios de vida humana.

Pasaron con el coche ante dos edificios deshabitados-y luego delante de otro que estaba en excelentes condiciones y que el chofer señaló a Harry.

—Esta es la casa del profesor Sheldon —explicó—. Vive allí a intervalos y tiene dos criados para cuidarle la finca. Es una buena casa, la mejor de la Punta. He estado dentro y está bien amueblada. Ahora, veamos...

El chofer frenó al acercarse al chalet vecino. Poca diferencia había entre éste y el primero. Ambos edificios se encontraban en excelentes condiciones.

—Es raro —observó el chofer—. No recuerdo cuál es la vivienda de Cordes y cuál la de Woodruff. Hace tiempo que no he ido más lejos de la casa del profesor... Probaremos aquí...

Tocó la bocina y Harry miró hacia el chalet viendo un rostro duro y desagradable asomarse de pronto a la ventana. Era la cara de un hombre ya canoso, que parecía resentido por aquella intrusión en sus dominios. Harry habló al chofer, quien miró en la misma dirección.

—No es aquí-dijo rápidamente —. Ese es Cordes. Es inútil que nos quedemos. No tengo ganas de hablar a ese viejo gruñón. La otra casa es la de Woodruff.

El coche siguió su camino y se detuvo delante de la última casa. El chofer se apeó y se acercó a la puerta. Llamó e hizo una seña a

Harry, quien se reunió con él. Nadie contestó a la llamada y el chofer se rascó la cabeza.

—Woodruff estará paseándose por los alrededores...

Calló de repente al divisar a un hombre, que se acercaba entre las dunas viniendo de la bahía. Era un individuo de piernas largas, de espalda encorvada y que andaba extraordinariamente deprisa.

Llevaba un caballete y otros utensilios de pintor y al acercarse a los dos hombres que le esperaban, les miró con atención a través de sus grandes lentes de montura de concha.

—¡Buenas días, señor Woodruff! —le saludó el taxista—. Estábamos buscándole. Aquí hay un caballero que desea conocerle...

Harry Vincent dio un paso adelante y estrechó la mano del artista después que éste hubo depositada en el suelo los artículos que llevaba.

—Me llamo Vincent-explicó Harry —. Llego de Nueva York y busco dónde alojarme en la Punta del Este. Un amigo mío me dio a entender que encontraría fácilmente algo, pero al llegar me han desengañado. Este hombre-prosiguió, señalando al chofer—, ha insistido para que hablara con usted. Ahora que estoy aquí me gustaría quedarme si eso puede arreglarse sin inconveniente.

Woodruff asintió pensativamente y se quedó mirando a Harry.

Su breve estudio debió darle satisfacción, puesto que se encogió de hombros, dio unos pasos y abrió la puerta de su casa, invitando a Harry a que pasara.

EL joven se encontró en una sala sencillamente amueblada y completamente en desorden. Por todas partes se veían esbozos y cuadros; las mesas estaban cubiertas de pipas y ceniceros y había libros en todos los rincones.

—No es muy lujoso —comentó Woodruff—, pero si usted quiere quedarse, sea bienvenido. Yo soy un dueño de casa muy descuidado. El resto de la casa está algo mejor. Puede usted escoger entre tres dormitorios que todos están amueblados y ordenados... La cocina está bien... podría usted prepararse las comidas o tomarlas conmigo si prefiere. Tengo un aparato de radio en este rincón; pero fuera de eso no hay ninguna distracción...

—Yo busco tranquilidad y reposo-explicó Harry —. Quiero descansar en un sitio tranquilo y si eso se vuelve monótono me pondré a escribir, ¿Cuánto me costará mi estancia aquí, Woodruff?

El artista llenó su pipa y se sentó en un sillón roto. Miró a Harry, pensativo, mientras aplicaba un fósforo al tabaco y habló por fin con tono metálico.

—Me gusta la solicitud, Vincent-declaró —, pero mi pintura me absorbe de tal manera que por regla general no tengo un céntimo en el bolsillo. Ahora mismo, estoy sin un centavo. Casi todo el dinero que tenía lo empleé en alquilar esta casa, de manera que he intentado hacer venir a unos amigos; pero me dicen que está demasiado lejos. La casa me cuesta cuarenta dólares al mes, alquilándola para la temporada. Mi idea es que cualquiera que quiera ocuparla conmigo pague el alquiler a medias.

—¿Y si le pagara cinco dólares por semana? —sugirió Harry—. De este modo podría quedarme el tiempo que me conviniera.

—Conforme-asintió Woodruff —. Eso me dará para comer. Podemos comprar los comestibles individualmente o a medias, como quiera usted.

Harry hizo una seña al taxista que esperaba en la puerta. El hombre salió y volvió a entrar, trayendo su maleta. Harry le dio un dólar en pago de la carrera y tan pronto como se hubo retirado alargó un billete de diez dólares a Woodruff.

—Dos semanas por adelantado-explicó —. Pase lo que pase, estaré aquí este tiempo por lo menos. Me alegro de poder instalarme en la Punta. No se moleste en lo más mínimo por mí. No me importa acampar de cualquier manera. Lo único que necesito es un techo para resguardarme...

El artista sonrió y dejó su pipa a un lado.

—Me gusta tenerle aquí, Vincent-anunció —. Hace un mes que espero la compañía de unos amigos, pero ¿y si viniesen? Es casi seguro que esto no les gustaría. Prefiero encontrar a un hombre como usted que parece estar en su ambiente...

Se levantó y cruzó la estancia en dirección a la puerta de la cocina.

—Son más de las cinco-dijo —. ¿Le parece que cenemos temprano para celebrar su llegada? Esta noche me toca trabajar a mí y podrá apreciar mi talento de cocinero, a pesar de que soy artista. ¡Suba su equipaje a uno de los cuartos del piso alto y considérese en su casa!

Arriba, Vincent escogió un dormitorio con ventana, que daba a

la carretera por la cual había llegado. Desde allí podía observar fácilmente lo que sucedía en los demás chalets de la Punta.

Miró la casa de Elbert Cordes y también a la hermosa vivienda del profesor Sheldon.

Los edificios abandonados que estaban más lejos recibieron ellos también su atención.

Harry Vincent tenía la impresión de que su estada en la Punta del Este sería sumamente interesante. Resultaba que tan sólo había tres habitantes en el lugar.

Había visto a uno de ellos... Elbert Cordes, se alojaba en casa del segundo, Malbray Woodruff, y tan sólo le quedaba por saber algo del tercero.

Mientras pensaba en esas cosas, Harry vio un gran automóvil que se acercaba por la carretera de la estación. Resultó ser una limousine y se detuvo frente al primero de los chalets ocupados.

Un hombre correctamente vestido de librea bajó del asiento del chofer y abrió la puerta. Un caballero de cierta edad y cabellos grises se apeó y entró en la casa, seguido del chofer.

Harry bajó a la planta baja de la casa de Woodruff y entró en la cocina, en la que encontró al pintor preparando la comida ante el fogón. Como quien no da importancia al asunto, Harry le dijo:

—Acabo de ver a alguien llegar en auto a otro de los chalets; era un caballero anciano en una limousine...

—¡El profesor Kirby Sheldon! —comentó Woodruff—. Es conferenciante de la Universidad y sociólogo notable. Llega en ocasiones de Nueva York. Es un viejo muy amable e inteligente. Le gustará conocerle. Iremos a verle esta noche.

Harry Vincent sonrió para su capote. Las cosas marchaban bien y sin pérdida de tiempo. Si algo podía saberse en la Punta del Este, estaba bien situado para enterarse de ellas. Le sería fácil vigilar a Woodruff y aquella misma noche conocería al profesor.

Sin embargo, lo que más le interesaba a Harry era el tercer habitante de la Punta. No olvidaba el rostro adusto que vio en la ventana de la segunda casa. Instintivamente comprendía que al enviar un informe detallado a La Sombra, éste debería contener una información definida respecto al hombre conocido bajo el nombre de Elbert Cordes.

CAPÍTULO V

LA SOMBRA ENTRA EN ACCIÓN

LA noche había bajado sobre la Punta del Este. En torno a los tres chalets, vagamente delineados en la oscuridad, la fuerte brisa del mar silbaba melancólicamente.

Algunas luces brillaban a través de las persianas y revelaban la presencia de seres humanos en aquellas viviendas.

La carretera de la estación formaba una cinta oscura que serpenteaba entre las dunas. Más allá de éstas, se perdía, haciéndose invisible.

Los que viniesen a la Punta podían acercarse sin ser vistos hasta aquel recodo, pero una vez franqueado, su llegada sería notada inmediatamente.

En realidad, quien estuviera vigilando vería acercarse un coche, aun antes de que alcanzara las dunas, pues en la Punta, oscura y aislada, la luz de sus faros quedaría visible a más de una milla de distancia.

Sin embargo, aquella noche, la primera que Harry Vincent pasaba en la Punta, un automóvil se acercaba de tal forma, que nadie hubiese podido darse cuenta de su llegada.

El coche, un cupé de carrocería baja, pasó por la pequeña población agrupada en torno a la estación del ferrocarril y, al alcanzar la carretera de la Punta, el que lo guiaba disminuyó la velocidad.

En el interior del cupé, una mano invisible apagó las luces. A partir de entonces, el coche se desplazó en la más completa oscuridad. Unos ojos penetrantes escudriñaban la carretera a través del parabrisas, guiándose por el estudio de la vaga cinta que formaba la carretera.

El viento silbaba a través de las ventanas abiertas del cupé. Aquella brisa y el ruido de la resaca eran los únicos indicios de que la Punta iba estrechándose.

Al rebasar la última duna, el conductor del cupé cortó el contacto, parando el motor del coche, que continuó rodando un momento, saliéndose del camino y yendo a parar al pie de una duna.

La puerta del cupé se abrió en silencio y volvió a cerrarse. Un ser humano había salido del coche y se acercaba a la carretera. Un leve soplo de brisa movió los pliegues de una larga capa negra, que lo cubría casi por entero.

El dueño de la capa apretó más estrechamente la prenda contra su extraño cuerpo.

¡La Sombra había llegado a la Punta del Este!

¡Invisible mensajero nocturno, penetraba en el área en la cual su fiel agente había sido establecido en calidad de investigador!

No se oían pisadas, ninguna forma visible quedó revelada, al acercarse el fantasma negro a la hilera de chalets. La brisa aumentó en intensidad y pareció exhalar una extraña queja al pasar el ser negro, ante las dos primeras casas y acercarse gradualmente a la tercera.

Cuando La Sombra se encontraba a pocas yardas de ésta, la puerta se abrió y dos hombres quedaron revelados a la luz que brillaba en el vestíbulo. Sin ser visto, La Sombra se apretujó rápidamente contra la pared del edificio. Esperó sin moverse, mientras los dos hombres salían.

Harry Vincent y Malbray Woodruff iban a casa del profesor Kirby Sheldon.

Se alejaron por la carretera, hablando tranquilamente al andar. Apenas hubieron pasado, el fantasma negro se apartó de la pared de la casa de Woodruff y les siguió a una distancia de menos de dos metros.

A pesar de su habitual vigilancia, Harry Vincent no se dio cuenta de que les seguían a él y a su compañero. La Sombra era maestro del silencio y de la oscuridad, aun tratándose de sus propios agentes.

Harry y Woodruff estaban hablando en voz baja al pasar delante de la casita de Elbert Cordes. Discutían acerca del profesor Sheldon

y durante el corto trayecto el silencioso espía que les seguía se enteró de su propósito.

De tal modo, La Sombra supo que Harry Vincent se alojaba en casa de Malbray Woodruff y que éste estaba en buenas relaciones de amistad con Kirby Sheldon.

Además, una frase casual de Woodruff le dio a entender que el artista no trataba al inquilino de la casita del medio... Elbert Cordes.

Al llegar Harry y Woodruff ante la puerta de la casa de Sheldon, La Sombra no se encontraba ya detrás de ellos.

Cambiando de rumbo, se movía paralelamente a los jóvenes y su objetivo era una ventana situada un poco más lejos de la puerta. Invisible en las tinieblas, se acurrucó debajo de la misma y vió entrar a los visitantes, cuando en contestación a su llamada, les abrieron la puerta.

Una estrecha faja de luz era visible debajo de la cortina que tapaba la ventana. Unos dedos cubiertos por un guante negro levantaron un poco la ventana y hecho esto, unos ojos penetrantes escudriñaron la habitación viendo a Harry Vincent y Malbray Woodruff cambiar apretones de mano con un anciano de rostro bondadoso... el profesor Kirby Sheldon.

Los minutos transcurrieron y los ojos del misterioso ser vestido de negro continuaban vigilando. De pronto, la forma oscura apretujada contra la ventana desapareció. La Sombra se dirigía hacia otro lugar.

Se encaminó a casa de Elbert Cordes y allí, al igual que en casa de Sheldon, espío por la ventana de la planta baja.

Allí, la vista era distinta. De pie ante la puerta de la estancia mal alumbrada, un hombre de rostro duro y espalda en corvada miraba por una estrecha grieta en dirección a la casa del profesor Sheldon.

Era Elbert Cordes que, sin duda, se había dado cuenta de la visita que su vecino Malbray Woodruff, hacía al tercer habitante de la Punta, el profesor Sheldon.

Detrás de Cordes estaba de pie un hombre corpulento cuyo rostro no revelaba ni interés ni curiosidad. Se trataba, sin duda alguna de un criado que estaría esperando las órdenes de su amo.

Al sorprender las observaciones hechas por Woodruff en su conversación con Harry, La Sombra se enteró de los nombres, de Sheldon y de Cordes.

Durante su corta visita de inspección, descubrió que mientras Sheldon era amigo del artista, Cordes se mostraba receloso.

Vigilando atentamente, La Sombra vio que los labios de Elbert Cordes se movían. El viejo hablaba a su criado. La puerta se cerró y Elbert Cordes empezó a pasearse por la habitación, silencioso y, al parecer, preocupado.

La Sombra se alejó y momentos después una luz brilló en casa de Malbray Woodruff, vacía, ahora que el artista y Harry Vincent se encontraban ambos en casa del profesor Sheldon.

Semejando un espectro, La Sombra pasó de una habitación a otra, registrando el hogar de Woodruff. Diez minutos después su alta figura salía por la puerta y se confundía con las tinieblas de la noche.

Una hora transcurrió antes de que el motor del cupé respondiera con un suave zumbido a la presión ejercida sobre el demarré. El coche volvió a meterse por la carretera, encaminándose a la estación.

Se detuvo un momento a alguna distancia, mientras La Sombra regresaba al lugar arenoso donde había estado parado.

Cuando el conductor volvió a sentarse ante el volante, todas las huellas de las ruedas del cupé quedaron borradas.

Los faros del coche se encendieron y el motor zumbó con mayor fuerza al aumentar gradualmente la velocidad del vehículo. Una risa fantástica brotó de los labios invisibles del ser que guiaba, confundiendo con los suaves gemidos de la brisa. La Sombra había estado en la Punta.

Invisible, insospechado, había vigilado a que agente, así como a las personas con quienes estaría en contacto Harry Vincent durante los días venideros.

¿Se había enterado La Sombra de hechos interesantes aquella noche? ¿Le había sido posible unir el nombre de uno de los habitantes de la Punta con el crimen cometido anteriormente?

Estas preguntas quedaron sin respuesta. Únicamente la risa de La Sombra tenía su significado. Su extraña alegría indicaba que La Sombra, había verificado la exactitud de sus sospechas.

El haber escogido la Punta como zona del crimen era debido, á algo más que a una mera conjetura.

Establecido Harry Vincent en el lugar, La Sombra vería venir

nuevos acontecimientos. Por una vez, La Sombra se resignaba a esperar; pero cuando llegase el momento de obrar, estaría dispuesto a ello.

Mientras, los habitantes de la Punta-culpables o inocentes-seguirían ignorando la visita de La Sombra.

En silencio, semejando un fantasma irreal, La Sombra había venido y se había ido; su asombrosa alegría, exteriorizada a millas de distancia, era el único rastro que quedaba de su viaje secreto.

CAPÍTULO VI

HARRY EMPIEZA A SOSPECHAR

DURANTE los días que siguieron, Harry Vincent llevó a cabo dos terceras partes de la triple tarea que se había impuesto. Durante aquel período, obtuvo una información concreta respecto a dos de las personas que vivían en la Punta del Este, es decir, Malbray Woodruff y el profesor Kirby Sheldon.

Sin embargo, de la tercera, Elbert Cordes, Harry no pudo saber casi nada, aunque oyó hablar de él a Woodruff y al profesor.

Malbray Woodruff presentó a Harry al profesor la primera noche que pasó en la Punta. Allí, Harry descubrió que el profesor era un caballero muy estimable, que recibió amablemente al recién llegado.

El resultado de aquella entrevista fue una segunda invitación a casa de Sheldon la noche siguiente, seguida de otra para la tercera noche. Durante aquellas visitas reiteradas, Harry estrechó los lazos de amistad con Woodruff y Sheldon.

Le parecía a Harry que Malbray Woodruff era exactamente lo que aparentaba, es decir, un artista soñador, amante de la soledad y aficionado a reproducir sobre sus telas las escenas típicas de la región de la Punta.

Woodruff pintaba bastante bien y empleaba todo su tiempo dibujando en casa o pintando en la playa.

Únicamente dos factores hacían que Harry se reservara una opinión final sobre el hombre, y el joven los mencionó a ambos en su primer informe a La Sombra.

Ante todo, Woodruff era un excéntrico que pasaba ciertos períodos hundido en sus reflexiones; luego el artista poseía en la playa una barquita en la cual efectuaba a veces cortas excursiones

por la bahía, en busca de nuevos paisajes, aunque desde la llegada de Harry, Woodruff no se había alejado de la Punta.

En cuanto al profesor Sheldon, Harry descubrió en él a un hombre altamente intelectual. Su casa estaba llena de curiosidades reunidas, en el transcurso de sus viajes por el mundo.

Su tema principal era su trabajo... el estudio de las condiciones sociales.

Cuando conversaba, volvía constantemente a este asunto, para interrumpirse de pronto con una leve sonrisa.

—No debo conferenciar cuando estoy en casa... —decía—, sin embargo...

Y en cierta ocasión el profesor Kirby Sheldon, se dejó arrastrar a un discurso entusiasta sobre las posibilidades de un estado social perfecto, que aprovecharse todas las ventajas de la civilización moderna, rechazando, a la par, los factores que pudiesen retrasar su desarrollo.

—Utopía... —declaró Sheldon—, es completamente posible. La isla imaginaria de sir Tomás Moore, en la cual la gente vivía en perfecta armonía, es algo que podría realizarse hoy en día.

El anciano alto, de porte digno, pareció complacido al estar Harry de acuerdo con este tema; pero frunció el entrecejo cuando Malbray Woodruff declaró que la Punta del Este le convenía como Utopía.

—Está usted equivocado-dijo Sheldon —. Su idea es apartarse de la civilización y, sin embargo, en realidad, depende usted de ella. No ha edificado usted la casa en que vive y compra los alimentos que come. Usted no es más que un desterrado voluntario.

—¿Y usted, profesor? —preguntó Woodruff con toda tranquilidad.

—No considero esto una Utopía-contestó Sheldon —. Este sitio pertenece a nuestra civilización moderna al igual que Broadway en Nueva York. No es más que un sector mal desarrollado, pero sujeto a la maldición del barbarismo de hoy en día que unos pedantes estúpidos llaman progreso.

Esta discusión sacó a relucir el nombre de Elbert Cordes. El profesor nombró a su vecino como ejemplo, para probar que Woodruff se equivocaba.

—Cordes —dijo—, es un misántropo. Vive aquí porque odia a la

Humanidad. Su influencia es funesta y lo único que le impulsa a vivir aquí es el deseo de vivir apartado de sus congéneres. Ignora nuestra presencia e ignoramos la suya. Si esto fuera Utopía, Woodruff, no toleraríamos la presencia de Elbert Cordes.

El profesor Sheldon no vivía solo en su casa. Tenía dos criados, el uno llamador Lester y el otro Shoyer. Aunque distintos en apariencia, los dos tenían muchos puntos en común, Woodruff hablaba de ellos, llamándoles, en broma las focas amaestradas de Sheldon, pero no usaba el término más que cuando estaba a solas con Harry Vincent.

El nombre no estaba mal aplicado, pues tanto Lester como Shoyer eran individuos de modales quietos, que obraban tan sólo de acuerdo con las órdenes del profesor.

Lester tenía el aspecto solemne de un guardián de faro. Era el encargado de la casa de Sheldon y no se alejaba nunca de la misma, Shoyer hacía las veces de chofer y él también parecía completamente aclimatado a aquel lugar.

De esta forma, Harry pudo darse cuenta del género de vida del profesor.

Kirby Sheldon iba a la Punta para escapar al barullo que tanto le disgustaba... a la confusión reinante en Nueva York, adonde se veía obligado a ir con el fin de dar sus conferencias.

Había escogido muy sabiamente dos hombres que no poseían iniciativa y se daban por satisfechos con un trabajo permanente y escasamente retribuido, sin parar mientes en las condiciones.

La alusión del profesor a Elbert Cordes dio a Harry Vincent, una excusa para hacer preguntas a Malbray Woodruff, respecto a las costumbres del solitario que, viviendo tan cerca del artista y del profesor, no deseaba frecuentar su trato.

De tal modo, haciendo hablar a Woodruff, Harry se enteró de algunas cosas respecto a Cordes. Era un verdadero recluso que, según las apariencias, odiaba al mundo. Vivía todo el año en la Punta, sin salir nunca de casa.

Tenía un criado-Harry vió al hombre el segundo día-cuyo nombre, según Woodruff, era Downs. El único deber que hacía salir a Downs de casa, era visitar la tienda contigua a la estación del ferrocarril.

Al ir a la oficina de Correos, Harry le encontró después de

haberle visto salir del chalet de Cordes.

Downs era un compañero adecuado para su amo. El rostro del criado ostentaba la misma mueca desagradable y adusta que caracterizaba el de Elbert Cordes.

Harry decidió, para sus adentros, que ahí había una situación muy interesante. Downs era probablemente más que un sencillo criado: confidente de Cordes. En consecuencia, al enviar su informe a Rutledge Mann, Harry mencionó el nombre de Downs.

Una observación casual de Malbray Woodruff al hablar de Cordes, tuvo un significado especial para Harry.

—A Cordes-dijo Woodruff—, le es sumamente odioso que nadie ponga el pie en la Punta. No hace mucho que unos guardacostas se detuvieron aquí, buscando, según dijeron sus tripulantes, a una embarcación que había hecho no sé qué en alta mar. Hicieron unas verdaderas pesquisas e incluso registraron nuestras casas. Ni el profesor ni yo nos resistimos a ello; pero Cordes protestó y armó un jaleo de mil demonios. Empezó a gritar que uno es dueño de su casa, que atropellaban sus derechos de ciudadano, etc. Finamente, se calmó y habló con los guardias. Al irse, éstos dijeron que era el peor de los gruñones que nunca habían visto. Parecían lamentar el no poder acusarle de nada...

Los comentarios de Woodruff figuraban en el detallado informe de Harry.

Había mandado una carta diaria y ahora, al regresar, muy avanzada la hora, de casa del profesor Sheldon, Harry repasaba en su memoria los acontecimientos del día, sentado en su cuartito del primer piso.

No se había tomado la molestia de encender una lámpara, puesto que un quinqué ardía en el vestíbulo.

Aquella noche, reflexionó Harry, el profesor Sheldon había declarado que regresaría a Nueva York al día siguiente, por la tarde. Daba su corta estancia en la Punta por terminada; pero volvería al nabo de tres días para pasar allí algunas horas más.

De pronto, interrumpiendo sus meditaciones, Harry aguzó el oído.

Sorprendió un débil sonido que parecía venir de la parte exterior de su ventana. Saliendo al pasillo, Harry vio la puerta del cuarto de Woodruff abierta y le dio las buenas noches en voz baja, a lo cual

Woodruff contestó con un gruñido sordo.

Apagando la lámpara, Harry volvió a entrar en su cuarto y levantó lentamente la cortina de su ventana, abriendo con sumo cuidado la persiana.

La noche era oscura y únicamente algunas estrellas brillaban en el cielo.

Harry empezó a vigilar sin hacer ruido. Al cabo de unos instantes, distinguió un movimiento debajo de su ventana. La forma encorvada de un hombre se encaminó a la carretera, hacia la casa del profesor Sheldon.

Algunas luces brillaban todavía en el chalet del profesor y Harry vió que el hombre pasaba delante de la casa. Lo perdió de vista cuando se alejó por la carretera, pero la pintura blanca del tercer chalet volvió a revelar su presencia.

El hombre se dirigía en línea recta hacia el edificio.

Harry no necesitaba ver más. Estaba convencido que el rondador nocturno era Elbert Cordes o su criado, Downs. Permaneció despierto todavía mucho tiempo, reflexionando sobre el asunto sin poder llegar más que a una conclusión lógica.

De los tres habitantes de la Punta, Elbert Cordes era el que, obviamente, tenía un motivo justificado para aislarse. Aquello explicaba su desconfianza hacia Sheldon y Woodruff.

Cordes estaría ya enterado de muchas cosas referentes a ambos hombres; pero la llegada de Harry debió, sin duda, despertar sus sospechas... Eso motivaría su pequeña expedición nocturna de espionaje o la de su criado.

Aunque no sentía ningún peligro inminente, Harry decidió que era preferible obrar rápidamente. Se aconsejó con la almohada y por la mañana salió de la casa, inspeccionando el terreno al lado de la casa y pudiendo descubrir leves huellas en la arena del suelo.

Woodruff salió temprano aquel día para ir a dibujar y Harry escribió un informe con el fin de mandarlo a Rutledge Mann. Lo metió en un sobre abierto y emprendió el camino del pueblo.

No existía línea de teléfonos más allá de la estación del ferrocarril, de manera que le era imposible llamar al taxi que le había traído a la Punta.

Después de rebasar la gran duna que escondía la vista de la Punta, Harry avanzó con la mayor cautela. A ratos sintió la

tentación de esconderse tras unos matorrales, para ver si le seguían.

Siguió, sin embargo, andando y llegó a la oficina de Correos en la que empleó tinta ordinaria, para escribir las señas de su carta a Rutledge Mann.

Durante esta operación, Harry miró casualmente por la ventana y vió en la carretera a Downs que estaba parando su coche a unas cincuenta yardas de distancia.

Harry estaba preparado para tal eventualidad. Sacó rápidamente su carta del sobre abierto y, doblándola para que el aire no tocara la tinta especial que había usado para escribir su mensaje, añadió con su pluma estilográfica las siguientes palabras, en código:

“Downs me está vigilando —No enviaré nuevas comunicaciones hasta recibir instrucciones especiales”

Volvió a introducir la carta en el sobre y tuvo el tiempo justo de dejarla caer en el buzón, antes de que Downs entrara en la oficina.

Aunque no aparentó fijarse en ello, Harry se dio cuenta que Downs estaba allí para espiarle. Se entretuvo en la estación hasta la llegada del tren de la mañana y miró al convoy volver atrás por la misma línea.

Al hacerlo, perseguía un fin determinado. Quería asegurarse que el correo en el cual había depositado su carta, partiría de acuerdo con el horario fijado.

Poco después, Harry llamó al vetusto vehículo que hacía las veces de taxi y se hizo llevar nuevamente a la Punta. Una vez en casa de Woodruff, se paseó de un lado a otro, reflexionando hondamente.

Firmemente anclada en su cerebro, Harry tenía una idea definida. Estaba seguro que unos acontecimientos extraordinarios ocurrirían en la Punta del Este y también de que si así era, Elbert Cordes tomaría parte en ello.

Al buscar hechos e indicios, Harry había llegado a una conclusión: si la llave del misterio del robo del oro debía encontrarse en aquel rincón apartado, era muy indicado vigilar de cerca a Elbert Cordes.

Deber suyo era vigilar e informar debidamente a La Sombra. Luego, seguiría las órdenes que recibiera.

CAPÍTULO VII

EL DISFRAZ DE LA SOMBRA

LA luz azulada del santuario de La Sombra brillaba sobre el último informe de Harry Vincent. La escritura en código y su corta posdata iban desapareciendo gradualmente y permaneciendo visibles las últimas líneas unos segundos más que el resto.

Unas manos cuidadas cogieron la hoja en blanco. Los ojos de La Sombra habían leído el mensaje. Lo que ocurría en la Punta estaba grabado en su memoria.

Las manos volvieron a moverse y el hermoso ópalo brilló fantásticamente al desparramar los afilados dedos las páginas de otros informes. Éstos iban escritos a máquina y se referían a las actividades de tres hombres... los que vivían en la Punta del Este.

Por mediación de Rutledge Mann. La Sombra había reunido una amplia información respecto a los individuos, con quienes Harry Vincent estaba en contacto.

Según el informe de Mann, Malbray Woodruff no era otra cosa que un Don Nadie. Exhibía sus pinturas en galerías y exposiciones de arte, con poco éxito y en invierno vivía en un estudio, en su pueblo de Greenwich.

El profesor Kirby Sheldon era muy distinto. El anciano caballero gozaba de gran reputación en los círculos educativos, y conquistó la fama como conferenciante, poniéndole en evidencia ante el mundo entero sus ideas sobre sociología.

En la actualidad, estaba dando una serie de conferencias, a intervalos regulares, en casa de Antonio Hargreaves, millonario neoyorquino.

Después de pasar unos días en Nueva York, el profesor regresaba invariablemente a la Punta, para preparar nuevas conferencias.

Éstas eran seguidas por un grupo de entusiastas, organizado por Antonio Hargreaves.

El último informe se refería a Elbert Cordes y daba una información que Harry Vincent no obtuvo ni de Woodruff ni de Sheldon.

Elbert Cordes era un presidente de Banco retirado; pero la naturaleza de su retiro resultaba dudosa. Un Banco quebró, mientras Cordes se encontraba a su cabeza. Más tarde le hicieron presidente de otro Banco que corrió la misma suerte.

En aquella ocasión Cordes fue juzgado y se probó que una gran manipulación de fondos había sido perpetrada, sin que se perdiera cargar la culpa a Cordes.

Otros altos empleados del Banco fueron mandados a la cárcel; pero Cordes fue absuelto. Sin embargo, su reputación estaba echada a perder y en la ciudad de Connecticut, en la que había vivido, se le consideraba en general como un culpable que supo cubrir sus huellas.

Unos detectives privados intentaron descubrir fondos ocultos en su poder; pero fracasaron. Finalmente, Cordes vendió su residencia de Connecticut, en la cual vivía solo, siendo viudo sin hijos y compró una casita en la Punta del Este, en la que vivía con un criado.

La hoja escrita a máquina cayó a un lado. Los largos dedos de La Sombra permanecieron inmóviles sobre la mesa. Finalmente, una mano sacó una hoja de papel y los dedos escribieron con tinta:

Comunicación con Vincent.

La letra desapareció y una risa baja resonó en la penumbra, más allá de la luz azulada. El ópalo lanzó brillantes destellos que semejabán llamas. Era evidente que La Sombra, había resuelto un sencillo problema con el que se enfrentó.

La luz se apagó y la risa volvió a sonar en la estancia. La Sombra se marchaba al empezar la noche y su suave burla indicaba que iba a entregarse a una tarea precisa.

Media hora después, un chofer dio un respingo en su asiento al volante de una lujosa limousine, parada en la calle, en la parte alta de la ciudad. Una voz le había sorprendido desde la acera.

—¡Vamos, Stanley! —oyó que le decían. El hombre vestido de uniforme se apeó y abrió la puerta del coche. El hombre que le

había hablado dio un paso adelante, viéndose entonces que se trataba de un individuo alto, correctamente vestido de noche y de aspecto sumamente distinguido.

Su rostro revelaba dignidad y firmeza.

Bajo el brazo, llevaba una cartera que dejó en el asiento, a su lado y volvió un par de ojos penetrantes hacia el chofer.

—¿Adónde he de llevarle, señor Cranston? —preguntó Stanley.

—A casa de Antonio Hargreaves-contestó el dueño de la limousine—. A su residencia de Park Avenue.

—Bien, señor.

Veinte minutos después, el automóvil se detenía delante de una inmensa casa dividida en pisos. El caballero alto se apeó y penetró en el edificio, hablando al conserje.

—Deseo ver al señor Hargreaves —decidió—. Dígale que Lamont Cranston se encuentra aquí.

Al hablar, Cranston alargaba una tarjeta al portero. Unos minutos después, el hombre regresaba junto con un hombre bajito y elegantemente vestido que se presentó como secretario de Antonio Hargreaves.

—Están celebrando una conferencia, señor Cranston-dijo el secretario, saludando—. El señor Hargreaves se alegraría que subiese usted. El profesor Kirby Sheldon está hablando a nuestro grupo.

—Con mucho gusto me reuniré con el señor Hargreaves —declaró Cranston.

Un grupo de una veintena de personas, estaban sentadas en el salón del piso cuando Lamont Cranston entró, Antonio Hargreaves cambió un apretón de manos con su nueva visita, en la puerta y le indicó un asiento.

Hargreaves era un hombre pequeño y calvo que ostentaba un bigote castaño y erizado. Tanto él como Cranston escucharon con atención la conferencia del profesor Sheldon.

El distinguido sociólogo era excelente orador. Discutía en aquel momento sobre los problemas sociales en términos precisos y bien escogidos que arrancaban ademanes de aprobación a la mayoría de sus oyentes.

Su tema era el de que todas las clases de la sociedad tienen sus parásitos. El profesor Sheldon concluyó su conferencia con una

declaración decisiva.

—Las capas sociales-declaró —, están formadas por individuos que reconocen su superioridad sobre sus asociados. De tal modo, desde el principio hemos formado clases de sociedad tan definidas como las castas que existen en la India. Esos grupos, en sí, son creaciones puramente artificiales. Desde arriba abajo, en todas las capas sociales, corre una línea divisoria. A un lado se encuentran los seres útiles de cada clase y en el otro los inútiles.

“La separación vertical es la única verdadera. Colóquense los miembros útiles de la sociedad juntos. Sin considerar su origen, sus arbitrarias divisiones de casta desaparecerán. Júntense a todos los inútiles y sus ridículos agrupamientos se multiplicarán.

““Por desgracia, los parásitos dominan. Así, pues, Utopía sólo es posible al apartarse voluntariamente un grupo de los elegidos. Esta teoría será reconocida como un hecho una vez que haya sido puesta en práctica adecuadamente.

La conclusión del discurso del profesor Sheldon provocó una tormenta de aplausos y entusiasmo por parte de su auditorio.

El profesor cambió numerosos apretones de manos y recibió las felicitaciones de hombres y mujeres. Los invitados formaron pequeños grupos y finalmente el profesor inició una conversación privada con dos caballeros.

Entonces fue cuando Antonio Hargreaves dio una palmada en la espalda de Lamont Cranston y le propuso presentarle al profesor.

Para Hargreaves, la llegada de Cranston tenía suma importancia. Hargreaves era multimillonario y se había esforzado en conquistarse una posición social.

Reconocía en Cranston a un miembro de la élite y se enorgullecía de tenerle por huésped.

Otras personas se habían fijado en la presencia de Cranston, complaciéndoles ésta, puesto que Lamont Cranston, miembro del aristocrático Cobalt Club y viajero extraordinario, tenía fama de haber heredado de su familia unos cuantos millones.

Hombre altamente estimado, vivía retraído y rara vez se sabía en dónde paraba. Su concurrencia a una función social como la actual era cosa insólita y Hargreaves creyó adivinar que la fama de Sheldon era la que había atraído a Cranston a aquella reunión intelectual.

—Ha de conocer al profesor-insistió Hargreaves —. Le será muy simpático, Cranston.

—Me encantará conocerle-contestó Lamont Cranston —; pero en este momento parece ocupado.

—No se preocupe de eso-dijo rápidamente Hargreaves —. El profesor conversa siempre con miembros del grupo después de sus conferencias. No le interrumpiremos...

—¿Quién está hablando con él? —preguntó Cranston.

—El más alto de esos señores-contestó Hargreaves —, es Roy Darwin, autoridad suprema del Ministerio del Comercio. El otro, más bajito, es Clayton Peale, representante nacional de una importante empresa de propaganda.

—He oído hablar de ambos-declaró Cranston —. ¿Y quién es ese joven que escucha su conversación?

Al hablar, Cranston señalaba a un individuo alto y de cutis moreno que tenía la atención puesta en el grupo formado por los tres hombres. Era más joven que ellos y sonreía satisfecho, al oír la discusión del profesor.

—Es Mauricio Traymer-dijo Hargreaves —. Alta posición social... jugador de polo... rancio abolengo...

Cranston asintió con la cabeza, y dio unos pasos en compañía de Hargreaves, hacia el profesor Sheldon.

—Aprecio su interés por mi disertación —estaba diciendo Sheldon—. Me alegro de haber hablado con usted, señor Darwin, y con usted, señor Peale. Son ustedes personas dignas de vivir en la verdadera Utopía.

Hargreaves se puso a su lado, presentándole, así como a los demás caballeros, a Cranston. Una nueva discusión comenzó; pero con otro tópico que la conferencia del profesor.

Lamont Cranston expresó su sentimiento por haber llegado tarde y prometió asistir a la nueva reunión del grupo.

—La celebraremos pasado mañana por la noche-explicó Hargreaves —. El profesor regresa esta noche a su casa de campo, pero volverá aquí a tiempo para dar su conferencia, a las ocho, dentro de dos días.

Darwin y Peale se habían retirado y, mirando de reojo, Lamont Cranston vio que Mauricio Traymer se había alejado también.

El profesor anunció su intención de irse. Antonio Hargreaves y

Lamont Cranston le acompañaron a un rincón de la habitación, en el cual un criado se encargaba de los sombreros y abrigos..

Mientras el profesor se ponía el abrigo, una débil sonrisa corrió por los labios de severo dibujo de Lamont Cranston. Se sacó del bolsillo del lado donde no podían verle una pluma estilográfica diminuta, y diestramente la abrió con la punta de los dedos.

Metió la mano en el bolsillo y sin que ningún movimiento le traicionara empezó a escribir un mensaje.

Cuando sacó la mano, llevaba un pedazo de papel doblado en la palma.

El criado alargaba el sombrero del profesor Sheldon. Distraído, Cranston lo tomó y, notando su error, lo entregó en seguida al profesor.

Cuando Cranston recibió su propio sombrero, tenía la mano vacía. El papel doblado había desaparecido misteriosamente.

El profesor Sheldon tomó su bastón con puño de oro, cambió apretones de mano con Antonio Hargreaves y Lamont Cranston y salió de la estancia.

Hargreaves le siguió, dejando a Cranston solo. Con la misma sonrisa enigmática en los labios, Cranston salió tranquilamente del piso.

El millonario estaba solo al llegar a la calle y llamar a su coche. Tan pronto como penetró en el mismo y Stanley lo puso en marcha hacia la parte sur de la ciudad, Cranston dejó oír una risa baja y sardónica.

Aquella alegría misteriosa reveló la identidad del hombre inescrutable.

¡Lamont Cranston no era otro que La Sombra!

Bajo el aspecto de un clubman millonario había asistido a la conferencia de Kirby Sheldon y conocido al viejo profesor que vivía en la Punta del Este; pero había en la risa de Cranston algo que significaba más que un placer ordinario.

Aquella noche había hecho algo más que favorecer al grupo de admiradores del profesor con su presencia; cumplió también una tarea que se había propuesto, resolviendo el problema de la comunicación secreta con Harry Vincent, su agente situado en la Punta.

¡Había escogido al profesor Kirby Sheldon como mensajero

especial de La Sombra!

CAPÍTULO VIII

LA CONTESTACIÓN

A las seis de la tarde siguiente Harry Vincent estaba sentado solo en la casita de Malbray Woodruff. Nada nuevo había ocurrido en la Punta, aparte del regreso del profesor y una corta excursión en barca por parte de Woodruff.

Sin embargo, en todos sus trabajos por La Sombra, Harry se había acostumbrado a considerar los acontecimientos más insignificantes, como posibilidades de algo importante, y de ahí que mencionara tales hechos en su próximo informe.

Lo único que Harry esperaba era un medio de comunicación que no despertara sospechas.

Woodruff estaba fuera y Harry se entretenía con el aparato de radio. Estaba buscando una estación neoyorquina que había escuchado las noches anteriores. La encontró y estaba escuchando un anuncio, cuando Woodruff penetró en la estancia.

Harry saludó al artista con un ademán, se recostó en su silla y oyó la voz del locutor desde la emisora. Estaba diciendo lo que sigue:

—Es interesante notar que en el laboratorio del gobierno de Medicine Hat, el ejército canadiense ha preparado un nuevo tipo de bomba que ha realizado maravillas, aumentando la eficacia de los cañones de tiro largo.

“Un perito ha declarado que esto revolucionará el armamento actual y otros están de acuerdo con él. Un cañón ligero que puede enviar proyectiles dos veces más lejos que en la actualidad será una contestación a muchos problemas militares. Es el único medio de reducir el armamento..., haciéndole más eficaz...”

Woodruff le interrumpió, pues el programa no parecía gustarle.

—¿Qué nos importan las noticias del mundo? —rezongó el artista—. ¿Qué significa Medicine Hat en la Punta? Busque música, puede que sea mala; pero no peor que esas tonterías.

Harry Vincent se echó a reír al dar vueltas al mando del aparato. Al concluir el primer anuncio, el locutor dejó de pronunciar con mayor énfasis algunas palabras; pero Harry había oído lo suficiente.

“Nota en sombrero Sheldon; enviar contestación único medio”

Este era el mensaje que Harry había oído, extrayendo algunas palabras del anuncio. Para Malbray Woodruff, no tenía significado alguno.

Hacía tiempo que La Sombra usaba este sistema para comunicar con sus agentes aunque Harry Vincent ignoraba cómo se las componía para hacerlo.

Era esta una de las costumbres inexplicables de La Sombra.

Harry tenía por costumbre buscar determinadas estaciones a ciertas horas del día para recibir por el éter nuevas instrucciones.

En ocasiones le avisaron que estaba en peligro; en otras, La Sombra le guió en medio de alguna tarea de difícil realización. Esta vez, La Sombra contestaba a una pregunta importante que Harry le hizo.

—Voy a visitar al profesor-dijo Harry a Woodruff —. Creo que ha estado en casa todo el día y tal vez podamos arreglar una reunión para esta noche.

—Es una buena idea-contestó el artista —. Voy a preparar la cena...

Era todavía de día y Harry, al pasar delante de la casa de Elbert Cordes, tuvo la impresión que alguien le espiaba desde el edificio. Se abstuvo de mirar en esa dirección y se encaminó en línea directa al chalet del profesor, Lester fue quien le abrió la puerta.

El profesor Kirby Sheldon salió a su encuentro y le saludó amablemente.

Harry entró y se sentó. Al cabo de pocos instantes, formaba planes con Sheldon para una reunión aquella misma noche.

En un rincón había una percha de la que colgaba el sombrero gris del profesor. Sin embargo, Harry no tenía la oportunidad de tocarlo de momento y decidió esperar la noche.

Eran las ocho cuando Harry y Woodruff llegaron a casa del profesor y empezaron a discutir el tema favorito del anciano, es

decir, la formación de una Utopía. Como siempre, Harry expresó un verdadero interés por el tópico, mientras Woodruff demostraba una indiferencia superior.

Los tres estaban solos en el cuarto cuando el profesor declaró que le gustaría que Harry, viera las notas que había preparado para la conferencia del día siguiente y se fue a su despacho.

Woodruff estaba medio dormido. Harry, sentado cerca de la percha, encontró la ocasión deseada. Levantándose para coger un cenicero, hizo caer hábilmente el sombrero del profesor. Al recogerlo del suelo corrió los dedos por la badana interior, encontrando un pedazo de papel que se metió en el bolsillo, dando la espalda a Woodruff. El sombrero había vuelto a su sitio primitivo cuando el profesor regresó.

El resto de la velada transcurrió en una discusión entre Harry y el anciano.

Kirby Sheldon parecía satisfecho al encontrar a alguien con quien hablar antes de dar su conferencia. Cuando Harry despertó a Woodruff con el fin de regresar a su casa, el profesor estaba del mejor humor del mundo.

—Usted es un hombre inteligente, Vincent-declaró en la puerta—. Usted está de acuerdo conmigo sobre las ideas utilitarias y hemos de hablar juntos a menudo. Gente comprensiva como Usted, estimula mi poder para discutir un tema al cual he dedicado una vida entera de estudio. Me hace mucho bien hablar con usted.

Harry Vincent estaba ojo avizor mientras, junto con Malbray Woodruff, anduvo bajo el viento helado que barría la Punta. El ruido de la resaca era incesante y poderoso; pero por encima del mismo, Harry recogió un sonido más cercano.

Adivinó que alguien estaba fuera, cerca de la casa del profesor y cuando pasó con el artista delante del oscuro chalet de Elbert Cordel, tuvo la seguridad que alguien les seguía.

Esta impresión continuó después de que hubiera llegado a su casa. El soñoliento artista no perdió tiempo en meterse en la cama y Harry, en la soledad de su propio dormitorio, abrió el pedazo de papel que sacó del sombrero de Sheldon.

Llevaba unas cuantas palabras escritas en tinta y en el código con el cual Harry estaba familiarizado. Le decían que aquél era un mensaje de ensayo, del sistema por el cual una comunicación

regular podía establecerse y que Harry debería emplear regularmente.

De acuerdo con estas instrucciones, Harry escribió una nota breve, relatando los pocos acontecimientos que ocurrieron en la Punta en las últimas horas y mencionando el hecho de que un rondador nocturno, había a todas luces dado vueltas por ahí aquella noche.

Doblada y metida en el bolsillo la nota, Harry apagó su lámpara y miró por la ventana. No podía distinguir nada en la oscuridad de la noche.

Evidentemente el hombre que le había seguido a él y a Woodruff habría querido sorprender su conversación.

Harry Vincent pasó bastante tiempo reflexionando aquella noche. Sus primeros pensamientos fueron de admiración por la ingeniosidad de que daba pruebas La Sombra.

Puesto que el profesor Kirby Sheldon hacía viajes regulares a Nueva York, era cosa sencillísima usarle como mensajero secreto. La nota que Harry había leído, estaba escrita con la tinta invisible que ya conocemos.

La posibilidad de que el profesor sospechara la presencia de un mensaje en su sombrero era muy débil. Aun en el caso de que el viejo sociólogo abriera semejante mensaje, no se enteraría de nada.

Por otra parte, si el profesor volvía a colocarlo en la badana, su destinatario sabría que lo había tocado, puesto que al llegar a sus manos el papel estaría en blanco.

De todos modos, Harry estaba convencido de que el profesor Sheldon, no soñaría nunca en mirar en el interior de su sombrero en busca de una hoja de papel oculta.

Lo que más impresionaba a Harry era el hecho de que La Sombra debía forzosamente estar en contacto con Sheldon en Nueva York. Harry llegó a la conclusión de que La Sombra, bajo un disfraz cualquiera, asistiría a las conferencias del anciano profesor.

Esto le hizo pensar en otra cosa. Era obvio que sus investigaciones en la Punta, aunque relativamente infructuosas, tenían un interés grande para La Sombra.

Harry sabía que las investigaciones se referían al oro robado en el Patagonia y, resumiendo las informaciones de los periódicos respecto al asombroso acontecimiento, comprendió la lógica de La

Sombra.

Los modernos piratas que habían robado el oro debieron, sin duda alguna, desembarcarlo en algún sitio conveniente.

Desde las primeras horas, se hicieron pesquisa en la Punta del Este y, de acuerdo con lo dicho por Woodruff, los guardacostas habían registrado todas las casas de la Punta. No encontrando nada siguieron vigilando al distrito, durante algún tiempo.

Sin embargo, era muy posible que el tesoro robado se encontrase en aquella vecindad. En tal caso, sería trasladado más tarde y era muy importante que alguien vigilara en la localidad.

La Sombra sospechaba de lleno de un lugar en el que nadie pensaba ya. Muy cuerdamente, esperaba que algo pasara y Harry Vincent le servía de ojos y oídos.

Comprendiendo la importancia de su misión, Harry prosiguió sus reflexiones analizando las impresiones recogidas.

No eliminando a nadie, había tres personas que podían saber algo respecto al barco pirata y éstas eran: Woodruff, Sheldon y Cordes.

Woodruff, que vivía solo y aceptaba sin dificultad un huésped en su casa, no representaba a los ojos de Harry el tipo del conspirador.

Sin embargo, Harry no olvidaba el hecho de que Woodruff tenía una barquita en la que realizaba cortas excursiones por la bahía. Esas excursiones, necesitaban ser vigiladas, se dijo Harry.

El profesor Sheldon, con dos criados a sus órdenes, estaba bien situado en la Punta; pero su reputación y su situación social reducían las sospechas, en lo que a él se refería.

Entre Woodruff y Sheldon, Harry escogía al artista, si se trataba de sospechar quién estaría enterado de lo que había ocurrido en la región; sin embargo, ambos carecían de verdadera importancia.

El único hombre a quien debía vigilarse de cerca era Elbert Cordel, Harry creía poseer ya desde entonces la prueba que Cordes no tenía la conciencia tranquila.

Un hombre solitario que vivía con un criado rondador nocturno como Downs, podía muy bien estar complicado en cualquier negocio sospechoso.

Este pensamiento era el que hizo renunciar a Harry a la idea de dormirse.

Bajó sigilosamente la escalera, salió de la casa y dio la vuelta

por las dunas hacia el chalet vecino. El viento levantaba la arena, tirándola en todas direcciones. No corría el peligro de dejar huellas de su paso aquella noche.

Llegado ante el chalet, Harry se deslizó a lo largo de la pared, se detuvo ante una ventana y levantó la cabeza. Vió por una grieta de la persiana que el cuarto estaba alumbrado.

Harry prestó el oído y oyó un murmullo de voces, pero no pudo distinguir una sola palabra de lo que se decía. Al tomar fin la conversación, Harry se alejó. No debía correr el riesgo de que le vieran o detuvieran durante aquella expedición.

Era preciso que esperara nuevas órdenes de La Sombra.

De regreso a su cuarto, Harry rasgó su nota y escribió otra, mencionando su prudente visita a casa de Elbert Cordel. Al ser de día, Harry se encaminó a casa del profesor Sheldon y Lester le abrió la puerta.

El criado le introdujo en el despacho del profesor. El sombrero gris estaba sobre una mesa, al lado del bastón de puño de oro del anciano. Sin que le vieran, Harry deslizó su mensaje en la badana interior.

—¿Se marcha usted a Nueva York, profesor? —dijo Harry al ver entrar al dueño de la casa.

El profesor declaró que se iba dentro de unos minutos.

—Le agradecería que me llevase a la estación—dijo Harry—. Voy a pie hasta allí, en ocasiones.

—No faltaba más—exclamó el profesor—. Con mucho gusto, Vincent, siempre que usted quiera...

Veinte minutos después, Harry Vincent se apeaba de la limousine del profesor, deseándole un buen viaje hasta Nueva York. Shoyer volvió a poner el coche en marcha y Harry se quedó en el andén de la estación.

Unos minutos después, sonrió para sus adentros al ver un viejo coche acercarse dando saltos por la carretera de la Punta. Downs llegaba, a todas luces, para hacer su visita habitual a la tienda.

Sin embargo, Harry adivinó que Elbert Cordes debió mandarle con el fin de averiguar, lo que estaba haciendo el forastero que se alojaba en casa de Malbray Woodruff.

Aquel día, Harry no fue a la oficina de Correos, sino que compró tabaco, conservas y otros artículos. Metió los paquetes en el viejo

taxis y ordenó al chofer que le llevara a casa de Malbray Woodruff.

La excursión satisfizo a Harry. Se sentó bajo el pórtico de la casita, mirando a Woodruff que trabajaba en la playa, pintando un pintoresco montón de rocas. Aquel día, Harry había conseguido hacerse seguir por Downs sin despertar los recelos del hombre.

También se había mantenido en contacto con el profesor Sheldon, dando al viejo profesor un motivo suficiente para justificar su temprana visita.

En consecuencia, Harry había logrado una cosa importantísima, es decir, cumplir las órdenes de La Sombra.

El profesor Kirby Sheldon seguía siendo el mensajero de La Sombra. En aquel preciso momento, el digno anciano se encontraba camino de Nueva York llevando una nota de Harry Vincent a su jefe. La contestación había sido mandada, transmitiendo nuevas informaciones a La Sombra.

CAPÍTULO IX

LA NUEVA CONFERENCIA

POR la noche, Lamont Cranston fue uno de los primeros en llegar al aposento de Antonio Hargreaves. El nuevo miembro del grupo de sociología fue calurosamente recibido por el millonario.

Ambos hombres estaban conversando al entrar el profesor Kirby Sheldon.

El anciano pareció complacido al ver nuevamente a Cranston. Inició con éste una corta conversación que degeneró en una discusión sobre las condiciones que ambos habían comprobado en países extranjeros.

Hargreaves sonreía satisfecho, escuchándoles. Finalmente, se vió obligado a dejarles solos para saludar a otros invitados.

Cranston vió que el profesor miraba al millonario que se alejaba e hizo observar:

—Buen chico ese Hargreaves... Excelente huésped que siente verdadero interés por los tópicos educativos.

El profesor Sheldon sonrió débilmente.

—Tal vez-dijo —. Sin embargo, nuestro amigo Hargreaves es superficial y su tipo resulta un estudio interesante para un sociólogo. Representa a quien intenta libertarse de los lazos de un grupo social para encajar en otro. Este principio no cabe en nuestra Utopía...

—Es cierto-contestó Cranston, sonriendo levemente —. Comprendo su punto de vista, profesor. Todos somos sencillos ejemplares humanos ante sus ojos.

—Exactamente-le replicó el profesor —. Tal como dije en mi última conferencia, hay dos divisiones de las capas sociales. Los seres útiles eliminan la casta; los inútiles la proveen. El hombre de

origen humilde tiene su sitio en la sociedad; pero debería buscar de producir igualdad... y no reverenciar a unos grupos existentes, erróneos de concepto.

—Así, pues, Hargreaves...

—Con todo el respeto debido a nuestro huésped, le diré que representa una amenaza para los ideales utopianos. Su interés por estas conferencias es fingido. El no escucha mis declaraciones, sino que está buscando los aplausos de esos invitados que él, cree pueden servirle en algo...

—Esto es hablar claro, profesor —hizo observar Cranston—. No sería mala idea hablar de ello en sus conferencias.

—Ya lo he hecho—replicó el profesor, sonriendo levemente—. Pero mis palabras han caído en oídos de mercader. El señor Hargreaves no se dio por enterado. Usted, señor Cranston, es hombre que aprecia la inutilidad de las castas. Desde luego, tienen una tendencia utopiana y eso, a mi juicio, es la mejor piedra de toque.

Diciendo esto, el profesor se fijó en que el grupo estaba reuniéndose y preparándose para encaminarse al rincón en el cual dejaban los sombreros.

Lamont Cranston se apoderó cortésmente del sombrero y del bastón del profesor, quien, dándole las gracias, se volvió hacia la tribuna.

Cranston entregó sombrero y bastón al criado y al hacerlo, sus dedos ágiles se deslizaron en el interior del sombrero. Salieron llevando un pedazo de papel doblado... el mensaje de Harry Vincent.

Mientras el profesor se preparaba para dar comienzo a su conferencia, Cranston se acercó casualmente al millonario. Éste estaba hablando con un hombre a quien Cranston había visto unos días antes... es decir Mauricio Traymer. De pie a unos pasos de ellos. Cranston oyó lo que decían.

—Faltan algunos esta noche —hacía observar Traymer—. ¿Cómo es eso?

—Es cosa natural —replicó Hargreaves.

—Veamos —prosiguió Traymer—. Darwin no está aquí... ni tampoco Peale. Ambos parecían muy aficionados. ¿No sabe nada de ellos?

—Sí —dijo Hargreaves—. Darwin me envió una cartita diciendo que hacía un viaje inesperado al extranjero. Peale tenía intención de visitar la costa del Oeste; también él me escribió anunciando que se iba antes de lo que pensó en un principio.

—Han sido amables en comunicárselo.

Hargreaves iba a contestar cuando divisó a Cranston e inmediatamente insistió para que su huésped se sentara. Traymer tomó una silla al lado de Cranston.

El joven elegante presentó a Cranston a dos señoritas encantadoras que estaban sentadas cerca de ellos. Se llamaban Elisa Cathcart y Gale Sawyer.

El profesor empezó su discurso. Aquella noche su tema era la aplicación de ideas utilitarias al ideal utopiano y, poco a poco, el viejo sociólogo se volvió elocuente.

—El utilitarismo... —declaró—, es una doctrina según la cual la mayor felicidad de los humanos debe ser el fin perseguido por todas las instituciones sociales y políticas. Es una hermosa teoría: pero en la práctica, provoca injusticias.

“Consideren ustedes un grupo social en el cual la minoría tiene la verdadera concepción del mérito y del valor. Esta minoría de clara visión quedaría suprimida por la dominante presencia de una mayoría más ruin.

“El utilitarismo aplicado a una población mixta es un engaño y una amenaza; aplicado a la nueva Utopía, daría resultados óptimos, pues allí, la población básica sería idealista... La belleza, el arte, la bondad serían las cualidades preferidas y consideradas como posesiones útiles.

“En América, el predominio del utilitarismo arruina y echa a perder nuestras más hermosas instituciones... En Utopía, el utilitarismo constituirá una fuerza hacia la creación de mayores beneficios y mayores instituciones.

Al desarrollar su conferencia el profesor, sus pensamientos sobre Utopía se hicieron más tangibles. Dejó de hablar de su ideal favorito como de una mera suposición y se refirió a Utopía como a un hecho definido que estuviese tomando cuerpo.

Lamont Cranston estudiaba los rostros de los oyentes. Vió que Antonio Hargreaves aceptaba las teorías del profesor con una manifestación de entusiasmo. Mauricio Traymer parecía indiferente

y levemente aburrido.

Sin embargo, Elisa Cathcart y Gale Sawyer estaban llenas de admiración por cada una de las palabras que oían pronunciar.

AL tener fin la conferencia Cranston permaneció sentado así como Traymer y de este modo ambos hombres oyeron la conversación de Elisa Cathcart, con Gale Sawyer.

—Ha sido una conferencia magnífica —declaró Elisa—. Creo que la mejor que ha dado el profesor.

—Estoy de acuerdo contigo-replicó Gale.

—Me extraña-prosiguió Elisa —, que Muriel Hatings y Joan Foxcroft se hayan ido a las Bermudas antes de completar la serie de conferencias. ¿Te acuerdas de su entusiasmo?...

—¿Vinieron a la última conferencia? —preguntó Gale.

—No-dijo Elisa —. Se fueron poco antes. No creía que la idea de un crucero de verano, tuviera el poder de alejarlas antes de terminar el curso del profesor.

—Estoy de acuerdo contigo-replicó Gale.

Ambas muchachas se pusieron de pie de un salto y saludaron a Sheldon con el mayor entusiasmo. El viejo sociólogo estaba sonriente.

Miró a Elisa Cathcart, que era una morena delgadita y elegante, y a Gale Sawyer, una rubia alta y atractiva.

—Me alegro que la conferencia les haya gustado.

—Ha sido magnífica-exclamó Gale Sawyer —. Usted ha hablado de Utopía como si fuese una realidad...

—Es verdad-añadió Elisa Cathcart —. Estaba a punto de preguntarle dónele podríamos encontrar aquel lugar espléndido.

—Gracias, queridas amigas-contestó el profesor, siempre sonriente —. Su interés es alentador. Cuando Utopía se transforme en realidad, espero sinceramente que la encuentren y vivan ustedes gustosamente en ella.

Dicho esto, el anciano se alejó.

Lamont Cranston volvió los penetrantes ojos hacia Mauricio Traymer, dándose cuenta que el joven continuaba mirando a las muchachas que habían hablado al profesor. Elisa y Gale estaban discutiendo otro asunto.

—¿Por qué no vienes a nuestra casa de campo? —preguntaba Elisa a su compañera—. Mi familia está ausente y estoy sola. Desde

luego, hay los criados, que son varios. La familia decidió ir a Maine; hicieron las maletas, desconectaron el teléfono, dijeron a los criados que se fueran de vacaciones... y entonces yo levanté la voz. No iba a perder una sola conferencia del profesor. Hablé a los criados y consintieron en quedarse. Les estoy pagando de mi bolsillo. Mi familia puede divertirse tontamente en Maine. Yo me quedo aquí...

—¿Te vas pronto? —inquirió Gale.

—Casi en seguida —replicó Elisa—. Federico, el chofer, vendrá a buscarme para llevarme a casa. ¿No quieres venir, Gale?

—Me parece que sí —declaró la rubia—. Voy a telefonar a casa para decirles que no me esperen esta noche.

Lamont Cranston miró a las dos muchachas que cruzaban la estancia; luego, con el rabillo del ojo, notó que Mauricio Traymer se encaminaba a la puerta.

El joven se detuvo para dar las buenas noches a Antonio Hargreaves y un momento después se había ido.

Los labios delgados de Lamont Cranston se plegaron, dibujando una leve sonrisa. Sin apresurarse, Cranston se fue al rincón de la habitación y reclamó su sombrero.

Recordando a Cranston por haberle atendido al empezar la velada, el criado le entregó el sombrero y el bastón del profesor Sheldon.

—Esto no es mío —hizo observar tranquilamente Cranston—. Dejé mi sombrero en la mesa mientras estaba ocupado. Lo tiene ahí, en aquel rincón.

Al señalar con la mano derecha, Cranston deslizó los dedos de la izquierda debajo del sombrero del profesor. Sin ser visto colocó un papel doblado dentro de la misma.

Los dedos reaparecieron y una joya extraña brilló sobre la mano que sostenía el sombrero. Al recibir el suyo, Cranston alargó el del profesor y el bastón al criado.

Al pie de la escalera, Cranston llamó a su limousine y ordenó a Stanley que le llevara a casa. En la obscuridad del coche, abrió la cartera que se encontraba sobre el asiento y sacó una masa de tela negra y un sombrero blando del mismo color. Las manos de Cranston dieron también con el metal de unas automáticas.

Cinco minutos después, la limousine se encontró detenida por el tráfico de una calle lateral. La portezuela se abrió lentamente y

alguien salió del coche sin ser visto. La puerta volvió a cerrarse sin hacer ruido y Stanley se alejó con el coche vacío.

Una mancha oscura que se deslizaba por la acera, era el único indicio revelador de la presencia de un ser humano, que se desplazaba rozando las paredes de unos edificios silenciosos. La mancha desapareció en la entrada de un callejón y reapareció poco después en la calle adyacente.

Una forma alta y embozada en una capa era vagamente visible al lado de un pequeño cupé parado en aquel sitio. El vehículo no tardó en ponerse en marcha y, guiado por una mano invisible, se encaminó al Este hacia uno de los enormes puentes que unen Manhattan con Long Island.

Una risa ahogada brotó de los labios del que empuñaba el volante. Unos ojos brillantes escudriñaban el camino... El misterioso chofer aumentó la velocidad del coche.

Aquella noche, en casa de Antonio Hargreaves, un caballero llamado Lamont Cranston había oído unos comentarios respecto a miembros del grupo que se reunía allí.

Se fijó en que dos hombres estaban ausentes: Roy Darwin y Clayton Peale; supo que dos miembros femeninos del grupo estaban ausentes por segunda vez: Muriel Hastings y Joan Foxcroft.

También oyó Cranston a las dos muchachas, Elisa Cathcart y Gale Sawyer, formar planes para la noche, dándose cuenta del interés demostrado por uno de los asistentes... Mauricio Traymer. Para Lamont Cranston todo ello tenía un interés especial.

Así, pues, media hora después de haber salido del piso de Hargreaves, Lamont Cranston había cambiado de identidad y se encaminaba a la parte Este de la ciudad en un cupé...

¡Nadie le habría reconocido entonces!

Lamont Cranston era La Sombra, el silencioso personaje nocturno, ser misterioso cuya intuición descubría crímenes en proyecto y cuyo poder infalible era la destrucción de los bandidos más diabólicos.

¡La Sombra, desconocedora del miedo, iba a iniciar la lucha por cuenta del derecho y de la justicia!

CAPÍTULO X

LA SOMBRA LLEGA

A cuarenta millas de allí, en Long Island, un cupé rápido salió de la carretera empedrada, metiéndose rápidamente por un camino fangoso y tortuoso.

Al llegar a lo alto de una colina, el coche aminoró la marcha y el que lo guiaba lo metió entre dos columnas que se erguían a un lado de la carretera.

Era la entrada de la casa de campo de los Cathcart, lugar muy conocido de los que vivían en aquel sector del estuario de Long Island.

La avenida tortuosa por la cual el cupé se deslizaba sin hacer el menor ruido, formaba parte de la red de estrechos caminos que surcaban la finca.

Las luces del cupé se apagaron y el coche, guiado por una mano hábil, continuó encontrando su camino en la obscuridad.

Finalmente, el automóvil llegó a unas cincuenta yardas de la casa, sin hacer el menor sonido que pudiesen oír desde el edificio. La Sombra se apeó y, semejando un fantasma negro, se acercó al hogar de los Cathcart.

El rápido viajero nocturno había llegado mucho antes que el gran automóvil que llevaba a Elisa Cathcart y a su amiga Gale Sawyer.

El cupé de La Sombra había recorrido las carreteras de Long Island a una velocidad fantástica, y ahora, habiendo llegado al término de su viaje, La Sombra se acercaba a la casa, guiándose por medio de las pocas luces que brillaban por las ventanas de la planta baja.

La Sombra adivinaba que un peligro amenazaba aquella noche a

la solitaria residencia de Long Island. Sabía que algún complot se tramaba en la obscuridad y había acudido para frustrarlo. El coche de los Cathcart no tardaría en llegar y los acontecimientos se precipitarían. La Sombra sabía que otros hombres, miembros del hampa estarían allí.

Dos muchachas se verían protegidas, tan sólo por un puñado de criados a los que se cogería por sorpresa. Esta, por lo menos, era la opinión de los conspiradores, fuesen quienes fuesen.

La Sombra se encargaba de modificar la situación. Aquella noche, el fin que perseguía era combatir el crimen que iba a cometerse, tuviese o no relación con el robo del oro del Patagonia.

El rectángulo de luz proyectado por una de las ventanas del piso bajo, quedó un momento interceptado por un bulto negro.

Una forma, ahora invisible, penetraba silenciosamente en la casa. Momentos después, un hombre alto, completamente vestido de negro, estaba de pie en el comedor débilmente alumbrado.

Lejos de la ventana, La Sombra no hizo la menor tentativa para esconderse, sino que permaneció de pie; ser siniestro de cuyos hombros colgaba una amplia capa negra y de rostro velado por el ala de un sombrero blando del mismo color.

En las manos llevaba guantes negros también y de su cara sólo se veían dos ojos penetrantes que brillaban como ascuas.

El mayor silencio reinaba en la casa, indicando que los criados se habían ido a descansar, pero al prestar oído La Sombra, su gran poder intuitivo le dijo que algo no iba bien en aquel lugar. El silencio era un silencio de muerte.

Suavemente, La Sombra se deslizó por la estancia, rozando las paredes y se detuvo en el umbral de la puerta que daba al salón.

En el suelo yacían dos cuerpos sin vida, el de un hombre y otro de mujer. Su traje dio a comprender a La Sombra que le trataba de los criados de los Carthcart.

¡Sus rostros vueltos hacia arriba y sus ojos que les salían de las órbitas decían bien claramente cómo habían muerto, estrangulados!

El crimen había penetrado ya en la casa. La Sombra comprendió por qué y su llegado había sido tardía para evitarlo.

Unos criminales habían recibido la orden de atacar la casa y debieron trasladarse a Long Island inmediatamente. A pesar de la velocidad que aportó en acudir, La Sombra no pudo llegar antes que

los que tenían menos distancia que recorrer.

Se trataba de la obra de una cuadrilla de crueles criminales que penetrarían en la casa al llegar, decidiendo matar a los criados que les habían oído entrar.

Era de suponer que continuaban en el edificio, mientras otros estarían ocultos en los alrededores.

No se dieron cuenta de la llegada de La Sombra y estarían acechando la llegada del coche que traía a las dos muchachas, su probable presa...

¡Sin embargo, no habían contado con La Sombra!

No se escapó ninguna risa de los labios de La Sombra al inclinarse su alta figura sobre los cuerpos de los desgraciados criados. Sus ojos penetrantes vieron que la vida se había retirado para siempre de ellos. Volvió a erguirse, dominándolos como un espectro vengador.

El cuarto tenía dos puertas: una de ellas daba a la parte de delante de la casa y la otra al comedor por el cual La Sombra había venido. La Sombra escogió esta última para salir.

Con pasos silenciosos, se volvió en aquella dirección. Se proponía salir del edificio y esperar fuera o tratar de descubrir los escondites de los bandidos.

En la puerta del comedor, La Sombra se detuvo. Su fino oído oyó voces en la ventana aunque no eran más que un murmullo.

Se metió rápidamente en un rincón, a tiempo que el cuerpo de un hombre se dibujaba en el marco de la ventana.

Una voz baja y ronca dijo, creyendo que allí no había nadie que pudiera oírla:

—Es preferible sacar los cuerpos fuera, Bart; así estaremos dispuestos para escapar.

—¿Vienes a ayudarme?

La contestación la daba el hombre que había entrado por la ventana.

—No —dijo el otro desde fuera—. Jimmy y Duke lo harán, Date prisa, el coche no puede tardar en llegar.

Bart cruzó lentamente el comedor. Tenía la vista fija en la luz que brillaba en el umbral de la puerta. Más allá de ésta, una forma alta y siniestra le esperaba.

¡Bart, el gangster, iba a caer en manos de La Sombra!

Los ojos brillantes del vengador al acecho estaban fijos en las cortinas que colgaban de la puerta. Las pisadas de Bart se acercaban.

Dentro de unos segundos, el gangster iba a llevarse la misma sorpresa que otros muchos de su calaña...

¡Iba a conocer el peso de la mano de La Sombra!

Pero nuevamente el destino iba a frustrar los planes de La Sombra. Las manos enguantadas que había alargado para agarrar su víctima cayeron.

No habría castigo rápido y silencioso para Bart. Los finos oídos de La Sombra habían recogido un nuevo sonido que le hablaba de un peligro inminente.

La alta figura negra se volvió rápidamente hacia la pared y sus ojos se posaron en la puerta que daba a la parte delantera de la casa.

Allí había un hombre de pie, un hombre corpulento que llevaba sweater y gorra y sostenía un brillante revólver en la mano. Otro rostro tiznado miraba por encima de su hombro.

Eran Jimmy y Duke... la pareja enviada para ayudar a Bart y que había entrado por el otro lado de la casa. Andando con cautela, siguiendo una costumbre adquirida, habían llegado ante la figura de La Sombra acechando su víctima.

Ambos habían reconocido a la siniestra forma. Ellos, entre todos los gangsters, habían sido bastante afortunados para sorprender a La Sombra.

Pero la intuición de éste trabajaba más rápidamente que la más rápida mano del hampa. Aquellos hombres llegaban armados, aunque no habían tenido tiempo de levantar sus armas antes de que La Sombra adivinase su presencia.

Al apoyar la espalda en la pared La Sombra sacó rápidamente las automáticas, que colgaban bajo los pliegues de su capa.

En aquel momento decisivo brilló repentinamente una luz poderosa en el parque. Un automóvil subía por la avenida.

¡Era Federico, el chofer que trata a las dos muchachas de Nueva York!

La Sombra había llegado para descubrir un doble crimen y los criminales para sorprenderla. El coche que los gangsters intentaban detener y que La Sombra quería salvar llegaba él también en el

momento más crítico.

La suerte se mostraba adversa a La Sombra. Un revólver le apuntaba ya y mientras sus manos sacaban las automáticas, Jimmy, el gangster que estaba más cerca de él, apretó el gatillo de su arma.

El disparo despertó ecos en aquella estando que la muerte había visitado ya.

La Sombra se desplomó al suelo. Bart, que se había parado en seco en el otro cuarto, sacó su revólver. Jimmy y Duke saltaron adelante.

Todo el odio que el hampa sentía por La Sombra estaba concentrado en el tiro disparado por Jimmy.

¡Aquella noche La Sombra estaba acorralada y sus enemigos intentaban aprovechar la ocasión!

CAPÍTULO XI

LA SOMBRA LUCHA

SIMULTÁNEAMENTE con el disparo del revólver del gangster, La Sombra había caído al suelo al lado de la pared.

Lo había hecho voluntariamente, pues sus ojos no se apartaron un momento del revólver del gangster, mientras sacaba sus propias automáticas.

La Sombra obraba con el mismo acierto en la defensiva que en la ofensiva.

Era maestro consumado en el arte del contra ataque y comprendió que el pistolero que se encontraba en la puerta le apuntaba al corazón. Se dejó caer en el momento oportuno, cuando el dedo del bandido iba a apretar el gatillo.

Su ademán fue realizado de un modo perfecto. La bala de Jimmy pasó rozando los pliegues de su vestidura negra y se incrustó en la pared.

La caída de La Sombra fue instintiva y natural; pero al hacerlo de lado, el maestro alargó el codo derecho e inmediatamente su mano derecha que sostenía una pistola giró sobre éste, como sobre un eje.

Al saltar Jimmy adelante y apuntar hacia abajo para disparar nuevamente, una llamarada terrorífica brotó del cañón de la automática de La Sombra.

El gangster se desplomó despatarrado sobre los cadáveres de los criados. El primer disparo de La Sombra, había matado al hombre que intentó quitarle la vida.

Dos hombres se abalanzaron con el fin de vengar al caído. Duke, que le seguía de cerca y Bart, que llegaba del cuarto contiguo, llevaban las armas en la mano; pero aunque caído La Sombra,

estaba en condiciones de dominarlos.

No había nacido todavía el gangster que venciera a La Sombra, en igualdad de condiciones.

La dificultad consistía en el hecho de que tenía dos adversarios que llegaban en direcciones opuestas. Concentrar la atención en uno de ellos equivalía a dar una oportunidad al otro.

La Sombra había visto a Duke y sabía que Bart se acercaba por el otro cuarto. Al apuntar a Duke con la mano derecha, volvió la izquierda, igualmente armada, hacia la puerta del comedor.

La mano derecha apretó el gatillo una vez, mientras los ojos brillantes de La Sombra miraban de lleno el cañón del revólver de Duke. El gangster no llegó a disparar. Al igual que Jimmy, cayó al primer disparo que su enemigo hizo en su dirección.

La mano izquierda de La Sombra se entregó a otra operación. El firme índice de la misma apretó el gatillo de la automática, no soltándolo mientras la mano se movía rápidamente de derecha a izquierda.

El resultado fue un fuego continuo, una lluvia de balas que salieron desde varios ángulos. Bart, que estaba levantando su arma para disparar, encontró aquel fuego de “cortina” y cayó con dos balas en el cuerpo.

La infalible puntería de La Sombra había eliminado a tres criminales, mientras él quedaba ileso.

También La Sombra se proponía otra cosa al hacer aquel fuego continuo.

Quería que sirviera de aviso al coche que se acercaba por la avenida. ¡Había sido disparado a tiempo para que Federico se alejara por un camino lateral!

La Sombra dio un salto hacia la puerta del comedor.

Los faros del coche alumbraron la pared de uno de los lados de la casa.

Saliendo rápidamente por la ventana, La Sombra obraría más eficazmente desde fuera.

Al trasponer el umbral de la puerta, La Sombra levantó su automática y disparó por la ventana, derribando al hombre que había hecho entrar a Bart.

AL oír el primer disparo, el gangster se había dispuesto a entrar por la ventana con el revólver en la mano, pero antes de que

concluyera su gesto, La Sombra había llegado.

Una vez más, La Sombra establecía su superioridad. La automática habló antes que el revólver. Otra rata del hampa había caído víctima de la fatal puntería del maestro.

Los gangsters se apretujaban en la puerta del salón. La Sombra se había metido en un verdadero enjambre de bandidos.

Los hampones que llegaban descubrieron los cadáveres de los tres caídos y con gritos de venganza, un par de ellos se precipitaron en el cuarto en el cual La Sombra había entrado.

El temible ser vestido de negro estaba delante de la ventana. Viendo el camino despejado delante de él, saltó por la misma.

Al mismo momento, sonaron unos tiros y los gangsters se precipitaron, convencidos de haber tumbado a su enemigo.

La cabeza y los hombros de La Sombra surgieron en el marco de la ventana y el cañón de la automática vomitó lenguas de fuego. Los gangsters cayeron fulminados y los que llegaban detrás de ellos se apartaron rápidamente.

Volviéndose, La Sombra miró hacia la avenida y su risa burlona resonó, sembrando el terror en los corazones de los que la oyeron. Invisible contra la pared oscura de la casa, La Sombra resultaba una amenaza que desafiaba cualquier ataque.

Había asestado un rudo golpe a la moral de aquella horda de gangsters. Seis de los asesinos yacían silenciosos, prueba de su poder.

Desde la obscuridad, La Sombra retaba con su risa a los supervivientes. Sus manos deslizaron las automáticas vacías, bajo los pliegues de la capa negra que le envolvía y sacaron a relucir otro par.

Alcanzada de momento la victoria se le ofrecía a La Sombra una tarea nueva. Se trataba de ahuyentar a los gangsters que habían corrido por la avenida con el fin de detener al automóvil.

Los tiros oídos dentro de la casa habían avisado a Federico. También hicieron que los gangsters que perseguían al coche, vacilaran en iniciar su ataque.

De haber el chofer dado prueba de un mínimo de iniciativa, habría escapado fácilmente con las dos muchachas, pero Federico no estuvo a la altura de la situación. Perdió la serenidad y el coche que volvía por la misma carretera que había seguido al llegar, no

tardó en pararse mientras se oían los gritos de terror de las muchachas que iban en el interior.

Cuando La Sombra llegó a ver el automóvil, media docena de gangsters estaba ya en el estribo y se metía en el interior del vehículo. Se oyó un disparo y Federico pagó el precio de su lentitud. El cuerpo del chofer fue tirado por la portezuela.

A pesar de la distancia, La Sombra disparó y sus balas dieron como siempre en el blanco.

Uno de los bandidos, un segundo y luego un tercero, cayeron del coche; pero otro hombre se apoderó del volante y el enorme automóvil saltó delante a una velocidad fantástica. Ya era tarde para disparar.

La Sombra no podía correr el riesgo de alojar una bala en uno de los neumáticos. El accidente resultante podía costar la vida a una de las muchachas.

No quedaba más remedio que emprender la persecución. La Sombra echó a correr por la avenida. Unos gritos salvajes llegaron a sus oídos desde la puerta de la casa, en la cual los últimos bandidos se habían resguardado.

Sus ojos vieron vagamente una forma negra que corría por la avenida y dispararon al azar. Por toda respuesta oyeron una risa burlona que traducía a alegría fantástica de La Sombra.

Había varios coches parados frente a la casa; eran los de los bandidos.

Comprendiendo que La Sombra perseguía a las muchachas, los enloquecidos gangsters subieron rápidamente a sus coches y se alejaron por la avenida. Eran tres y, casi juntos, se dirigieron a toda velocidad hacia La Sombra, para impedirle realizar su proyecto.

AL acercarse el primer coche al camino lateral en el cual La Sombra había dejado su cupé se oyeron unos disparos y el gangster que guiaba se desplomó.

Sin dirección, su coche se despistó y se aplastó contra un grupo de árboles.

Los que iban en el interior quedaron sepultados bajo el coche volcado.

El segundo chofer, doblado sobre el volante, intentó pasar a pesar de todo, mientras dos de sus compañeros se levantaban de sus asientos para disparar contra el cupé.

La luz de los faros reveló sus siluetas por encima de la carrocería descubierta del coche de turismo. Unos tiros rápidos de las automáticas de La Sombra acabaron con ellos. Uno de los hombres se desplomó sobre el asiento; el otro abrió espasmódicamente los brazos y cayó fuera, en la avenida.

Dos tiros más, dirigidos hacia los neumáticos dieron en el blanco. El coche dio media vuelta sobre sí, se salió de la avenida y se detuvo, aplastado contra los árboles.

AL detenerse bruscamente el tercer coche, el cupé de La Sombra salió como un bólido del camino lateral. Al darse cuenta de ello el chofer de los gangsters, apretó el acelerador con el fin de cerrarle el paso.

La Sombra no vaciló y se echó sobre el coche de los gangsters, un sedán de carrocería baja.

Al disparar los gangsters desde las ventanillas, sus tiros se perdieron en el aire, al tumbar de lado el sedán la fuerza del empuje del cupé de La Sombra.

Unos gritos frenéticos se oyeron al dar el automóvil una vuelta completa sobre sí. El golpe fue terrible. La Sombra había dado prueba de una habilidad maravillosa al maniobrar el cupé.

El pesado paragolpes le había servido de ariete y la aplicación rápida de los frenos, inmediatamente después del choque impidió que el cupé diera él también media vuelta. El sedán estaba fuera de combate: La Sombra podía alejarse por la avenida.

Habiendo sufrido muy poco daño, el cupé podía emprender la persecución de las muchachas raptadas.

Se oyeron unos tiros erráticos detrás del mismo. Algunos gangsters escaparían tan sólo con leves heridas e intentaban en vano impedir la huida de La Sombra.

¡Nada podía oponerse a la voluntad del vengador vestido de negro!

Su único enemigo era ahora el factor tiempo. El coche que llevaba a las muchachas había conseguido enorme ventaja.

Siguiendo el laberinto de estrechos caminos, La Sombra guiaba con asombrosa intuición. Se daba cuenta que el coche perseguido se encaminaba al estuario y no por la carretera principal a una milla de la puerta de la finca.

Al cabo de unos minutos corría a lo largo de las tranquilas aguas

del estuario de Long Island, siguiendo a una velocidad fantástica la carretera que había descubierto tan rápidamente.

No se veía rastro alguno del otro coche; pero La Sombra seguía adelante a un paso que, sin ningún género de duda, debía hacerle ganar terreno.

La carretera se alejaba bruscamente del estuario y momentos después los faros del cupé revelaron un camino que llevaba al agua.

La Sombra aplicó los frenos y lo hizo con acierto. A veinte yardas apenas, el camino estaba obstruido y una luz encarnada señalaba el peligro en medio de una curva. El cupé hizo marcha atrás y la mano firme que empuñaba el volante volvió el ligero vehículo hacia el estuario.

Saltando y dando tumbos, el cupé corría por la carretera sembrada de baches. Llegó a una bajada al final de la cual se veía un pequeño embarcadero delante de las plácidas aguas. Los faros revelaron la presencia del coche de los Cathcart casi al extremo del embarcadero.

Con la automática en la mano, La Sombra detuvo el cupé al lado del coche robado. Dispuesto a contestar a cualquier ataque, La Sombra abrió la puerta de su coche y puso el pie en el muelle.

Inmediatamente se dio cuenta que el otro coche estaba vacío. La persecución tomaba fin. Los gangsters habían tenido suerte; no habían ido lejos y el tiempo transcurrido les había bastado, permitiéndoles llegar a un sitio determinado antes de la llegada de La Sombra.

Un bulto negro se deslizó por la superficie del embarcadero pintado de blanco al trasladarse La Sombra al otro extremo del mismo.

Unos ojos penetrantes miraron las aguas y vieron las olas que revelaban el hecho de que una embarcación se había alejado por allí poco antes.

La Sombra aguzó el oído y sorprendió un murmullo bajo e incesante que otro hombre ordinario no habría oído. Era el ronroneo distante de una canoa automóvil, algún barco misterioso que había esperado allí la llegada de las prisioneras.

Aquella noche, La Sombra había luchado contra el crimen, pero la suerte le fue adversa. A cada paso se vió defraudado en sus esperanzas. El plan de un bandido hábil tuvo éxito; pero La Sombra

le dejaba recuerdo duradero de su existencia.

Dos muchachas habían sido raptadas, y tres criados fieles, asesinados. Los que habían cometido esos crímenes habían intentado también acabar con La Sombra y en eso fracasaron. Varios gangsters muertos y heridos probaban el poder de La Sombra.

Habría un descontento general en el hampa cuando la noticia del episodio llegara a sus oídos. El jefe de los gangsters que obró según las órdenes de un hombre situado más alto, había logrado el fin que se proponía, pero había perdido buena parte de su cuadrilla.

Únicamente debido a un golpe de suerte La Sombra, no había aniquilado a la banda entera, salvando de paso a las muchachas raptadas.

¿Qué se propondrían con ese rapto? ¿Qué embarcación habría estado esperando en el embarcadero? ¿Quién estaba detrás de esos extraños acontecimientos?

La Sombra no podía hacer sino suposiciones y la risa siniestra que dejó oír ante el agua reveló sus propósitos.

Un acto criminal había sido cometido aquella noche y a La Sombra le tocaba esclarecer el misterio, poniendo fin a las proezas del verdadero culpable.

CAPÍTULO XII

LA SOMBRA OYE

A las ocho de la noche siguiente, Mauricio Traymer entró en el lujoso aposento en el que Antonio Hargreaves vivía. Traymer era la única visita aquella noche, pues no se celebraba otra conferencia hasta el día siguiente.

Mauricio Traymer visitaba a menudo a Hargreaves y era allí el bienvenido, puesto que el joven formaba parte de la alta sociedad. Lo que le faltaba en riqueza, le sobraba en posición social.

Era la intimidad de Traymer con Hargreaves, lo que había inspirado las críticas del profesor Sheldon respecto al millonario plebeyo.

Una hora después, Traymer salía del piso, llamando a un taxi y dando unas señas al chofer. Al cabo de unos momentos, el vehículo corría hacia el Sur por Park Avenue.

Traymer lanzó una mirada por la ventanilla de atrás al pasar su taxi ante la primera bocacalle. Vió que la calle estaba desierta y se recostó en su asiento con una leve sonrisa.

No se dio cuenta de lo que ocurrió tan pronto el taxi hubo rebasado la bocacalle. Otro taxi arrancó desde el arroyo en donde había estado parado.

A algunas manzanas de distancia, el otro taxi le siguió desde muy cerca.

Cuando Traymer se apeó, el segundo taxi se detuvo sin que el joven se fijara en él al poner el pie en la acera.

El resto del camino, Traymer lo hizo a pie. Se encaminaba a un viejo hotel al Este de Park Avenue, edificio que había perdido todo prestigio desde hacía tiempo. El vestíbulo, ajado y mal amueblado, era el lugar de reunión de gente ociosa en la que fácilmente se

reconocía a miembros del hampa.

Mauricio Traymer se acercó a la mesa de recepción y habló un momento con el empleado. Éste puso la mano en el teléfono y pronunció algunas palabras.

A continuación inclinó la cabeza y Traymer subió la escalera.

El ascensor no funcionaba aquel día.

Traymer se encaminó al segundo piso, deteniéndose ante una puerta en la que llamó con los nudillos. La puerta se abrió hacia el interior y Traymer se encontró frente a frente con un hombre corpulento, de rostro congestionado, que llevaba un batín de colores chillones.

Reconociendo a su visita, el hombre se apartó y Traymer entró. La puerta se cerró detrás de la pareja.

—¡Hola, Norbin! —dijo tranquilamente Traymer.

—¡Hola, Traymer! —gruñó el gordinflón.

Se sentaron y el joven elegante sacó una petaca, encendiendo un cigarrillo. Miró en derredor en busca de un cenicero en el cual dejar el fósforo quemado.

—Tírelo al suelo-dijo Norbin.

Traymer hizo tal como se le decía, fijándose en que el suelo estaba sembrado de colillas de cigarrillos y cigarros tanto como de fósforos.

Esto formaba contraste con el mobiliario del cuarto, que estaba lujosamente adornado con muebles finos y ricas alfombras orientales.

Sin embargo, los brazos de los sillones enseñaban su armazón de níquel donde gente poco cuidadosa, los había rascado con sus cuchillos y las hermosas alfombras estaban quemadas en muchos sitios.

—Le parece extraño, ¿no? —preguntó Norbin, al ver la mirada circular de Traymer—. ¡A mí no me molesta! Esto fue idea de la mujer. Reñimos hace tres o cuatro meses; pero todo lo he dejado igual. Acostumbraba a armar tanto jaleo cuando veía un arañazo en la mesa o colillas en el suelo que cuando se fue tomé mi desquite.

Habiendo expresado de tal modo sus sentimientos, Norbin se levantó y dio patadas a un pequeño velador, empujándolo hacia el otro extremo de la habitación.

Sonrió satisfecho al ver que se destrozaba contra la pared y, a

continuación, fue a la puerta, la abrió y miró en el vestíbulo. Satisfecho al ver que no había nadie, volvió a sentarse.

Mauricio Traymer sonrió débilmente al presenciar la escena. Era característica del hombre a quien había ido a visitar, “Beef” Norbin—al grueso bandido le hacía poca gracia el apodo —era un jefe de gangsters del peor tipo.

Lo que le faltaba de listo le sobraba en decisión y valentía. Gobernaba a sus muchachos con mano de hierro, y sus métodos llevaban siempre el sello de la más vulgar brutalidad.

“Beef” Norbin era uno de los varios jefes de banda, que habían establecido su cuartel general en el hotel en decadencia. Eran lobos del bajo fondo que seguían sus propios caminos y no se metían nunca el uno con el otro.

En relaciones con hombres influyentes, esperaban hasta que se les llamara para ponerse en acción.

Mauricio Traymer pensó en el vestíbulo por el cual había venido. Los sujetos que estaban allí eran gangsters y pobre del que intentase entrar sin el permiso del empleado. Los guardianes del vestíbulo trabajaban por una causa común. Distintos jefes contribuían a su mantenimiento.

La idea que Traymer se formaba de los vigilantes de abajo resultaba, sin embargo, singularmente incorrecta en aquel preciso instante. Abajo, en el vestíbulo, lo imposible estaba ocurriendo.

¡Alguien entraba en la casa sin ser visto!

No se habría podido decir que alguien había pasado entre los vigilantes allí diseminados; puesto que el visitante era virtualmente invisible. El único indicio revelador de su presencia era una mancha oscura que se movía sobre el suelo enlosado. La persona, en sí, no salió a la vista. Su alta figura se confundía perfectamente con la oscuridad de la pared.

La Sombra había entrado en el viejo hotel, pasando entre un puñado de gangsters, sin ser visto ni oído. Únicamente un hombre tuvo la vaga sensación de su presencia, Al mirar hacia el pie de la escalera, el empleado de la mesa de recepción vió una especie de sombra que subía.

Parpadeó y en seguida se encogió de hombros. Creyó verse engañado por su imaginación, pero como la desconfianza reinaba en su ánimo, llamó a uno de los gangsters y le señaló la escalera.

—Más vale que hagas una ronda, Doc dijo —. ¡Creo haber visto a un sujeto subiendo la escalera!

—¡Estás loco! —rezongó Doc.

De todos modos, el gangster se fue para arriba, llegó al descansillo y miró hacia la puerta de “Beef” Norbin. Se volvió, rápidamente, creyendo, al igual que el empleado de la planta baja, haber visto una sombra en el suelo.

Sacando el revólver, Doc anduvo por el pasillo y se detuvo al acercarse a la puerta semi cerrada de un armario empotrado en la pared.

Si un hombre había estado en el pasillo, éste era un escondite natural y lógico que se habría ofrecido a su vista. Doc, gangster, tenía un modo especial de tratar a los escondites.

Ponía una mano sobre el pomo de la puerta tiraba con fuerza y al mismo tiempo apretaba el gatillo de su revólver. Los tiros no eran cosa rara en el hotel y uno disparado rápidamente era la mejor manera de tratar a un rondador inoportuno.

No llegó a disparar como era su intención. Una mano enguantada de negro obró con mayor rapidez que la suya. Un puño salió con fuerza de la oscuridad del armario y cayó sobre la mandíbula del bandido con la fuerza de un martillo. Doc se derrumbó.

Una figura envuelta en negras ropas salió del armario y, un minuto después, el gangster reposaba, atado y amordazado, en el fondo del armario.

La Sombra recogió el brillante revólver y rió por lo bajo al deslizarlo bajo los pliegues de su capa.

La Sombra se alejó por el corredor y se detuvo ante la puerta del cuarto contiguo al de Norbin. Una mano cubierta de negro aplicó una especie de ganzáa a la cerradura.

Se oyó un débil sonido metálico, la puerta se abrió y La Sombra entró en un cuarto oscuro en el cual penetraba un estrecho rayo de luz, por una puerta abierta a medias en el otro extremo de la pared.

Deslizándose en silencio por las tinieblas, el ser vestido de negro llegó al sitio alumbrado y se confundió con las negreras de la pared del cuarto.

Aquella estancia pertenecía al pequeño aposento de “Beef” Norbin.

Por la puerta, a medio abrir, La Sombra podía oír lo que se decía en la habitación de al lado.

“Beef” Norbin y Mauricio Traymer empezaban una conferencia en voz baja.

El grueso jefe de gangsters chupaba la punta de un cigarro y hablaba con voz ronca y enojada.

—Le digo, Traymer, que tendremos disgustos si volvemos a enredarnos como anoche. Mantengo la palabra dada, pero he de pensar en todos nosotros...

—Estoy de acuerdo—contestó Traymer con voz suave—. Habrá sin duda un cambio en los planes a causa de lo ocurrido. Es una lástima que tropezara con dificultades. Los diarios no habían de otra cosa que del rapto. Afortunadamente no encontraron más que a criados y pistoleros muertos. Es el primer caso en que se fijan en nosotros; pero sin embargo, Norbin, creo que buena parte de la culpa la tiene usted.

—¿Sí, eh? —articuló Norbin—. ¿Por qué?

—Porque cuando encontró resistencia —declaró Traymer—, debió mostrarse más eficiente al tratar con ella. ¿Por qué abandonó el coche robado en el muelle?

—¿Me pregunta usted eso? —gruñó Norbin—. Óigame, Traymer. Le diré por qué. Usted ignora lo que ocurrió allí. ¿Sabe quién era el que empezó la lucha?

—¿Quién? —preguntó Traymer.

—¡La Sombra! —declaró “Beef”—. ¡La Sombra, le digo!

—¡La Sombra!

Traymer repitió el nombre con asombro. Era la primera vez que se ponía en contacto directo con el hombre, que se había encargado de las operaciones realizadas en la finca de los Cathcart.

—Eso resulta distinto, ¿eh? —dijo “Beef” Norbin, dándose cuenta del efecto de sus palabras sobre Traymer—. No vale la pena que me conteste. ¡Usted sabe que es distinto! ¿Quiere enterarse de todo?

Traymer asintió.

—Ante todo —prosiguió Norbin—, fue una suerte que usted supiera que estaba en Jamaica con los muchachos. Eso nos traía cerca del sitio adonde íbamos. Creí que era preferible llegar antes que las chicas, de manera que entramos y empezamos por suprimir

a los dos criados.

—¿Acaso era necesario matarlos? —preguntó Traymer.

—¿Por qué no? —inquirió “Beef”—. Ahora no pueden “cantar”. Ya sabe usted lo que él opina sobre esto. Hubo bastantes bajas a bordo del Patagonia, ¿no?

—Continúe su historia —sugirió Traymer tranquilamente.

—Estábamos esperando al coche que iba a traer a las chicas —resumió Norbin—. De pronto se oyeron tiros en el interior de la casa. No sabía de qué y no tuve tiempo de enterarme. El coche con las dos muchachas subía la avenida. Me fui hacia él con algunos hombres, creyendo que el resto se bastaría para ocuparse de lo que había pasado en la casa. El chofer, habría podido escapar si no hubiese sido un cobarde. Le metí un tiro y empezamos a subir al auto... ¡Pero quien estaba en la casa era La Sombra! ¡Cómo llegó allí, no puedo decírselo! De todos modos, tumbó a los de la banda como en un tiro de palomos y no sólo eso... salió de la casa y empezó a disparar contra nosotros. Vi a mis hombres caer de los estribos. Un minuto más y me cogía a mí. Tomé el volante y huí a escape...

—¿No disparó detrás de usted La Sombra? —preguntó Traymer sorprendido.

—No —replicó “Beef” con una mueca de satisfacción—. Calculé bien. Pensé que no correría el riesgo de tocar a una de las chicas y apreté el acelerador. Si me hubiese tocado a mí, nos habríamos matado todos. Por eso me dejó escapar con dos de mis “gorilas”; Pero sabía que todo no había concluido y que me perseguiría.

—¿Por eso fue por lo que dejó el coche en el embarcadero?

—Claro... le llevaba mucha delantera y los chicos que quedaban en la casa le entretendrían un rato, aunque al final los tumbó en vez de ser tumbado por ellos. Cuando llegamos al muelle no estaba para correr nuevos riesgos. El viejo lanchón estaba allí..., embarcamos a las muchachas y nos alejamos a toda prisa. Vi llegar a La Sombra; pero entonces estábamos a media milla de distancia, en el estuario.

—¿Y luego?

—Salí del barco con mis “gorilas”. No debíamos siquiera haber subido a bordo y no quería que los muchachos supieran adónde iba. El sujeto que llevaba el timón tomó el asunto por su cuenta. Las chicas iban atadas y no le fue difícil acabar el viaje solo...

Una larga pausa siguió a estas palabras. Mauricio Traymer reflexionaba sobre la que acababa de oír. Al ver que continuaba callado, el jefe de los gangsters hizo algunos comentarios.

—Las demás faenas fueron de fácil ejecución —declaró—. Esta, es la que se torció. Por eso no quiero meterme en nuevos asuntos por el estilo. No soy el amo; pero si esto dura...

—La policía se ocupa del asunto ahora —confesó Traymer.

—¡Al diablo los “polis”! —replicó “Beef” Norbin—. En quien pienso es en La Sombra. Una vez que se ocupa de algo, uno está listo si no piensa deprisa. Me pregunto cómo se enteró...

—Sólo nos queda una sola faena por hacer-hizo observar Traymer tranquilamente.

—¡Sí!

La noticia pareció ser del agrado de “Beef”.

—¿Cómo es eso?

—He ido a ver a Hargreaves-explicó Traymer —. Naturalmente, está preocupado por la publicidad que se da al asunto en los diarios, porque los reporteros han descubierto que las muchachas habían asistido a una conferencia en su casa.

—Eso no le complica en el asunto-hizo observar Norbin.

—Claro que no-estuvo de acuerdo Traymer —, pero echa una sombra sobre las conferencias. Hargreaves insistirá para que todo el mundo asista a la conferencia de mañana por la noche; pero será la última del programa. Tiene intención de pedir al profesor Sheldon que ponga fin al curso... o que por lo menos lo retrase indefinidamente. Empezará el crucero del que hablaba e invitará a todo el mundo a acompañarle...

—¿Cuándo? —preguntó Norbin.

—Tan pronto como sea posible. Verá; sus planes para el crucero eran vagos y no hizo las invitaciones. Sin embargo, hablando conmigo, decidió que sería una buena idea invitar al grupo entero.

—Oiga —dijo Norbin con entusiasmo—. Si Hargreaves logra esto, será estupendo. No habrá necesidad de volver a trabajar por aquí. No quedará nadie para...

—Si se logra-le interrumpió Traymer —, será como dice, a menos que...

—¿Qué?

—A menos de que algunos miembros del grupo decidan no

tomar parte en el crucero.

—De todos modos algunos de ellos no serán tocados...

—Es cierto, porque no interesan; pero suponga que tres o dos o siquiera uno solo decida no ir. Eso significaría trabajo para mañana, por la noche.

“Beef” Norbin se recostó en su silla.

—Eso es fácil... —dijo—. Estoy preparado, Traymer. Reduciremos a los refractarios mañana por la noche... si los hay; luego, desapareceremos de la escena y nos ocuparemos del gran trabajo, tal como ha sido planeado.

—Con dos objetivos-dijo Traymer, sonriendo —. Capturar a las personas que todavía son necesarias y...

Norbin asintió; pero en seguida arrugó el entrecejo.

—Bien, pero... ¿está todo bien? —preguntó—. Usted no es quien manda aquí, Traymer, como tampoco yo...

—Piénselo bien, Norbin —contestó Traymer, levantándose—. Cuando más lo piense, más se dará cuenta de que es el único plan factible y lógico.

—¡Ya, ya! —rezongó Norbin—. Bueno, Traymer, dígame algo mañana por la noche.

Tres minutos después, Mauricio Traymer salía del hotel sin que nadie le preguntara nada.

Poco después una sombra se deslizó por el suelo del vestíbulo, pasando inadvertida para el dependiente y los gangsters.

Una figura alta y de líneas vagas apareció momentáneamente en el círculo de luz de una de las farolas de la calle. Luego la extraña aparición se esfumó en la oscuridad y una risa burlona rasgó el silencio de la noche.

Aquella noche, La Sombra había espiado útilmente.

¡Al igual que Mauricio Traymer y “Beef” Norbin, estaría dispuesto a toda eventualidad al día siguiente por la noche!

Dos muchachas habían sido raptadas. Elisa Cathcart y Gale Sawyer estaban prisioneras..., detenidas por algún motivo desconocido. La policía estaba enterada de su desaparición; pero la ley ignoraba otras cosas que, según creía La Sombra, estaban relacionadas con ellas.

¿Se encontraban verdaderamente en las Bermudas, Muriel Hastings y, Joan Foxcroft? ¿Estarían Roy Darwin y Clayton Peale

realizando los viajes de que Antonio Hargreaves habló?

Si seis miembros del grupo que se reunía para escuchar las conferencias del profesor Sheldon habían desaparecido dos, después de cada función, era lógico suponer que otros seguirían. La Sombra había oído discutir planes aquella noche por dos hombres que parecían abrigar siniestros designios.

Al día siguiente le tocaría el turno a La Sombra. Vería hacia dónde se dibujaba el peligro y se enteraría del nombre del responsable, de aquellos crímenes. Nuevas batallas se preparaban y La Sombra estaba sobre aviso.

La cadena de pruebas iba reforzándose. La Punta del Este, donde Harry Vincent continuaba investigando discretamente, era el punto de partida de esa situación compleja.

A pesar de precipitarse los acontecimientos en otros lugares, a pesar de la promesa de acción en otra parte al día siguiente por la noche, el trabajo de Vincent parecía dar sus frutos él también.

CAPÍTULO XIII

HARRY TIENE NOTICIAS

DESDE su llegada a la Punta, Harry madrugaba siendo imitado por Malbray Woodruff. El pintor declaraba que la atmósfera de las primeras horas de la mañana era la gran colaboradora del talento artístico.

Aquel día pues Harry y Woodruff se desayunaron poco después de apuntar el alba y Harry taciturno repasaba para sus adentros los acontecimientos de los últimos días. Se daba cuenta que había descubierto, muy poca cosa digna de ser comunicada a La Sombra.

Dos días antes, el profesor Kirby Sheldon regresó tarde por la noche después de su conferencia. El anciano caballero se quedó en la casa la víspera; y por la noche del mismo día, Harry y Woodruff le hicieron una corta visita.

Por la tarde de aquel último día, Sheldon debía regresar a Nueva York con el fin de dar otra conferencia.

Lo ocurrido en el chalet de Elbert Cordes no resultaba muy claro. Vigilando de noche Harry sospechó que o Cordes o Downs había salido de casa, pero no logró pruebas que apoyasen su creencia.

El único incidente de interés en la Punta había sido la actividad de Malbray Woodruff.

El día anterior, el artista se llevó la barquita y Harry le vió remar por la bahía, después de cargar su caballete y utensilios de pintor en la embarcación.

A unas cien yardas de la Punta, había una pequeña isla plantada de árboles raquíuticos. Era la primera de una sucesión de pequeños islotes, algunos de los cuales eran meros escollos en la superficie del agua. Otros surgían como pequeñas montañas abruptas,

completamente inaccesibles.

Al alejarse remando, Woodruff desapareció detrás de la primera isla y Harry le vio regresar a la Punta, tras una expedición que duró todo el día, siguiendo la misma dirección tomada al irse.

Aquella mañana, Woodruff anunció su intención de realizar otro viaje similar, pero declaró que regresaría a tiempo para el almuerzo.

Enseñó a su compañero una tela a medio acabar que representaba una escena de la bahía y dijo haber descubierto un sitio interesante sobre una masa de rocas que no podían verse desde la Punta.

Desde su último viaje a la pequeña población, cerca de la estación Harry no se había alejado de la casa de Woodruff. No ganaría nada con poner nuevamente a prueba a Cordes y su criado. Allí en la Punta, Harry se sentía completamente aislado del resto del mundo.

No había leído periódicos ni en casa de Woodruff ni en la de Sheldon.

Aunque era su costumbre enterarse de los acontecimientos del día, no veía entonces ninguna necesidad urgente de leer noticias, sobre todo sabiendo que La Sombra le tendría al corriente de todo cuanto pudiese interesarle.

Su trabajo consistía en anotar cualquier hecho insólito... nada más.

Al visitar al profesor Harry sacó una nota del interior de su sombrero gris.

Era el segundo mensaje en código que recibía de La Sombra. No hacía sino recomendarle nuevamente que se mantuviera en contacto con él y enviara un informe detallado de cuanto ocurriese en la Punta.

No había recibido nuevas órdenes por radio. Harry se daba cuenta que La Sombra esperaba una oportunidad, reuniendo cuánta información se le ofrecía y difiriendo toda acción hasta que fuese muy indicada. Si, según Harry suponía, los ladrones del oro del Patagonia se mantenían ellos también en la mayor inactividad, aquel período de espera acabaría eventualmente en acontecimientos de gran interés.

Teniendo muy poco que comunicar a Las Sombra, Harry pasó la

mañana paseando por la playa, ante la bahía. Volvía en ocasiones los ojos hacia el grupo de casas.

Vió a Downs alejarse en dirección a la población, regresando cosa de media hora después. Nada más ocurrió hasta cerca de las doce, cuando Harry se dio cuenta de pronto que Malbray Woodruff se acercaba en su embarcación a remos.

Al igual que la tarde anterior, el artista llegaba de la isla que formaba un pequeño montículo a alguna distancia de la playa.

Woodruff remaba con energía y rapidez y Harry se sorprendió al verle desplegar tanta actividad. La barca tocó la arena. Woodruff bajó de la misma y recogió su caballete. Lanzó una mirada rápida a Harry y le hizo una seña de que le siguiera. Juntos se trasladaron rápidamente a la casa.

Woodruff cerró la puerta tan pronto hubieron entrado, señaló una silla a Harry y colocó su caballete en un rincón.

Con el aire de quien tiene algo importante que decir, pero no sabe por dónde empezar el artista se paseó de arriba abajo, mientras Harry le miraba sin hablar.

Finalmente, Woodruff se detuvo, se encaró con su amigo y le preguntó sin preámbulos:

—¿Por qué está usted aquí, Vincent?

Harry enarcó las cejas, como lleno e asombro.

—Quiero decir —explicó Woodruff—, ¿tiene usted un motivo especial para estar en Punta del Este? ¿Es usted detective, por ejemplo?

—¡Claro que no! —replicó Harry, riendo—. ¿Por qué me pregunta eso, Woodruff?

El artista miró fijamente a su huésped, mientras sus manos llenaban automáticamente su pipa de tabaco.

—No vaya a interpretar mal mis palabras, Vincent —prosiguió—. Quiero poner las cosas en claro, si usted lleva a cabo una investigación aquí, quiero ayudarle. En caso contrario, deseo que usted me ayude a mí, de manera que en ambos casos el resultado será el mismo.

—¿Qué sucede, Woodruff? —dijo sencillamente Harry.

El artista decidió explicarse. Parecía tener confianza en Harry y su franca pregunta le hizo tomar la decisión de tratar a su nuevo amigo como a un confidente.

—¡Algo extraño sucede aquí en la Punta! —declaró Woodruff—. Hace tiempo que me he dado cuenta de ello... tan pronto como vine. Una noche estoy seguro de haber visto una luz misteriosa en la bahía... En otras ocasiones he oído hombres pasar delante de esta casa. Cuando los guardias vinieron a investigar, aumentaron mis sospechas. Se fueron después de registrar cuidadosamente el lugar y todo estuvo tranquilo después de eso; pero desde que usted vino he sentido renacer mis sospechas.

“Hace dos noches, oí algo parecido a un motor; pero muy débilmente. Mi cuarto se encuentra en la parte delantera de la casa y me acerqué a la ventana para escuchar. Sabiendo que usted duerme en el otro lado de la casa, no creo que haya podido sorprender aquel ruido. Entré para hablarle, pero vi que estaba durmiendo. Tenía ganas de hablarle de estas cosas.

“Más tarde, tengo la seguridad de haber oído ruido en la playa y creo haber visto a alguien pasar delante de la casa del profesor. Finalmente me dormí y lo olvidé todo. Nada ocurrió ayer; pero esta noche pasada creo haber oído nuevos ruidos en la playa. Nuevamente, estoy seguro que había hombres que pasaban por allí.

“Esta mañana, al ir a recoger mi barca, vi que no estaba donde la había dejado en la playa. Al reflexionar, recordé vagamente haber notado lo mismo ayer. ¡Vincent, alguien salió con mi barca por la noche!

Woodruff calló dramáticamente. Veía que Harry le escuchaba con atención y pareció dispuesto a convencer a su compañero de que lo que decía era la pura verdad.

—Al volver remando esta mañana —prosiguió Woodruff en voz baja—, he dado la vuelta a la isla cubierta de árboles... cerca de la orilla. La llaman Little Knob... Esos árboles bajan hasta el agua y la orilla de la isla es rocosa e irregular. Por regla general me mantengo alejado a causa de las rocas; pero hoy he visto algo que flotaba en el agua. Lo he recogido y... aquí está.

Al terminar estas palabras Woodruff se sacó del bolsillo un pedazo de tela húmeda que dejó sobre la mesa. Era un trozo de pañuelo que llevaba en un ángulo las iniciales siguientes:

E. C.

—Es un pañuelo de mujer —exclamó Harry.

—¿Está usted seguro de ello?

—Desde luego —insistió Harry—. Mire usted el bordado. Estoy casi seguro que se trata del pañuelo de una muchacha.

—Podría ser de hombre—contestó Woodruff,

Harry negó con la cabeza. Recogió el trozo de tela y lo olió, esperando encontrarlo perfumado; pero era evidente que el pañuelo había estado flotando algún tiempo sobre el agua salada. De todos modos, al examinarlo detenidamente, Harry encontró tres ángulos y señaló el hecho de que el pañuelo tenía menos de doce pulgadas cuadradas.

—¡Eso es muy pequeño para un pañuelo de hambre! —hizo observar—. No estoy de acuerdo con usted, Woodruff. No puedo ofrecerle una teoría respecto al modo cómo, el pañuelo se encontró en donde lo descubrió usted; pero estoy convencido que su propietario es, una señora cuyas iniciales son E. C.

—¡Eso es! —exclamó triunfalmente Woodruff—. ¡E. C.! Esas iniciales prueban precisamente lo que estoy diciendo. Se trata de un pañuelo de hombre y sé de quién. ¡Elbert Cordes!

Esta declaración echó una luz nueva sobre el asunto. A pesar de sentirse convencido de que se trataba de un pañuelo de mujer, Harry tuvo que reconocer que las iniciales eran las mismas que las de Elbert Cordel.

—Sí —afirmó Woodruff—. Elbert Cordel salió con mi barquita y por un motivo u otro, fue a Little Knob. ¿Por qué? ¡Eso es lo que quiero saber!

—¿Tiene usted algún motivo para intentar descubrirlo? —preguntó Harry con tono indiferente.

—¿Motivos? —exclamó Woodruff, indignado—. ¿Acaso no es motivo suficiente sospechar que algo se trama en la sombra? ¿Por qué se mantiene Cordes tan aislado? ¿Por qué obra de un modo tan sospechoso todo el tiempo? ¡He intentado no mezclarme en sus asuntos, que no me interesaban; Pero ahora la cosa ha cambiado de aspecto y voy a saber de qué se trata.

Harry no sabía qué decisión tomar. Comprendía hasta dónde Malbray Woodruff podía ser una ventaja o una desventaja en el transcurso de una investigación en la Punta.

Woodruff podía enterarse de algunas cosas respecto a Elbert Cordes.

Teniendo a Harry por confidente, el artista ayudaría

indirectamente a La Sombra.

Por otra parte, si Woodruff se precipitaba y decidía abordar a Cordes acusándole de emplear su barco de noche, el resultado podía ser pésimo.

Lo más indicado era alistarse con Woodruff y sugerirle hábilmente unas cuantas ideas. De tal modo, Harry podría emplearle útilmente,

Harry comprendió que algo iba a ocurrir en la Punta. Dándose cuenta que Woodruff le miraba, solicitando sus consejos, Harry empleó su poder de sugestión.

—¡Tal vez tenga razón, Woodruff! —declaró—. Si Elbert Cordes vive aquí con algún fin determinado, está usted acertado queriendo enterarse de lo que se trata. Al propio tiempo, no está indicado que ni usted ni yo formulemos acusaciones sin otra base que sus actuales descubrimientos.

—Sé que alguien ha empleado mi barca-objetó Woodruff—. El pañuelo nos prueba que se trata de Cordes. No creo en las cosas hechas a medias, Vincent. Si Cordes está haciendo algo censurable, puedo verme mezclado en el asunto. Si usa mi barca, y sé que así es, soy indirectamente cómplice de sus actos.

—¿Por qué no esperar? —sugirió Harry—. Usted se ha enterado de algunas cosas hoy; tal vez mañana sepa otras nuevas. Esconda usted su juego, Woodruff; no enseñe sus cartas cuando el enemigo no lo hace.

Esta reflexión hizo efecto sobre el ánimo del artista. Asintió lentamente, chupando su pipa. Veía la lógica de la sugestión de Harry Vincent y la estudió sin apasionamiento.

—Tiene usted razón, Vincent —acabó por decir—. Me alegro de haberle hablado de todo eso. Debo saber más antes de obrar. Si Cordes está huroneando por aquí no hay motivo alguno para que yo no haga lo propio. Voy a decirlo lo que haré —prosiguió, animándose—. Voy a especializarme en marinas durante unos días. Son mis mejores trabajos y hace tiempo que no me dedico a ellas. Eso significa que me encontraré en medio de esas islas, con un buen motivo, bien inocente; pero buscaré algo más que paisajes. ¡Buscaré cosas relacionadas con Elbert Cordes!

La decisión tomada por el artista satisfizo a Harry. Significaba que Woodruff vigilaría desde el mar, mientras Harry lo haría en la

costa.

Harry sentía mucho más interés por lo que Woodruff pudiese descubrir que el propio artista; pero no habría sido cosa de buena política por parte de Harry, realizar él en persona la excursión por la bahía.

—Me iré esta tarde —declaró Woodruff—, a un peñasco desde el cual puedo pintar una marina que comprenderá el Little Knob. Más tarde, trabajaré desde la isla y tal vez encuentre alguna prueba, algún indicio, Vincent, lo suficiente para convencerle que Cordes está metido en algo.

El artista comió rápidamente y salió en dirección a la playa después de recomendar a Harry, que guardara el mayor secreto respecto a sus proyectos.

La partida de Woodruff era la oportunidad que Harry había esperado. Tan pronto como la barquita del artista desapareció detrás de Little Knob, Harry escribió un corto mensaje a La Sombra y se fue a casa del profesor Sheldon.

El anciano se encontraba en su biblioteca. Como siempre, Lester entró a avisarle y Harry deslizó el informe en la badana del sombrero del profesor.

Cuando el viejo sociólogo llegó al salón, Harry le preguntó si estaría en casa aquella noche.

—No-dijo el profesor —. Me voy a Nueva York con el fin de dar otra conferencia, pero mañana regresaré...

—Me equivoqué —declaró Harry—. Creí que Woodruff había dicho que no iba usted a Nueva York hasta mañana.

—¿Dónde está Woodruff ahora? —preguntó Sheldon.

—Fuera, pintando una marina —contestó Harry.

El profesor sonrió.

—La Naturaleza es hermosa-declaró con tono filosófico —. En consecuencia, el arte, reproducción de la Naturaleza, es un asunto hermoso. Sin embargo, el hombre que pasa su vida intentando representar escenas que no puede, posiblemente, duplicar, persigue una quimera. El arte, aunque hermoso, es engañoso. El verdadero utopiano glorificará la grandeza de la Naturaleza buscándola... y no contentándose con vanos esfuerzos encaminados a duplicarla o mejorarla. La arquitectura puede llamarse verdadero arte. Representa un esfuerzo creativo con ideales naturales. Puede haber

artistas en Utopía, tal como la veo, pero no artistas como nuestro amigo Woodruff, que sacrifica a todos los beneficios con el fin de expresar uno solo..

Harry se declaró de acuerdo con los sentimientos de Sheldon. Creía más cuerdo darle siempre la razón cuando exponía sus teorías, y aun cuando no concordaba con lo que Sheldon expresaba, se veía obligado a reconocer que el viejo sociólogo se mostraba siempre lógico.

—¡Utopía! —concluyó Kirby Sheldon con una sonrisa—. Heme aquí hablando otra vez de mi ensueño. Me gusta hablar de él con un amigo comprensible como usted, Vincent. Esta noche, mi conferencia tratará de Utopía. Algunos de los que me oirán estarán de acuerdo conmigo... otros no. Estos últimos creerán que tan sólo hablo de las teorías absurdas.

“Peor para ellos. Los no utopianos son seres inútiles. Cuando mis teorías se conviertan en hechos, lo que ocurrirá, los que creen en Utopía saldrán beneficiadas. Los sueños se truecan en realidad cuando esos sueños son visiones, pero si fracasaran... —Kirby Sheldon meneó lentamente la cabeza cana—, entonces tendría que volverme hacia una nueva doctrina... el derecho del individuo. En el análisis final, eso también es utopiano.

“EL hombre que hace todo cuanto puede para sí mismo, encuentra finalmente una alta expresión. Nadie niega la ley natural que concierne a la supervivencia de los más aptos y un verdadero y sincero estudiante de las condiciones humanas debe admitir esa supervivencia, no siendo la doctrina de que el fin justifica los medios más que una consecuencia natural de la misma.

Harry repasaba mentalmente las palabras del profesor al regresar a casa de Woodruff. Le hubiera gustado hacer preguntas al anciano respecto a Elbert Cordes. Ahí estaba un hombre que evidentemente buscaba algo por medio del individualismo. Una persona que vivía totalmente apartada del mundo, encajaba perfectamente en el programa del profesor.

Sin embargo, a pesar de su política de estar siempre de acuerdo con el profesor Sheldon, Harry se daba cuenta que el anciano estaba rebosante de teorías. ¡Que abrigara sus sueños y estuviese tranquilo en medio de ellos! El trabajo de Harry consistía en ahondar en la vida de los que podían tener relación con el crimen... y Elbert

Cordes se contaba entre ellos.

El informe que el profesor Sheldon llevaba inconscientemente a La Sombra, mencionaba clara y concisamente las nuevas impresiones de Harry Vincent incluyendo las teorías de Woodruff y las objeciones de Harry. Era evidente que todo señalaba a Elbert Cordes y a su criado Downs.

Aquella noche, contando con la alianza de Woodruff, Harry podía enterarse de sí uno u otro de ellos estaba fuera de casa. No estaría tampoco de más vigilar la tarea de Woodruff.

Sin embargo, en su resumen metódico, de la situación, Harry no había dejado que su opinión quedara barrida por las ideas de Woodruff. El pañuelo probaba que alguien había estado en las cercanías de la isla llamada Little Knob.

Las iniciales del pedazo de tela señalaban a Cordes, pero en su informe Harry había mencionado su propia creencia de que el pañuelo pertenecía a una mujer.

La pieza de convicción continuaba en poder de Woodruff y Harry estaba seguro de poder obtenerla cuando fuese necesario. Eso, sin embargo, sería después de recibir nuevas órdenes de La Sombra.

Aquella noche reunirían, probablemente, nuevos indicios. El profesor Sheldon regresaría antes del alba y al día siguiente Harry tendría, sin duda, en su poder nuevas instrucciones de La Sombra.

Harry Vincent se sentía extrañamente inquieto y nervioso. Igual le ocurrió en otras ocasiones en que trabajó para La Sombra; —pero en aquel caso determinado, Harry tenía la corazonada de que antes de que transcurriera mucho tiempo, algo iba a ocurrir en la Punta del Este...

Lo que sería, Vincent no tenía la menor idea de ello.

CAPÍTULO XIV

CRANSTON HACE UNA VISITA

LA noche encontró reunidos en el aposento de Antonio Hargreaves a un puñado de personas de aspecto solemne. El millonario, calvo y de corta estatura, parecía preocupado, aunque se esforzaba en saludar a sus invitados con la misma afabilidad de siempre. A pesar de todo, la tensión reinante era muy aparente.

Celebraban discusiones cuchicheadas en los rincones y el único tópico de éstas era el rapto de Elisa Cathcart y Gale Sawyer, ocurrido dos días antes. Una aprensión mutua era el lazo que había reunido al grupo entero aquella noche.

Lamont Cranston era el único que parecía estar completamente tranquilo. El alto millonario estaba de pie en un rincón, fumando un cigarrillo y sus ojos penetrantes estudiaban a los diversos miembros de la reunión.

Con mayor penetración aun que el profesor, Cranston estaba dividiendo esas personas en dos clasificaciones; podía señalar a los idealistas, separándolos de los demás.

Mauricio Traymer llegó algo más tarde y, poco después, el profesor Kirby Sheldon se presentó. Hubo un contraste entre esas llegadas. Cranston se fijó en que Traymer parecía nervioso y preocupado. Al dar un apretón de manos a Hargreaves, se limitó a cambiar unas pocas palabras con el dueño de la casa.

En cambio, el profesor Sheldon entró trayendo consigo una atmósfera de placidez y sentimientos amistosos que cambió inmediatamente el ambiente.

Dejando a un lado su sombrero y su bastón, se volvió con el fin de saludar a sus discípulos.

—El tráfico no existe en Utopía-declaró sonriente—. Esta noche

me ha detenido sobremanera. El trayecto es largo desde la Punta, y cerca de los puentes, la congestión es insoportable.

EL profesor no pareció darse cuenta de la falta de entusiasmo que demostraba el grupo. Antonio Hargreaves miró en derredor, esperando que la actitud amistosa de Sheldon disipara, en parte, la melancolía que pesaba sobre la asistencia. Sin embargo no había hecho más que entibiar la atmósfera.

Hargreaves se atrevió a interrumpir al profesor.

—¡Hem... hem... profesor Sheldon! —dijo como excusándose—. He estado pensando en nuestras conferencias y creo que sería preferible... hem... ponerles fin esta noche...

—¡Esta noche! —inquirió Sheldon, asombrado—. ¿Y por qué esta noche?

—Desde luego, profesor-explicó Hargreaves —, usted ha oído hablar de la desgracia ocurrida a dos miembros de nuestro grupo...

—¡Desgracia!

—Sí... el rapto de las señoritas Cathcart y Sawyer...

El profesor Sheldon miró en torno suyo con asombro. Escudriñó los rostros de los que estaban cerca de él, como queriendo cerciorarse de los que estaban ausentes.

—¿Rapto? —preguntó.

—Si-repuso Hargreaves —. Está en toda la Prensa, profesor.

—Yo no leo los periódicos-explicó el profesor Sheldon —. Cuando estoy en la Punta del Este, prescindo en absoluto de ellos. Todo esto es nuevo para mí.

La tensión quedó rota al explicarle Hargreaves y otros caballeros la situación. Una expresión de sentimiento cubrió las facciones del profesor cuando se enteró de los detalles.

Todos los miembros del grupo le rodearon, exceptuando a Lamont Cranston.

De pie cerca del sitio donde dejaban sombreros y abrigo Cranston estaba leyendo una notita que acababa de sacar del sombrero del profesor.

En esta nota —, ahora papel en blanco—, Cranston había leído que el pañuelo encontrado en la Punta y del que le hablaba Harry Vincent llevaba las iniciales E. C., así como la teoría de Woodruff de que esas letras se referían a Elbert Cordel.

Una débil sonrisa apareció en los labios de Cranston y al mismo

tiempo oyó una voz que decía:

—Hace dos noches, Gale Sawyer fue a visitar a Elisa Cathcart...

La mención del nombre de Elisa Cathcart coincidió con los pensamientos de Cranston.

¡Un pañuelo de mujer con las iniciales E. C.! Aquello encajaba en el misterio tan efectivamente como el nombre de Elbert Cordes.

Lamont Cranston se acercó lentamente al grupo enterándose de los nuevos planes que se formaban. El profesor había decidido diferir sus conferencias; pero al propio tiempo le parecía que la disolución del grupo, en aquel momento inoportuno sería un verdadero error.

Lamont Cranston sonrió al ver que Antonio Hargreaves tomaba la palabra.

EL millonario tenía que hacer un ofrecimiento. Cranston ya lo conocía.

Habló a los asistentes de su proyectado crucero y su idea obtuvo un murmullo de aprobación.

—Vámonos una temporada-sugirió Hargreaves—. Todos ustedes serán bienvenidos. Después de un par de semanas de vacaciones, nos encontraremos mejor y tal vez las muchachas hayan regresado a su casa.

—Excelente idea, señor Hargreaves dijo Mauricio Traymer—. Puede usted contar conmigo.

Esta declaración fue el principio de un coro de voces aceptando la proposición. Uno tras otro, los diversos miembros del grupo expresaron su deseo de tomar parte en la excursión.

Al parecer, la aceptación era general y Lamont Cranston observó que la nerviosidad de Mauricio Traymer se disipó en parte. El joven parecía aliviado de un extraño peso.

—¿Puede usted ser de los nuestros, profesor? —preguntó Hargreaves, volviéndose al profesor Kirby Sheldon.

—Sería imposible-replicó el viejo sociólogo—. Tengo mucho que hacer y disfruto de mi soledad en la Punta. Será preferible que no les vuelva a ver hasta su regreso; luego podré reanudar mis conferencias.

—Iremos todos, pues —Hargreaves vaciló al ver a Lamont Cranston—. Perdóne usted, señor Cranston, no me acordé de invitarle. ¿Desde luego, vendrá también?

—Lo siento mucho-contestó tranquilamente Cranston—. No creo que me sea posible... No, Hargreaves, no podré hacer ese crucero.

Hargreaves le expresó su sentimiento y los miembros del grupo empezaron a alejarse hablando del proyectado viaje. Mauricio Traymer pareció estar a sus anchas un momento; pero luego se quedó mirando a Cranston con expresión de duda.

Cranston estaba hablando con el profesor Sheldon.

—Al igual que usted, profesor-decía Cranston—, yo soy un hombre muy ocupado, aunque no demasiado para olvidar los ideales utopianos tales como usted los ha instituido.

Una expresión de complacencia apareció en el rostro de Sheldon. Dio un caluroso apretón de manos al millonario y dijo, al inclinarse para agradecer el cumplido:

—Usted se encuentra en el lado bueno de la línea divisoria, señor Cranston. Es un valioso aspirante a la verdadera Utopía. Cuando ese estado exista, formará usted, sin duda, parte de sus miembros.

El profesor se volvió para contestar a una pregunta de Hargreaves.

Aparentemente Lamont Cranston los vigilaba a los dos; pero, en realidad, sus ojos no se apartaban de la cara de Mauricio Traymer que se encontraba cerca. Cranston comprendía que el joven le observaba y parecía preocupado.

Cruzando la estancia, Cranston se le acercó y lo saludó amistosamente.

Traymer hizo un esfuerzo para aparentar serenidad y tranquilidad.

—Siento no poder realizar ese crucero —declaró Cranston—. Creo que me habría gustado mucho. Los negocios me absorben por entero, Traymer, y el día de mañana me preocupa. No tengo ganas de regresar a mi casa de New Jersey y preferiría quedarme en Nueva York esta noche.

—¿Por qué no lo hace usted? —preguntó repentinamente Traymer—. Pongo mi piso a su disposición con el mayor gusto, Cranston. Eso sería preferible a ir a un hotel o volver a su casa.

—¿No le molestaría a usted?

—En lo más mínimo.

—Me parece que voy a aceptar su invitación. Traigo mi maleta conmigo, puesto que acababa de decidir quedarme en la ciudad. El chofer regresará a casa, a menos que le dé nuevas órdenes en el club dentro de una hora.

—Bien, Cranston-dijo Traymer con calor —. Dispénseme unos instantes mientras telefono a casa. Mi criado estará allí.

Tan pronto como Traymer se hubo ido, Cranston empezó a escribir una nota, siguiendo su método secreto habitual... La corta pluma estilográfica oculta en el bolsillo de su americana, dio pronto fin a su tarea.

El criado encargado de la guardarropía estaba en su rincón. Cranston se acercó y le pidió que le diera la maleta que estaba debajo de la mesa.

Mientras el hombre estaba ocupado, Cranston deslizó un pedazo de papel doblado en el interior del sombrero del profesor Sheldon.

Traymer regresó al cabo de poco rato, volviendo a marcharse con Cranston y el profesor. Se separaron del anciano al llegar a la calle, Traymer hizo subir a Cranston a su cupé y quince minutos después estaban en el piso del joven.

Traymer expresó su contrariedad al ver que su criado no estaba en casa.

Declaró que el hombre era estúpido y que no tardaría en despedirle. Dejó la maleta de Cranston en uno de los dormitorios y declaró que iba a prepararle una bebida a su huésped. Dejando a Cranston en el salón. Traymer entró en la cocina del aposento.

Cranston estaba confortablemente reclinado en una silla cuando Traymer salió. Unos minutos transcurrieron; luego, Cranston se levantó sin hacer ruido y se encaminó a la cocina. Sus ojos penetrantes vieron por una rendija de la puerta lo que Traymer estaba haciendo.

El joven había sacado una cajita de un estante y vaciaba una cantidad de polvo en una de las bebidas que tenía preparadas. Cranston sonrió al ver la forma de la caja y el color del polvo.

¡Mauricio Traymer quería narcotizar a su invitado!

Volviendo de puntillas al salón, Cranston se sacó un tubo del bolsillo y lo abrió revelando en el interior forrado varios frasquitos. Escogió cuidadosamente uno de ellos que contenía un líquido verdoso y volvió a meterse el tubo en el bolsillo.

El frasquito verde tenía el cuello rodeado de un anillo de metal que terminaba en gancho. Por medio de este dispositivo, Cranston fijó el frasco al anillo que llevaba en el tercer dedo de la mano izquierda, girándolo de manera que la botellita quedara oculta en la palma.

Cuando Mauricio Traymer entró con dos vasos y dejó uno delante de Cranston, el único objeto que se veía en la mano de éste era la brillante joya que centelleaba en su dedo anular.

Lamont Cranston llevó la copa a sus labios y sorbió parte de su contenido.

Volvió a dejarla en la mesa con la mano izquierda. Mauricio Traymer le vigilaba estrechamente.

La mano de Cranston se apartó y se detuvo momentáneamente encima del vaso, dando la espalda a Traymer. En aquel momento, el pulgar de Cranston se movió en la palma de la mano y apretó el frasquito. El taponcito cayó atrás como movido por un muelle y el líquido verde cayó en el interior del vaso.

Al propio tiempo, Cranston hizo un ademán con la mano derecha y llamó momentáneamente la atención de Traymer en la dirección opuesta.

Apenas había salido el líquido del frasco, cuando la mano izquierda de Cranston volvía a llevar la copa a sus labios. Esta vez, el millonario no paró hasta apurar todo el contenido de la copa que Traymer le había preparado.

Con una hábil estratagema, Lamont Cranston había contrarrestado los efectos de la droga empleada por Traymer.

Traymer no sospechaba lo que Cranston acababa de hacer y continuaba mirándole fijamente; cuando los ojos de Cranston empezaron a cerrarse, Traymer no pudo contener una sonrisa de satisfacción.

—Me siento muy cansado—dijo Cranston con voz apagada—. Tengo la cabeza algo débil. Me voy a descansar, Traymer, si usted no tiene inconveniente...

—Claro que no —contestó Traymer.

Cranston entró en el dormitorio, se sacó la americana, el chaleco, el cuello y la corbata, logrando también quitarse los zapatos. El esfuerzo le agotó. Se dejó caer sobre la cama sin preocuparse siquiera de apagar la luz.

Traymer atisbó desde el umbral de la puerta y su rostro expresó una alegría intensa. Apretando el conmutador de la luz, Traymer cerró lentamente la puerta del cuartito y se encaminó al teléfono del salón.

No necesitó más de un minuto para obtener el número que marcó. Con los ojos fijos en la puerta de Cranston, Traymer habló en voz baja.

—Todo está listo, Norbin —dijo—. Está fuera de combate por una hora. La droga ha surtido efectos rápidos esta noche. Suba en seguida... ¿Cuánto tiempo?.. Si, quince minutos... Muy bien... Me voy por una hora... La puerta estará abierta... Por la escalera de escape de mi piso... Traiga bastantes hombres para no tener dificultades... Oiga, me sentí desanimado al ver que teníamos que hacer otro trabajito de estos esta noche... Creí que la historia del crucero acabaría con el juego... Pero esto ha sido fácil... Lo tengo todo bien dispuesto...

Mauricio Traymer colgó el receptor y volvió a la puerta del cuarto de Cranston, abriéndola lentamente. Vió al millonario, tumbado y silencioso sobre la cama. Cerrando la puerta, Traymer apagó todas las luces, excepto una lamparita situada en un rincón del salón. A continuación dejó el piso.

Cinco minutos transcurrieron y la puerta del cuarto empezó a abrirse lentamente. Lamont Cranston no fingía ya tener sueño. A la luz vaga de la lamparita del salón se veía su alta figura en mangas de camisa, inclinarse sobre una maleta abierta en el suelo. Luego, todo rastro de blancura desapareció. La alta figura se transformó en una masa negra, casi invisible.

Diez minutos después de la partida de Traymer, una figura surgió en la puerta del cuartito. Era una especie de espectro negro, más irreal que humano.

Una risa débil brotó de los labios ocultos por el ancha ala de un sombrero flojo y negro. Una capa negra le envolvía en sus pliegues; se movió, revelando un forro encarnado; pero en seguida volvió a caer, negra como la noche.

Lamont Cranston ya no era la presa fácil, al alcance de los que querían apoderarse de ella. El cuartito estaba vacío... el hombre que había estado sobre la cama se había ido.

¡Lamont Cranston era La Sombra!

CAPÍTULO XV

AMIGOS FRUSTRADOS

EL piso de Mauricio Traymer estaba admirablemente situado para que se le invadiera subrepticamente. La entrada daba a un corto pasillo, que llevaba a la escalera de escape para casos de incendio.

Por regla general la puerta de la escalera sólo se abría desde el interior, pero Traymer había tenido la precaución de dejarla entreabierta, introduciendo una cuña debajo.

Esto preparaba el camino a los gangsters y en vista de que al pie de la escalera de escape se encontraba un patio oscuro, la banda que iba a presentarse no encontró dificultades para acercarse a su objetivo.

El plan de Norbin era sencillo. Un grupo de hombres subiría y luego bajaría a la víctima inconsciente por la escalera de escape, alejándose en un automóvil que les estaría esperando.

Era un método sencillo y “Beef” acostumbraba a escoger siempre lo sencillo por ser lo más eficaz.

En vez de ingeniosidad, “Beef” se ufanaba de su eficiencia. Tenía siempre a sus órdenes los hombres necesarios para realizar sus “faenas”, y desde el episodio de Long Island, se alegraba de tener esa costumbre.

“Beef” sostenía la teoría que dos o tres gangsters pueden ser tan conspicuos como una docena y opinaba que la seguridad consistía en ir bien acompañado.

Desde su encuentro con La Sombra, el jefe de los gangsters estaba más convencido que nunca de que el número era lo que surtía resultados. Así, pues, el hombre que metió la cabeza por la puerta de la escalera de escape no llegaba solo; era sencillamente la vanguardia de la horda invasora. Viendo el camino despejado, hizo

seña a los demás de que le siguieran.

Cuando el primero del grupo, un bandido de rostro descolorido, llegó ante la puerta del piso de Traymer, cuatro compinches le pisaban los talones. Otros estaban estacionados en el descansillo de la escalera y los había también en el patio de abajo.

El primero de los gangsters se sacó un revólver del bolsillo y los demás le imitaron. Lentamente el hombre giró el pomo de la puerta y la abrió con el fin de que los furtivos bandidos se deslizaran en el silencioso aposento.

Uno tras otro, los cuatro desfilaron, inclinados y andando de puntillas.

El primero de la fila estaba a medio salón cuando se detuvo en seco al oír un ruido inesperado. Un susurro bajo parecía salir de detrás de una cortina, cerca de la ventana. Los demás invasores se pararon también.

La cortina, cuya orilla caía cerca de un sillón, empezó a moverse, revelando la presencia de alguien detrás de sus pliegues. Una vez más el extraño murmullo que parecía una risa apagada pudo oírse.

El primer gangster tembló; luego, sobrecogido de pánico, levantó el revólver y disparó dos veces consecutivas contra la cortina.

Los demás hombres permanecieron petrificados al lado de la puerta. Se daban clara cuenta del motivo de la acción de su compañero. Silencio, precaución..., todo lo olvidaban en aquel instante crítico.

¡El jefe del grupo había reconocido la risa de La Sombra! Movido por la desesperación, intentaba acabar con la amenaza de aquel ser siniestro cuyo solo nombre sembraba el terror en el mundo del hampa.

Aquel gangster-uno de los pocos que escaparon ilesos de la refriega de la mansión de los Cathcart-lo había olvidado en su loco deseo de ajustarle las cuentas a La Sombra.

Clavado en medio de la estancia, el bandido esperaba, creyendo ver de un momento a otro una alta figura vestida de negro, desplomarse detrás de la cortina.

En vez de ello, La Sombra surgió a vista de un modo inesperado. Semejando un espectro, su forma oscura se levantó detrás de una

silla colocada a pocos pasos de la ventana.

Desde allí, había alargado el brazo con el fin de mover la cortina y su ardid tuvo éxito. EL primer gangster disparó en la dirección donde no había nadie.

—¡La Sombra!

El grito lo lanzó un hombre que estaba en la puerta, y antes de que el que disparó se diera cuenta de lo que pasaba, se encontró frente a frente con la temible figura. Los cañones de dos automáticas le apuntaban. Lanzando un grito inarticulado, el primer gangster apretó el gatillo de su revólver... Antes de que hiciera el disparo, una de las pistolas de La Sombra escupió fuego y una bala se alojó en el brazo del gangster, que se hizo atrás, desarmado.

Otro tiro resonó y de común acuerdo los pistoleros se retiraron al vestíbulo, llevándose al herido.

Cosa extraña: el segundo tiro de La Sombra no había tocado a nadie. No había sido disparado con este fin, sino con el de hacer retroceder a la banda.

Al pasar los cuatro hombres por la puerta, el gangster que estaba en la entrada intentó detener a La Sombra. Cerró la puerta, dejando tan sólo espacio para el cañón de su revólver y se dispuso a tirar sobre la forma negra que se acercaba.

Una vez más, La Sombra apretó el gatillo de su automática, y la bala, pasando por él espacio que quedaba abierto, sin tocar la madera a derecha ni a izquierda, se alojó en el hombro del gangster. El hombre huyó, gritando y dejando caer su arma por el camino.

Los gangsters se habían diseminado al salir del cuarto. Los dos heridos echaron a correr hacia la puerta de la escalera de escape, mientras los otros tres, deseosos de hacer salir a La Sombra de su refugio, se encaminaban a un tramo de escalera, en la otra parte del corredor.

Otros hombres llegaban por la escalera de incendios, preparándose todos para resistir si La Sombra se les presentaba; pero no habían contado con el método que el temible luchador de negro emplearía.

La puerta del piso se abría hacia adentro. La mano izquierda de La Sombra la tocó mientras la derecha, junto con la automática, sostenía en el aire un tubo negro y delgado, semejante a un

telescopio.

Colocó este tubo contra la abertura de la puerta y los ojos ocultos de La Sombra le aplicaron al extraño cilindro. Los lentes que éste contenía lo transformaban en un periscopio en miniatura.

Con ayuda de este dispositivo, que los gangsters que esperaban en la escalera no llegaron a ver, La Sombra apuntó cuidadosamente y disparó.

Su fuego tuvo un efecto mortífero. La primera bala derribó a un gangster que estaba en lo alto de la escalera. El hombre se hundió con un grito agudo y sus compañeros saltaron detrás de él..., pero fueron alcanzados por otras balas al escapar.

Con gran soltura, La Sombra dejó caer la mano que sostenía una de las automáticas debajo de los pliegues de su capa.

Su mano izquierda cogió entonces el tubo metálico, sacudiéndole con destreza y haciéndolo salir, alargado, por la puerta. Simultáneamente, la mano derecha sacó una de las automáticas. En menos de un segundo, La Sombra volvió su fuego contra los hombres de la escalera de escape.

Éstos habían oído los tiros y comprobado el efecto de las balas.

Esperaban en la puerta de la escalera la oportunidad de herir a La Sombra.

Antes de tenerla unos rápidos disparos de ésta les desconcertaron y sorprendieron. Uno de ellos cayó muerto y los otros se pusieron en lugar seguro, llevándose el cadáver de su compañero.

La Sombra estaba ya en el corredor, caminando rápidamente detrás de los que huían por la escalera de escape.

Traspuso el umbral de la puerta de un salto y con dos disparos certeros, derribó a dos bandidos que le acechaban y a los que sorprendió con su rápido ataque. Ambos cayeron bajo las balas de La Sombra.

Desde su puesto de ventaja, La Sombra barrió el patio con balas mortíferas.

Gritos y juramentos dieron fe de su puntería. Sus ojos parecían tener el poder de escudriñar y ver en la obscuridad. Los aturdidos gangsters se apretujaban en la puerta de salida del patio.

Algunos de ellos escaparon heridos; otros cayeron muertos o tan mal heridos que no pudieron seguir adelante. Algunos tiros fueron

disparados al aire al azar; pero La Sombra había contado con ellos.

Acurrucado en lo alto de la escalera de escape, su forma negra no ofrecía blanco alguno a los desesperados tiradores.

Una risa alta y escalofriante resonó en el descansillo de la escalera. Era la risa burlona de La Sombra, la alegría estridente que glorificaba una nueva victoria sobre los ciudadanos del hampa.

Al expirar los últimos ecos de aquella alegría siniestra, el sonido de los silbatos de la policía llegaron de la calle, más allá del patio.

El ruido del motor de un automóvil acompañó la huída de los pocos gangsters que quedaban, deseosos de escapar de las garras de la Ley.

Volviendo atrás por el corredor, La Sombra recogió cuidadosamente las armas que dejaron caer los gangsters. Se detuvo ante la escalera. De abajo subían gritos y sonidos varios. Un gangster muerto yacía en el descansillo.

Rápidamente, La Sombra bajó. Cogió el cuerpo inerte y lo llevó al piso inferior, dejándolo caer en el corredor. Disparó luego tres tiros con uno de los revólveres de los gangsters apuntando a la pared y dejó caer todas las armas recogidas en el suelo.

Volviendo a subir rápidamente la escalera, se detuvo en el descansillo el tiempo suficiente para coger el arma que perteneció al gangster muerto y la tiró al pie de los escalones.

Unos segundos después, la alta figura vestida de negro volvió a entrar en el piso de Mauricio Traymer y cerró la puerta.

Media hora después, Mauricio Traymer volvió a su casa, asombrándose al encontrarse con policías de uniforme. Uno de estos le detuvo.

—¿Usted vive aquí, amigo? —preguntó.

El conserje vió a Traymer y se apresuró a dar explicaciones a la policía:

—El señor Traymer vive en el cuarto piso —dijo—. Salió un cuarto de hora antes de empezar los disparos...

—Bien-declaró el policía que había parado a Traymer —. Siento molestarle, señor Traymer. Ha habido una lucha de gangsters en la casa durante su ausencia.

—¿Una lucha de gangsters? —repitió Traymer fingiendo sorprenderse.

—Sí, repitió el policía, haciendo una mueca —. Ha sido en el

tercer piso. Allí hemos encontrado huellas de balas en las paredes y el cadáver de un gangster. Dos más han bajado por aquí mal heridos y los hemos enviado al hospital. El resto ha escapado por la escalera de incendios. También ha habido tiros en el patio. Debían estar todos diseminados... Nosotros estaremos de guardia en la casa durante algún tiempo.

Cuando Traymer llegó a su aposento, lo primero que hizo fue correr la puerta de detrás de él; luego, abrió la puerta del cuarto en que había dejado a Lamont Cranston.

Consternado, Traymer vio la figura de su huésped, siempre en mangas de camisa y tirado en la cama. Traymer encendió la luz y estudió el perfil inescrutable de Cranston. Este empezó a parpadear.

Traymer permaneció a su lado mientras Cranston se movía lánguidamente.

Le miró abrir con dificultad los ojos; luego con los ademanes de quien sale del coma. Cranston miró vagamente a Traymer, como si no supiese quién era.

Cranston necesitó algunos minutos antes de darse cuenta de dónde se encontraba. Se pasó la mano por la frente y empezó a hacer preguntas incoherentes. Se quejó de dolor de cabeza y declaró que habría sido preferible que hubiese regresado a su casa aquella noche.

Caminando con paso vacilante hasta el teléfono del cuarto contiguo, Cranston llamó al Cobalt Club y se enteró de que su chofer continuaba esperándole. Dio la orden de que enviaran a Stanley al piso de Traymer.

—Siento lo ocurrido —dijo Cranston a Traymer—. Debo haberme desmayado... Todo pareció ponerse negro tan pronto como me he tirado en la cama. ¿Cuánto tiempo habré permanecido así?

—Parecía que estaba durmiendo—dijo Traymer—. Yo he ido a comprar cigarrillos y al regresar me ha alarmado encontrar policías abajo. Dicen que ha habido tiros en el piso inferior...

Cranston asintió con la cabeza como si la cosa no tuviese importancia.

Parecía preocupado por su estado de salud y solicitó la opinión de Traymer.

—¿Cree usted que habré trabajado con exceso? —preguntó—. Es la única explicación que parece lógica. No he tenido nunca un

ataque como éste antes de hoy.

Se detuvo indeciso, frotándose le frente y los ojos, parpadeando para despejarse.

—¿Sabe usted lo que voy a hacer, Traymer? —preguntó de pronto—. Haré ese crucero con Hargreaves, sí, lo haré. Necesito descansar, cambiar de aires. Será la mejor solución. Telefonaré a Hargreaves a primera hora, mañana.

Una expresión de complacencia se extendió por las facciones de Traymer.

Asintió, aprobando lo que su compañero decía y cuando el portero llamó para anunciar que el coche del señor Cranston había llegado despidió a su huésped con alegría. Cranston se había decidido finalmente a tomar parte en el crucero.

Tan pronto como el millonario se hubo retirado Traymer cogió el teléfono y marcó el mismo número que horas antes.

No se le ocultaba a Traymer que en la refriega habían tomado parte Norbin y sus muchachos.

¿Qué podía haber ocurrido que frustrara su plan? ¡Lamont Cranston, narcotizado e indefenso, había dormido todo el rato!

“Beef” Norbin en persona contestó la llamada de Traymer. El gruñido del gangster fue expresivo. Preguntó en seguida a Traymer en dónde se encontraba y pareció sorprendido al saber que el joven estaba en su aposento.

A su vez, Traymer deseó saber por qué “Beef” Norbin había fracasado.

—La Sombra-explicó “Beef”, con voz baja y cautelosa —. Él tiene la culpa de todo. Estaba en su piso..., por lo visto.

—¡Aquí! —exclamó Traymer con voz temblorosa—. ¿En mi casa?

—Eso es-contestó “Beef” —. Envié cinco hombres para recoger a ese sujeto... Cranston. La Sombra los detuvo y les acogió a tiros. Únicamente uno de los muchachos llegó al pie de la escalera y La Sombra le alcanzó en el patio. Por eso es por lo que no sé exactamente lo que sucedió. Oiga ¿qué ha sido del tío que íbamos a buscar?

—Cranston estaba aquí cuando regresé-explicó Traymer —. Todavía estaba mareado y no oyó enteramente nada. Decidió irse a su casa.

—¿Le ha dejado irse? ¡Así tendremos que recogerlo más tarde!

—Ya no es necesario. Le he convencido para que tome parte en el crucero de Hargreaves.

—Oiga —rezongó “Beef” con indignación—. ¿Por qué no lo hizo antes? Nos habríamos ahorrado ese lío...

—No pudo ser, Norbin-replico Traymer —. Tenía que seguir mis órdenes. Cranston estaba mareado... tentamos que correr el riesgo...

—Ya pensaba que él nos metería en un enredo-gruñó “Beef” —. Bueno, me ha dejado con algunos muchachos menos. La Sombra debió enterarse y se puso al acecho, esperándonos. Yo estaba en el patio y tuve el tiempo justo de escapar antes de que ese tío empezara a tumbar a los compañeros desde la escalera de escape. He esperado aquí hasta tener noticias de usted; pero ahora voy a ahuecar.

—¿En seguida?

—¡Vaya! Usted dijo que este trabajo sería el último... Eso significa que aquí me retiro yo. No habría prisa si no fuera por La Sombra; pero ahora que está sobre mi pista, me voy a toda velocidad. Créame, muchacho, abra usted el ojo. Hágase el inocente hasta que esté sano y salvo a bordo del yate. ¡La Sombra no es tonto!

Mauricio Traymer se quedó perplejo después de su conversación con “Beef” Norbin. ¿Estaría enterada La Sombra de su relación con aquella cadena de crímenes?

¿Sabía acaso que había atraído a Lamont Cranston a su casa con el fin de narcotizarle? ¿O atribuía todo el trabajo a “Beef” Norbin?

Traymer rió nerviosamente. Comprendía el nerviosismo de Norbin. Dos veces ya, La Sombra, había asestado golpes fortísimos a la cuadrilla del bandido. Su próximo ataque podía muy bien escoger a “Beef” en persona.

Traymer sonrió al decidir que su propio papel estaba bien oculto. Sentía la seguridad de que no se le molestaría. Sin embargo, el consejo de “Beef” era bueno. Portarse inocentemente mientras siguiera en Nueva York... y no correr riesgos innecesarios.

Traymer decidió para sus adentros que aquello se imponía. También era preciso seguir en términos amistosos con Cranston y cuidar de que el millonario emprendiese el crucero tal como dijo que lo haría.

Mauricio Traymer estaba satisfecho. El juego tocaba a su fin y de ahora en adelante, La Sombra, por hábil que fuera, no pondría nada para contrarrestar los planes, en los que Traymer y Norbin tomaban parte activa.

La Sombra se erguía contra un enemigo superior, cuya ingeniosidad y brutal astucia le parecían a Traymer superiores a las cacareadas proezas de La Sombra, Lamont Cranston, que aquella noche escapó a la suerte que corrieron otros varios, estaba camino de su casa de Nueva Jersey.

Mañana, caería sin sospecharlo en manos de los que habían intentado en vano hacerle prisionero. Este fue el último pensamiento de Traymer: el de Cranston, dormido a medias en su lujoso automóvil.

En esto, Traymer se equivocaba. La limousine de Cranston se dirigía en aquel instante hacia Nueva Jersey; pero su único ocupante era Stanley, el chofer. Lamont Cranston ya no estaba allí... Lamont Cranston había desaparecido por completo.

Un cupé se dirigía a toda velocidad hacia el noreste de Nueva York.

Invisible en la obscuridad, empuñaba el volante un hombre que poco antes se llamaba Lamont Cranston, pero que ahora había adoptado el traje misterioso de La Sombra.

Iba hacia una nueva misión, al rincón de tierra arenosa donde estaba establecido Harry Vincent.

¡La Sombra se trasladaba a la Punta del Este!

CAPÍTULO XVI

LA LUCHA EMPIEZA

HARRY Vincent estaba preocupado. Solo y esperando en casa de Malbray Woodruff, se daba cuenta que los acontecimientos se precipitaban. Desde su conversación con el artista, por la mañana, Harry contaba con él y se dispuso muy cuerdamente a esperar.

Ocurriese lo que ocurriese en la Punta del Este, Harry sabía que debía suspender toda acción hasta recibir una contestación a su mensaje a La Sombra.

La contestación llegaría por la noche, vía profesor Kirby Sheldon, el inocente mensajero de La Sombra. Al otro día, Harry sabría cuanto necesitaba saber.

En su nota a La Sombra, Harry prometió contener el celo de Woodruff. Así, pues, cuando a las diez y media, Harry enchufó la radio y no oyó ningún mensaje de la estación usual, comprendió que La Sombra deseaba que esperara inactivo hasta el día siguiente.

De todos nodos, Harry había escrito su nota antes de la noche y tan pronto como llegó el crepúsculo. Malbray Woodruff dio muestras de nuevas tendencias inesperadas... decidió vigilar por si Elbert Cordes o su criado se llevaban la barquichuela de la playa.

Era indudable que algo preocupaba al pintor. Toda la tarde estuvo fuera con la barca, siguiendo su política de hacer observaciones mientras fingía buscar asuntos para sus pinturas. A su regreso, se había conducido de un modo misterioso, rehuyendo las preguntas de Harry.

Finalmente, Woodruff había insistido para volver a la playa. Cuerdamente, Harry se abstuvo de imitarle.

Era cerca de medianoche y Woodruff no había regresado aún. Harry esperaba que el artista no habría cedido a la tentación de

detener y hablar a Cordes si el hombre había bajado a la playa.

Mientras estaba reflexionando, la puerta se abrió repentinamente y Woodruff se deslizó en la casa.

Cerró la puerta rápidamente e hizo una seña a Harry, imponiéndole silencio.

Al cabo de pocos segundos, le dijo en voz baja:

—Han salido en la barca... Cordes y Downs. Les he oído murmurar en la playa. Ahora regresan... acabo de oír un ruido de remos en el agua. ¡Venga!

No había manera de detener a Woodruff. Harry creyó que lo mejor sería acompañar al artista y cuidar de que no hiciera demostración alguna cuando la pareja desembarcara.

Cogiendo en la mano la automática que se había metido en el bolsillo, Harry salió con el artista.

Al acercarse a la playa se hizo evidente que el pintor había dicho la verdad.

Woodruff arrastró a Harry detrás de un matorral y le murmuró al oído que se fijase en los ruidos que se oían en el agua.

Harry sorprendió claramente un rumor de remos. Era muy leve, pero parecía llegar de cerca. La noche era oscura y nublada; no se vería a la embarcación hasta que tocara la orilla.

De pronto, Harry distinguió las siluetas de dos hombres. Era imposible ver sus rostros, pero cuando sacaron la barquita a la playa y se alejaron, pasaron tan cerca del matorral que Harry pudo convencerse que uno de ellos era Downs. El otro, a juzgar por su tipo, no era otro que Elbert Cordes.

Harry cogió a Woodruff por el brazo, haciéndole seña de que esperase.

Cuando los dos hombres se hubieron alejado algún tanto, Harry permitió a Woodruff que les siguiera, aconsejándole al propio tiempo que fuera prudente.

No cabía duda acerca del lugar al que se encaminaban. Iban en línea recta hacia su casa y, cuando se acercaron a la misma, Harry y Woodruff vieron claramente sus siluetas, recortarse contra la pintura blanca de la pared del chalet.

Woodruff quería acercarse más; pero Harry le arrastró hacia su propia casa.

Woodruff estaba aún sumamente excitado cuando se enfrentó

con Harry a la luz del salón. Era obvio que el artista estaba fuera de sí y Harry trató en vano de calmarle.

—¡Voy a hablar de esto con Cordes! —exclamó el artista—. Le probaré que no se saldrá con la suya, sea lo que sea lo que se trae entre manos. Voy a su casa y...

—¡Calma, calma! —aconsejó Harry sosegándole—. ¡No sea usted loco, Woodruff! ¡No sabe usted nada más que antes!

—¿No, eh? —exclamó Woodruff con mueca de triunfo—. Usted no sabe nada, Vincent, pero yo sí, ¡Lo he descubierto esta tarde!

—¿Esta tarde?

—¡Sí! Óigame, Vincent. Se lo diré ahora mismo. Cuando he salido con la barca, me he ido más allá de Little Knob. Después de rebasar la isla, empecé a pensar que no tenía por qué esperar más. Era en Little Knob en donde quería trabajar y tenía derecho a ir allí... ¡Así lo hice!

Woodruff se detuvo, mirando a Harry como esperando algún comentario; pero Harry guardó silencio. Woodruff prosiguió, diciendo:

—La dificultad consistía en desembarcar en la isla. Era marea baja y la costa es abrupta. Intenté hacerlo en dos sitios distintos y finalmente di toda la vuelta, Así es cómo descubrí...

Woodruff calló de pronto, inclinando la cabeza como si escuchara un ruido procedente del exterior de la casa. Harry le imitó y le pareció sorprender un leve rumor cerca de la ventana.

¿Alguien había estado escuchando su conversación?

Malbray Woodruff debió creerlo así. Haciendo un gesto a Harry, saltó hacia la puerta de la casa, la abrió y salió. Harry le siguió, doblado hacia el suelo y llamándole.

Durante unos momentos no pareció sino que había sido una falsa alarma; luego, un murmullo de Woodruff llamó la atención de Harry, sobre una figura encorvada que se alejaba rápidamente por la carretera.

El rondador nocturno había estado escuchando sin duda lo que se decía en casa de Woodruff. Pasó delante del edificio vecino, la casa de Cordes, y dio la vuelta a ésta.

—¡Entre! —ordenó Harry.

Woodruff obedeció de mala gana y permaneció de pie en la sala con la mano en la puerta semiabierta.

—¿Ha visto usted? —dijo—. Cordes o Downs estaba espiando aquí... creo que se trataría de Downs. Se ha ocultado detrás de la casa y es probable que habrá entrado por una ventana del otro lado. ¡Eso explica, Vincent! ¡Eso lo explica todo!

—¿Explica qué? —preguntó Harry.

—¡Todo! —repitió Woodruff—. He descubierto el sitio al que Cordes acostumbra ir. Es una pequeña ensenada en Little Knob y allí me he enterado de...

Calló nuevamente como si estuviese a punto de revelar algo importante, pero de pronto su actitud cambió, se transformó en un loco furioso y blandió el puño hacia la puerta.

—¡Sabré lo que estás haciendo, Cordes! —gritó—. ¡Lo sabré de tus propios labios... ahora mismo!

Antes de que Harry Vincent pudiera detenerle, Woodruff salió disparado y echó a correr en dirección al chalet vecino. Harry le persiguió, silbando para avisarle: pero Woodruff no le hizo caso. Harry le vió moderar su carrera al acercarse a la casa.

Sólo le quedaba una cosa por hacer... correr detrás de Woodruff y hacerle retroceder por fuerza. Harry se lanzó adelante, esperando que el artista se entretendría antes de entrar en la casa.

Había una ligera depresión de terreno entre los dos edificios y al entrar en la misma, Harry, vió todavía a Woodruff de pie frente al chalet. Un segundo después lo perdió de vista.

Con la automática en la mano, Harry llegó ante la casa, asombrado al no ver rastro alguna de Malbray Woodruff. Andando con cuidado, Harry encontró algo en la obscuridad... un objeto pequeño blando que conoció inmediatamente por ser el sombrero del pintor.

Aquello sólo podía explicarse de la siguiente manera: alguien habría estado esperando cerca de la puerta de la casa y al ver llegar a Woodruff derribó al artista con un solo golpe, ¿Se trataría acaso del espía de momentos antes? ¿Cordes o Downs?

Poco importaba saberlo. Uno de ellos daría el golpe y se encerraría luego en la casa.

Arrastrándose a gatas, Harry llegó al otro ángulo de la casa y tanteó el terreno, con la esperanza de descubrir el rastro de su amigo. No encontró nada. Harry creyó adivinar que el pintor, derribado por un golpe, había sido arrastrado al interior de la casa.

Se encontraba ante un dilema. A pesar de su deseo de obrar siempre con prudencia y tacto, Harry comprendió que ya no podía vacilar.

Era preciso que se enterara de lo que estaba sucediendo en aquel lugar, en el que dos hombres extraños vivían solos y salían de noche con el fin de realizar expediciones a un lugar misterioso de la bahía.

Acercándose con cuidado a la puerta del chalet, Harry se irguió, esperando sorprender un ruido en el interior.

El pomo de la puerta hizo un leve chasquido al tocarlo el brazo de Harry.

Inmóvil, el joven apoyó el cuerpo contra la madera...

Entonces ocurrió lo inesperado. La puerta se abrió súbitamente hacia dentro.

Con la pistola en la mano, Harry Vincent dio un traspié y, perdiendo el equilibrio, cayó de bruces al suelo, escapándosele el arma de la mano.

La puerta se cerró de golpe y una mano se apoderó de la automática. A gatas, Harry Vincent juzgó la situación. De espaldas en la puerta se encontraba Downs el criado. Él había abierto la puerta, volviéndola a cerrar.

Delante de él, Harry vio a un anciano de feo rostro, cuya mueca burlona no daba por cierto la bienvenida al intruso. Era Elbert Cordes y en la mano sostenía la pistola que había recogido del suelo, amenazando a Harry Vincent con su propia arma.

Malbray Woodruff no se había equivocado. Elbert Cordes y su criado estaban al acecho y la lucha comenzaba.

Víctima de su impetuosidad, Malbray Woodruff había caído en una trampa y Harry Vincent, al querer ayudarlo, se encontraba en poder de aquella pareja de sospechosos...

CAPÍTULO XVII

HOMBRES EN LA OBSCURIDAD

LO primero que Harry Vincent hizo fue aceptar las consecuencias de su acto del modo más seguro. Viendo la automática en la mano de Elbert Cordes, el agente de La Sombra levantó las suyas al ponerse de pie.

Elbert Cordel dio unos pasos y se colocó al lado de Downs, frente a la puerta de entrada. Los dos hombres tenían a Harry a su merced y la expresión del rostro del viejo no era tranquilizadora...

Sin embargo, Harry permaneció completamente quieto.

En el transcurso del tiempo que estuvo al servicio de La Sombra, Harry Vincent se había encontrado a menudo en situaciones análogas y descubrió que la serenidad significaba a menudo la salvación.

Parlamentar con sus enemigos podía suavizar su antagonismo y ofrecerle la oportunidad de escapar. De todos modos, le haría ganar tiempo.

Siempre que las cosas, iban por mal camino-por inesperado que fuese el golpe —, La Sombra acostumbraba surgir en escena. Repetidas veces, el misterioso maestro había salvado a Harry Vincent, de situaciones que al parecer eran desesperadas.

Aquella noche, Harry sabía que La Sombra se encontraba en Nueva York.

Así pues, no podía esperar su intervención, aunque Harry no dejaba nunca de contar con ella en casos apurados.

La sangre fría de Harry dio restallado. Elbert Cordes, al ver a su cautivo indefenso, empezó a preguntarle con voz cascada y seca:

—¿Qué está haciendo aquí? ¿Quién es usted, ante todo? ¿Qué significa esta intrusión?

—Me llamo Harry Vincent—contestó Harry con voz tranquila—. Vivo en casa de Malbray Woodruff, el pintor. No tenía intención de introducirme aquí. No hacía más que buscar a Woodruff.

—¿Con una pistola? —preguntó Cordes con sorna.

—Con una pistola —repitió Harry—. Vistas las circunstancias particulares que rodean la desaparición de Woodruff, he creído más prudente ir armado.

—¡Hem! —gruñó Cordes—. ¿Qué estaba haciendo Woodruff de noche, rondando por aquí?

—Quería descubrir quién se apoderó de su barca—declaró atrevidamente Harry—. Dijo que alguien la había sacado esta noche y añadió que iba a hacerle preguntas a usted. Por eso es por lo que yo le seguí... al ver que no regresaba.

El anciano miró a Harry con atención.

—De modo que Woodruff quería saber por qué yo usaba su barca—dijo finalmente—. ¿Puedo preguntarle algo? ¿Para qué la usaba él?

—Es pintor de marinas—declaró Harry—. Encuentra paisajes interesantes en distintas partes de la bahía y por eso usa la barca.

—¡Eso es lo que él quisiera que la gente creyera! —espetó burlón Cordes.

—Mire usted, Cordes—dijo de pronto Harry—. No sé cuál es el juego de usted o por qué sospecha que yo tengo uno. He venido aquí para descansar y escribir... Malbray Woodruff es un buen chico y estoy convencido que no se entrega a actividades dudosas. Lo que él quiere es que le dejen en paz... igual que usted. Por lo que acaba de decir, usted usaba su barca. Lo ha admitido y creo que Woodruff tenía derecho a hablar con usted del asunto. La barca es suya. Si usted sentía animosidad hacia Woodruff, es hora de olvidarla. Él tiene un temperamento impetuoso, nada más.

Las observaciones de Harry tendían a disipar las sospechas que Cordes pudiese abrigar. Además, Harry esperaba que Woodruff no había sufrido un daño serio.

Si el artista había sido hecho prisionero por Downs, la actual negociación podía significar su liberación.

Cordes miraba a Harry con aire burlón y astuto que Harry no acababa de descifrar. Dijo unas palabras por lo bajo a Downs y el criado asintió con la cabeza. Luego, Cordes dirigió una nueva

pregunta a Harry:

—¿Dice usted que su nombre es Vincent?

Harry asintió.

—¿Y que sus propósitos en la Punta son enteramente inocentes? Nuevamente, Harry asintió...

—¿Es usted un detective?

Harry negó con la cabeza.

La franqueza de su actitud pareció impresionar a Elbert Cordes. Su expresión se hizo menos desagradable.

—Vincent —dijo a continuación—. No me siento muy inclinado a creer la historia que acaba de contarme. Tal vez sepa usted más de lo que pretende..., pero estoy seguro de una cosa y es de que es un recién llegado a este lugar... He sospechado de usted, pero...

Hasta entonces, Downs no había dicho nada. De pronto, se permitió interrumpir a su amo y Cordes asintió con la cabeza cuando Downs le dijo:

—No le diga demasiado...

—Tienes razón, Downs —dijo el anciano y, volviéndose a Harry, prosiguió:

—Su amigo Woodruff es un hombre de quien he sospechado... En consecuencia, usted también resulta sospechoso. ¿Me comprende?

Una idea cruzó la mente de Harry Vincent. En su vida aventurera se había encontrado a menudo en situaciones difíciles, complicadas, por lamentables equívocos. Tal vez fuese lo que le ocurría entonces.

De todos modos, ahora que se estaban explicando, Harry juzgó que el decir la verdad reforzaría su posición antes de debilitarla. Después de todo, Malbray Woodruff sabía muy poco respeto a Elbert Cordel.

¿Por qué no decírselo así al anciano, convenciéndole de su franqueza?

—Cordes —dijo Harry—. Déjeme que le diga algo respecto a Woodruff. Hace poco que le conozco y me ha parecido discreto. Ha sido franco conmigo, diciéndome que no le gustaban las cosas que ocurrían en la Punta. Declaró haber visto luces en la bahía y oído ruidos; finalmente descubrió que alguien hacía uso de su barca...

—Prosiga —dijo Cordes.

—Cerca de Little Knob-dijo Harry —. Woodruff encontró casualmente un pañuelo que flotaba en el agua. La tiene en su poder y lleva las iniciales E. C., bordadas. Woodruff creyó adivinar que el pañuelo le pertenecía a usted. Yo no estuve conforme. Creo que se trata de un pañuelo de señora. Lo de las iniciales debe ser pura coincidencia. Sin embargo, Woodruff sospechaba de usted y estaba seguro que usaba su barca. Por eso quería hablarle: pero otra cosa le preocupaba todavía. Me ha dicho que hoy ha descubierto algo extraño en Little Knob...

Una mirada de intenso interés hizo brillar los ojos del viejo, que demostraba ahora más curiosidad que antagonismo. Harry lo consideró como un indicio favorable y prosiguió:

—Sentía ansia por saber lo que Woodruff había descubierto —dijo Harry—; pero desgraciadamente, no me lo llegó a decir. Sospechaba que alguien estaba espiando fuera de su casa. Le he visto por última vez cuando llegó ante su puerta...

—Quiere usted decir —dijo Cordes lentamente—, que usted creía que Woodruff había entrado aquí...

—Exactamente —dijo Harry—. Creí que algo malo le habría ocurrido y que usted era el responsable...

La voz de Harry tenía un acento de real ansiedad. Desde el principio de la conversación, Harry había estudiado lo que le rodeaba y su primera opinión empezó a variar.

Se preguntaba si Elbert Cordes o Downs podían, en realidad haber atacado a Malbray Woodruff tan rápida y eficazmente.

¿Dónde, pues, estaría el artista?

Un grito de comprensión brotó de pronto de labios de Elbert Cordes. El viejo se volvió a su criado y Downs pareció compartir su inspiración.

—Sí Woodruff no es culpable-dijo Cordes con voz excitada —, entonces sabemos la verdad, Downs. Sabemos ahora...

En su excitación, Cordes había bajado el cañón de la pistola. Harry no hizo el menor ademán para sacar partido de ello. Quería ganarse la confianza de Cordes, pues una idea empezaba a brotar en su cerebro.

En aquel momento, Elbert Cordes obró con una impetuosidad digna de Malbray Woodruff. Olvidando todo lo demás, se abalanzó sobre la puerta y la abrió.

Al hacerlo se oyó un disparo en la obscuridad y la lámpara de aceite que estaba sobre la mesa y alumbraba la estancia saltó hecha pedazos.

Con un grito salvaje, Cordes se lanzó en la dirección de donde había llegado el tiro, blandiendo nuevamente la automática de Harry.

Se oyó un nuevo disparo, Cordes volvió a gritar y cayó de bruces en las tinieblas que rodeaban la casita.

Harry se echó a un lado y vio dos fogonazos que saltan del revólver de Downs, al disparar éste hacia la puerta. El criado debió sacarse el arma del bolsillo.

Ninguno de los dos tiros debió hacer blanco, puesto que otro les contestó y Harry oyó un gemido al desplomarse Downs al suelo. Desarmado, Harry se acurrucó en la obscuridad.

¿Qué significarían aquellos disparos? ¿Quién pudo hacerlos?

¡Malbray Woodruff!

Eso fue lo primero que Harry pensó: pero en seguida decidió que el artista no habría sido capaz de un acto tan rápido y eficaz.

¿La Sombra?

Era posible, pero apenas, podía haber tenido ocasión de abrir el fuego tan rápidamente. Cordes, al salir de su casa, no habría representado peligro alguno para La Sombra.

De pronto Harry, barruntó que habría otros hombres en la vecindad —hombres a los que no había encontrado todavía— y que eran los que se dedicaban a extrañas actividades. Uno de ellos habría derribado a Malbray Woodruff y uno también, o tal vez más, acababa de disparar sobre Elbert Cordes y Downs.

Con gran cautela, Harry se deslizó hacia la puerta y encontró el cuerpo de Downs. Se apoderó del revólver del criado... Fuera de la casa, dio con el cadáver de Elbert Cordes.

Allí había dos muertos. Malbray Woodruff había desaparecido y el profesor Sheldon estaba en Nueva York.

Harry Vincent no sabía qué partido tomar frente a aquel peligro oculto y desconocido. Largos minutos transcurrieron en esta espera.

De pronto vio un rayo de luz a lo lejos, en la carretera. Era el coche del profesor que regresaba de la capital.

Corriendo desesperadamente en la obscuridad, Harry se dirigió al chalet de Sheldon. Sabía que si unos criminales vigilaban en la

sombra el viejo profesar estaría en peligro.

Arriesgando su propia vida, Harry corrió al encuentro del coche, abriendo los brazos para llamar la atención y quedando revelada su silueta por la potente luz de los faros del automóvil.

Otro hombre surgió de repente delante de él, haciendo los mismos ademanes. Harry reconoció a Lester, el criado del profesor.

El coche se detuvo. Shoyer, el chofer, se apeó de un salto y el profesor le imitó con sorprendente agilidad. Lester les hacía señas a todos de entrar en el chalet. Harry comprendió que desde la casa del profesor debió oírse el tiroteo.

No tardó en comprender que no se equivocaba. Encendiendo una lámpara en el salón, Lester, que llevaba un revólver en la mano temblorosa, explicó inmediatamente que había oído tiros fuera. Harry Vincent se acercó, llevaba él también el revólver en la mano.

—Malas noticias, profesor-explicó—. Cordes y su criado Downs están muertos. ¡Malbray Woodruff ha desaparecido! ¡Es preciso obrar rápidamente! ¡Estamos en peligro en la Punta del Este!

CAPÍTULO XVIII

LA PISTA DE LA SOMBRA

TIENE usted razón, Vincent —declaró el profesor Kirby Sheldon.

—Hemos de buscar cuidadosamente a Malbray Woodruff. Espero que nuestro amigo no habrá sufrido la misma suerte que Cordes y Downs.

De pie en medio del salón, con el sombrero gris puesto y enarbolando el bastón de puño de oro, el profesor Sheldon resultaba una figura impresionante. Su actitud en aquella ocasión impresionó a Harry Vincent. El profesor escuchó con interés los detalles que Harry le dio.

—Hay algo, Vincent, que puede ser casual; pero que sin embargo tiene suma importancia. ¿Por qué ha salvado usted la vida, cuando Cordes y Downs han sido muertos?

—Lo ignoro —contestó Harry y, volviendo a su primera teoría, añadió:

—A menos de que sea Malbray Woodruff quien disparó.

—Hemos de encontrarle-aclaró Sheldon —. Tal vez se haya vuelto loco. Shoyer... vaya usted en seguida a casa de Woodruff...

Shoyer vaciló en cumplir la orden.

—Yo iré-declaró Harry —. Que Shoyer y Lester vigilen y vean si todo está conforme. Woodruff me esperará si está ahí.

Todo este tiempo, Harry había conservado el revólver en la mano.

Teniéndolo a punto de disparar, se deslizó fuera del chalet del profesor y regresó a casa de Woodruff. Abrió la puerta con cautela. La luz continuaba ardiendo..., pero no se veía rastro alguno de Malbray Woodruff.

Harry llamó al artista sin obtener respuesta. Dando media vuelta

para regresar a casa del profesor, Harry comprendió de pronto cuál era su deber.

Había peligro en el aire aquella noche y era posible que se viera metido en nuevas dificultades. Era preciso que La Sombra supiera lo que había ocurrido.

Tomando una hoja de papel, Harry metió la mano en el bolsillo interior de la americana y sacó una pluma estilográfica encarnada, que llevaba para casos especiales.

Era la primera vez que la usaba en la Punta. Escribió un corto y conciso informe de cuanto había ocurrido. Ni una sola palabra quedó visible en el papel. Harry arrugó la hoja y la tiró a un rincón de la estancia.

Había invertido unos cinco minutos en la operación. Era tiempo de regresar a casa de Sheldon. Harry se metió la pluma en el bolsillo y se volvió al oír que llamaban en la puerta. Era Lester.

—Nos preguntábamos lo que le había ocurrido—dijo el hombre—. ¿Ha visto usted a Woodruff?

—No, ni rastro —dijo Harry.

Juntos regresaron a casa de Sheldon, encontrando sólo al viejo sociólogo.

Éste declaró que Shoyer había salido a investigar, Lester se puso en su busca y el profesor entró en su despacho. Una vez solo, Harry vió de pronto el sombrero del profesor.

Rápidamente, Harry sacó un papel doblado de la badana. ¡Un mensaje de La Sombra! Esa importante en aquel momento. Metiéndose el revólver en el bolsillo. Harry desdobló la hoja y leyó las frases escritas en código. La letra desapareció y Harry, asombrado, aturdido, permaneció inmóvil, como en un trance.

Ya se lo explicaba todo... En aquel mensaje, La Sombra le revelaba la verdad... le daba trabajo por hacer... trabajo que no podía realizarse a causa de la confusión reinante en las últimas horas en la Punta del Este.

¡Malbray Woodruff! ¡Elbert Cordes! ¡Downs!... ¡Todos eran inocentes! Los hechos que La Sombra había descubierto con ayuda de su aguda observación y asombrosa intuición le habían pasado completamente por alto a Harry.

El próximo pensamiento de Harry fue el del peligro en que se encontraba. Se dio cuenta que se hallaba en un grave apuro. La

increíble verdad le acababa de revelar sus errores.

Al dejar caer la hoja de papel en blanco. Harry comprendió que era preciso obrar en el acto. Asió fuertemente su revólver y se encaminó al despacho del profesor Sheldon. El anciano levantó la vista de la mesa.

—Profesor Sheldon-dijo Harry con voz firme —. Sé la verdad respecto a lo que ocurre aquí. Voy a poner fin a todo eso...

Harry se volvió rápidamente; pero era tarde.

¡Un hombre le cayó encima con terrible empuje, Harry entrevió el rostro de Lester; Luego algo le hirió en la nuca y perdió el conocimiento!

Una hora después las casitas de la Punta estaban silenciosas y oscuras, cuando la luz de unos faros de automóvil las tocó de lleno. Un cupé se acercó por la carretera y se detuvo. Los faros se apagaron y una figura silenciosa salió del coche a la obscuridad reinante.

Unos minutos después, la puerta de la casa del profesor Sheldon se abrió.

Un disco de luz, del tamaño, de medio dólar, brilló en la pared... ensanchándose gradualmente. La mano que sostenía la lamparita de bolsillo se movió al penetrar en la casa un misterioso ser negro.

No había el menor rastro de presencia humana en la casa. El silencioso inspector examinó la mesa del despacho del profesor.

¡Los cajones estaban vacíos...!

La luz recorrió toda la casa. Detrás de ella, ocultos en las tinieblas, estaban los ojos penetrantes de La Sombra.

Únicamente un objeto mereció el interés de La Sombra. Era una hoja de papel blanco, la hoja que había sido doblada y que yacía bajo la mesa. Una risa contenida brotó de los labios del ser misterioso, mientras recogía el papel del suelo con una mano enguantada de negro.

La Sombra había encontrado el resto del mensaje que mandó a Harry Vincent aquella misma noche. La lucecita apareció y se agrandó en la casa donde Elbert Cordes había vivido. Los cadáveres del anciano y de su criado no estaban ya allí. No quedaba rastro del crimen cometido aquella noche.

Nuevamente La Sombra rió.

Finalmente se dedicó a la inspección de la casa de Malbray

Woodruff. Al igual que en los demás edificios, habían sacado varias cosas de allí; pero algo había pasado inadvertido... una hoja de papel arrugada que yacía en el suelo, en un rincón.

Un guante negro recogió la bola de papel, que quedó abierta sobre una mesa.

Una mano negra sacó una esponja de una cajita metálica y mojó la superficie del papel. Unas palabras aparecieron inmediatamente en el mismo.

Era el mensaje que Harry Vincent había escrito con su pluma especial, empleando una tinta invisible. En pocas palabras, dirigía un mensaje a La Sombra, mensaje que Harry no había podido enviar; pero que había dejado tras de sí, para el caso de que La Sombra viniese.

Hablaba de la desaparición de Woodruff, de las muertes en el chalet de Cordes, de cómo la vida de Harry había sido perdonada por el asesino, del regreso del profesor y de la búsqueda a que se dedicaban para dar con Malbray Woodruff,

Mencionaba también a Little Knob... y al hecho de que Woodruff y Harry habían visto a Cordes y a Downs regresar de su expedición sobre el agua.

En una inocente hoja de papel arrugado. Harry Vincent había dejado una relación completa de cuanto sucedió aquella misma noche.

La risa de La Sombra resonó siniestramente mientras lo escrito se borraba lentamente del papel. Las manos de La Sombra sostenían dos hojas en blanco, la que La Sombra acababa de leer y la otra, la que había encontrado en casa de Sheldon.

La luz reapareció en casa del profesor, alumbrando una puerta que daba al sótano. La Sombra descendió, haciendo con su lámpara una inspección completa de aquel sector del edificio.

La luz se apagó volvió a encenderse en la playa, donde brilló sobre la barquita que había pertenecido a Malbray Woodruff.

Empujada por mano poderosa, la frágil embarcación se deslizó sobre el agua y se alejó silenciosamente en dirección a Little Knob. Con remos silenciosos, la barquita se acercó ala isla que formaba un pequeño monte.

A intervalos, la lámpara brillaba en la orilla. La marea era más alta que de día; pero sin embargo, La Sombra se dedicó a una

búsqueda minuciosa, Más de una hora transcurrió antes de que el barco volviese a la orilla.

Poco después, el cupé volvía a correr por la carretera de la Punta del Este y su motor roncaba suavemente en el silencio de la noche, La Sombra regresaba a Nueva York.

¿Acaso había fracasado La Sombra aquella noche? Su partida rápida resultaba extraña. Debido al retraso sufrido a causa de la refriega en casa de Mauricio Traymer y a la intervención inesperada de Malbray Woodruff, La Sombra llegó demasiado tarde a la Punta.

Encontró casas vacías donde pocas horas antes había habitantes. Harry Vincent, su agente, había desaparecido.

¡No parecía sino que a La Sombra lo abandonada su suerte!

Sin embargo, el conductor del cupé que se dirigía a Manhattan no expresaba desilusión alguna. Lejos de ello, se echaba a reír a intervalos. La Sombra no había fracasado...

Sus planos sufrían alteraciones... nada más. Se había enterado de hechos que había sospechado, ideas que encajaban con sus teorías. Siendo prisionero Harry Vincent, La Sombra volvía sus actividades en otra dirección.

Unas vidas estaban en la balanza... y permanecían allí de momento. Con extraña intuición, La Sombra se había enterado de cosas que deseaba saber.

El desenlace de un drama increíble estaba próximo, La Sombra se contentaba con esperar.

Hasta entonces, La Sombra había estudiado, había previsto, esperando el desarrollo de los acontecimientos,

Aquella noche había encontrado una pista al recibir el mensaje de Harry Vincent. Ésta acababa de formar la extraña cadena de pruebas que echaban luz sobre el crimen.

La Sombra estaba dispuesta para el momento culminante porque conocía a los factores que entraban en el asunto.

¡La Sombra lo sabe siempre todo!

CAPÍTULO XIX

LA GRUTA DE ORO

CUANDO Harry Vincent despertó, se dio ante todo cuenta de que le dolía terriblemente la nuca. Volvió gradualmente a ser dueño de sus sentidos, viendo que se encontraba en un cuartito levemente alumbrado por la luz, que se filtraba a través de un postigo practicado en una puerta.

Harry se incorporó y vió que había estado echado en un catre que, junto con una silla, componía el mobiliario del cuartito. Mirando en torno suyo, observó que las paredes eran iguales a las de una bodega.

Una campanita colgaba encima del postigo practicado en la puerta. Su presencia allí servía sin duda para llamar a alguien.

Harry tiró de la cuerda que iba atada a la campana y, contestando a la llamada, oyó el ruido de una llave en la cerradura. La puerta se abrió y Harry vió delante de él el rostro burlón de Lester.

—¿Qué significa esto? —preguntó Harry con lentitud—. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Lester.

—No muy bien —admitió Harry.

—¿Desea ver al profesor Sheldon? —preguntó el hombre.

—Sí —replicó Harry.

Lester se apartó e hizo seña a Harry que saliera de la estancia. Obedeciendo, Harry se encontró en un pasillo toscamente abierto en la piedra. Lo siguieron hasta llegar ante otra puerta con postigo.

Lester la abrió y Harry entró en el cuarto más extraño que había visto en su vida.

Se trataba de una estancia vasta, abovedada y alumbrada

eléctricamente por lámparas ocultas tras cornisas salientes de la roca. La cueva estaba deslumbrante de luz.

Unas aplicaciones en el interior de la piedra daban a la estancia entera reflejos dorados. Lester hizo una observación que tradujo los pensamientos de Harry.

—Esta es la gruta de oro del profesor-dijo.

Harry sentía tal interés por lo que veía arriba, que hasta entonces no se dio cuenta de la presencia de otras personas en aquella cámara abovedada.

De pronto oyó un murmullo de voces y mirando hacia el lugar de donde provenía, vio al profesor Kirby Sheldon hablando solemnemente a un grupo silencioso de hombres y mujeres, sentados en almohadones tirados en el suelo de la cueva.

Harry se fijó en que todas esas personas no sólo estaban bien vestidas, sino que tenían el aspecto de ser inteligentes y cultas. Ninguna de ellas parecía sentir animosidad hacia el profesor; pero todas tenían una expresión de marcado descontento.

Lester señaló un almohadón a Harry. Al acercarse a ése, el profesor calló un instante y saludó levemente al recién llegado.

—Este hombre, amigos míos —dijo—, es Harry Vincent un nuevo miembro de nuestro grupo. Posee los ideales utopianos; pero sin embargo ignora las circunstancias que les han traído aquí; tampoco saben ustedes nada respecto de él. En consecuencia, daré fin a mi conferencia para meterme con personalidades.

Al sentarse Harry, el profesor le indicó con gestos solemnes a diferentes personas, nombrándolas una tras otra, de modo que Harry pudiera reconocer a sus nuevos compañeras.

—Muriel Hastings... Joan Foxcroft... —El profesor señalaba a dos señoritas elegantemente vestidas—. Han encontrado el clima de esta maravillosa gruta preferible al de las Bermudas, en donde se supone que residen en la actualidad.

“Roy Darwin-designó a un hombre de aspecto serio y digno —, según creen muchas personas, está viajando por el extranjero. En cuanto a Clayton Peale, encuentra nuestra gruta muy superior a California.

“Estas señoritas-Sheldon se volvió a las dos últimas —, son Gale Sawyer y Elisa Cathcart. Según los periódicos fueron raptadas y de hecho, Elisa, creyendo que así le sucedía, dejó caer un trozo de

pañuelo en la bahía al venir hacia acá.

Las últimas palabras del profesor arrancaron un leve grito de sorpresa a Harry Vincent. Mirando hacia arriba al techo abovedado, Harry se dio cuenta de la verdad.

Aquella estancia era una cueva natural que ocupaba el interior de la isla conocida con el nombre de Little Knob..

—Veo que esto le interesa a usted, Vincent-hizo observar el profesor con una débil sonrisa —. Si, se encuentra en Little Knob. Esta gruta, amigos míos, estaba unida por un pasadizo, en parte natural y en parte practicado en la roca, con la bodega de mi casa de la Punta del Este. De este modo, he podido estar en contacto constante con ella durante muchos meses. Anoche abandoné mi casa y el pasadizo fue bloqueado para siempre. Estamos, pues, completamente aislados en esta gruta.

“Estas personas, Vincent, son las que escogí entre los que asistían a mis conferencias en casa de Antonio Hargreaves. Después de cada conferencia designaba a dos personas para traerlas aquí. Con la ayuda de hombres que están a mi servicio, las personas que escogía eran traídas a este lugar.

“Tenía intención de traer tres parejas más... formando un total de una docena de utopianos. Sin embargo, los desdichados acontecimientos que rodearon la llegada de Gale Sawyer y Elisa Cathcart me lo prohibieron.

“Mis futuros utopianos se embarcarán para un crucero con Antonio Hargreaves. Sabré dónde encontrarlos. Ocurre que Hargreaves y otros miembros del grupo no son adquisiciones deseables para mi Utopía. Será, pues, deber mío eliminarlos... cuando haya adquirido a los que necesito.

“En cuanto a Harry Vincent, señoras y caballeros, lo escogí principalmente porque intentó oponerse a mis planes y de paso resultaba un buen elemento para Utopía. Tiene un amigo... un artista llamado Malbray Woodruff, que se reunirá con nosotros más tarde. Woodruff no responde a lo que se exige de un buen utopiano, pero intentaré hacer experimentos con él, con el fin de ver si podemos hacerle entrar en nuestro grupo.

Al callar el profesor y mirar con satisfacción a sus oyentes, Harry presintió una amenaza en sus palabras. Toda la anterior sinceridad de Kirby Sheldon parecía haber desaparecido. El sociólogo

proclamaba de liberadamente su creencia de que el fin justifica los medios. Proyectaba apoderarse de otras personas y al mismo tiempo matar a los que no le interesaban.

—Fíjese en lo que digo—añadió el profesor mirando directamente a Harry —. Woodruff vendrá luego. Está descansando como usted lo ha hecho. No tengo interés en usted para iniciarle en los ideales utopianos... Esa gruta no es Utopía. Lejos de aquí, en un rincón apartado del mundo, tengo una isla a la que iremos todos. Allí disfrutaremos de Utopía... sobre una base autocrática. Mi palabra significará vida o muerte. Poseo un barco excelente que nos permitirá entrar y salir de una cueva contigua a esta gruta. No es adecuado para un largo viaje; pero hace unas semanas lo utilicé para apoderarme de un cargamento de oro que viajaba a bordo del vapor Patagonia. Me vi obligado en aquella ocasión a requerir los servicios de unos hombres indignos, a los que eliminé convenientemente, dejándolos en manos de la tripulación del Patagonia.

“Podemos, pues, llamar este lugar la “gruta de oro” con todo fundamento. Se encuentra aquí guardada una cantidad de oro, evaluada en más de dos millones de dólares. Esta cantidad debía emplearse para la adquisición de un buque adecuado para llevarnos a nuestra isla de Utopía... y también para pagar a algunos ayudantes míos que prefieren oro a Utopía.

“Gracias a Antonio Hargreaves, creo obtener el buque que necesito sin tener que hacer ésa compra secreta. Así, pues, tendrán ustedes que pasar aquí unos días más, después de los cuales viajaremos con la mayor comodidad.

Las demás personas parecían comprender lo que el profesor Sheldon quería decir. Harry estaba perplejo; pero apenas se hubo retirado el profesor, se enteró de cuanto le faltaba saber.

Harry fue aceptado inmediatamente como compañero de desgracia y se le explicó en seguida lo del viaje en yate, dispuesto por Antonio Hargreaves.

—El profesor odia a Hargreaves-explicó Clayton Peale —. Dice que Hargreaves es una amenaza para la sociedad... un ambicioso que se encuentra fuera del lugar y no es merecedor de nada. ¡Esto es terrible, Vincent! ¡Piénselo bien! Hargreaves tendrá veinte huéspedes a bordo de su yate. De entre ellos, Sheldon sólo desea

seis. Lo que hará será un acto de piratería. Se apoderará del yate, tornará a los pocos que desea y sacrificará a los demás.

—¡Pobre Hargreaves! —interpuso Darwin—. La aparente amabilidad del profesor ha desaparecido y aquí se ha mostrado peligroso. Detesta a Hargreaves y no le arredrará la idea de asesinarle. Imagínese... un hombre amenazado de tal forma a bordo de su propio yate. ¡Piratería en alta mar!

—El señor Hargreaves no es desgraciado—aseguró Joan Foxcroft con voz solemne—. ¡Nosotros estamos condenados a detención, perpetuamente en una isla regida por un demente!

Las palabras de la muchacha traducían la verdad y el silencio cayó sobre el grupo reunido en la gruta de oro. Únicamente la voz de Harry Vincent expresó una esperanza.

—Tal vez fracase el plan del profesor—dijo—. Capturar un yate no es empresa fácil...

—No conoce usted los detalles del asunto—le interrumpió Darwin—. En otra cueva de este lugar, el profesor tiene a un grupo de gangsters. Otros han sido colocados astutamente a bordo del yate como tripulantes. Estamos indefensos aquí... e igualmente lo estarán nuestros amigos del crucero.

Harry recordó los informes del asunto del Patagonia. Recordó también cómo los cómplices del robo habían sido cruelmente sacrificados, por sus pretendidos camaradas del buque pirata que se habían llevado el oro.

Se dio cuenta de que el profesor Kirby Sheldon había logrado un pleno éxito entonces y estaría bien preparado para que igual sucediera en el nuevo ataque.

—El profesor es un hipócrita —aseguró Clayton Peale con tono enfático—. Sus ideas utopianas son una niñería y nosotros, pobres seres humanos, sufriremos tormentos bajo su dominio. Esos millones que robó prueban que él no es enemigo de la riqueza. Si sus planes respecto a Utopía fallasen, o quedasen olvidados, se transformaría en el bandido más poderoso del mundo.

“Me ha obligado a escribir cartas, a firmar documentos, para hacer su voluntad, bajo amenaza de muerte. Otros de entre vosotros han sufrido la misma suerte. Yo soy un hombre muy rico y comprendo su juego. Puede sacarme más de medio millón.

—En mi caso—interpuso Gale Sawyer —, me ha exigido cartas

hablando de rescate. Dice que si las usa, sacará el dinero necesario para mí regreso, muerta o viva. ¡Piense usted en nosotros... en esa pretendida isla de Utopía, adonde quiere llevarnos... mientras puede obtener por fuerza dinero de nuestros parientes...!

Todo aquello no eran meras suposiciones, sino la exposición de hechos que revelaban el verdadero carácter del profesor.

Tras su máscara de benignidad, el viejo sociólogo era un criminal de asombroso calibre. Esas conjeturas de las víctimas no eran obviamente más que el reflejo, de las ideas nacidas en la mente enferma del profesor Sheldon.

Harry Vincent escuchaba lo que decían en torno suyo y sus pensamientos se adelantaban a los que expresaban sus compañeros. Harry había encontrado a mas de un super criminal antes de entonces, se daba cuenta que el profesor Sheldon era el maestro de todos ellos.

Se confesaba que, en Sheldon, La Sombra encontraría un enemigo digno de él. EL profesor había obrado sin prisas... e igual La Sombra... pero La Sombra había confiado en Harry para obtener informes y sobre este punto, Harry había fracasado lamentablemente.

La noche anterior, al leer el mensaje de La Sombra, se había enterado por primera vez que el profesor no estaba por encima de toda sospecha.

“Vigile a Sheldon, Él es el conspirador. Relacione cuanto ocurra sospechoso con él. Espere mi llegada.”

Tal era el mensaje que Harry recibió, y juzgando la situación, Harry se enfrentó con Sheldon, acusándole para salvarse.

Elbert Cordes había sospechado de alguien que vivía en la Punta. Este fue el motivo de las expediciones del solitario en la batea de Woodruff.

El artista, por su parte, sospechaba de Cordes y fue dominado por Lester, especie de guardia de corps de Sheldon.

Cordes, que comprendió de repente que Sheldon era el culpable, fue asesinado con Downs por Lester, que estaba espionando fuera de la casa. A Harry se le perdonó a vida, únicamente porque Sheldon quería que formara parte del grupo que iba destinado a la isla de Utopía.

En la gruta, Harry se enteró del golpe más despiadado que el

profesor proyectaba dar. El asesinato de gente inocente, la captura de otra..., tales eran los sueños de Sheldon. Harry estaba enterado de ellos; pero se encontraba sin posibles medios de comunicación con La Sombra.

El camino de la gruta estaba bloqueado. Un paso secreto, guardado por los hombres de Sheldon, servía de salida al barco misterioso. Éste, con Lester en el timón iba a recoger y traía a las víctimas del profesor.

Adivinando unas cosas y enterándose de otras por sus compañeros de infortunio. Harry poseía ahora una información que le permitiría a La Sombra hacer un esfuerzo eficaz en su lucha contra el super criminal, pero ni una sola palabra llegaría hasta ella.

No había más que un factor que Harry dejó de considerar. Le habría confortado si hubiera pensado en él... y ese factor era que el golpe maestro del profesor iría dirigido hacia el yate de Antonio Hargreaves.

¡La Sombra lo había adivinado! Cuándo La Sombra preveía una crisis, se adelantaba a la misma... ¡Ese era su método!

¡El golpe final se daría a bordo del yate!

¡La Sombra sabía!

CAPÍTULO XX

A BORDO DEL YATE

EL yate Aguamarina bogaba por un mar plano como un lago. A un centenar de millas de la orilla, su rumbo Nordeste le llevaba por parajes frescos y agradables. Aquella noche, la primera desde que zarpara, resultaba casi fría y los pasajeros se habían retirado, menos dos.

Antonio Hargreaves-el anfitrión, y Mauricio Traymer, joven elegante neoyorquino, seguían en la cubierta.

—¿Ha enviado usted su radiograma? —preguntó amablemente Hargreaves mientras paseaban de arriba abajo.

—Sí —contestó Traymer—. Gracias, amigo mío.

Un miembro de la tripulación pasó a su lado, saludando a Hargreaves. EL millonario le contestó con un leve ademán de la mano, sin mirar fijamente al hombre y pasándole por alto el gesto que Traymer hizo.

Igual sucedió con otro miembro de la tripulación. Al llegar a proa, Traymer propuso ir por el lado de babor. Allí, Traymer se entretuvo en la borda y Hargreaves, siempre afable, permaneció a su lado.

—Todos parecen estar satisfechos a bordo-hizo observar Hargreaves —. Me alegro que Lamont Cranston haya venido. Es un hombre prominente.

—No le he visto esta noche —dijo Traymer—. ¿Dónde estaba?

—Se ha retirado temprano-dijo Hargreaves —. Cranston es un hombre agradabilísimo. Se ha excusado diciendo que el aire del mar le da siempre mucho sueño.

Los dos hombres anduvieron unos pasos por la cubierta y se detuvieron ante la borda. Una luz que brillaba sobre sus cabezas

proyectaba sus sombras en la cubierta y revelaba también una gran mancha oscura entre las dos.

Aquel era indicio revelador de la presencia de otra persona. Aunque no fuera visible. Ningún ojo humano habría divisado la alta figura embozada en una capa negra que permanecía a unos pasos de la barandilla, escuchando cuanto decían Hargreaves y Traymer.

Más tripulantes pasaban a su lado. A todos, Traymer haga una seña secreta que Antonio Hargreaves no notaba. Lo único en que el millonario se fijó era que se veía a un número considerable de tripulantes e hizo un comentario lleno de orgullo sobre el hecho.

—Hay yates en los que faltan brazos-dijo a Traymer—. ¡Eso nunca ocurre conmigo! He alquilado miembros extras... en pocos días. Mi lema es tener disponibles a muchos brazos. ¡Eso da buenos resultados en casos de necesidad!

Pocos momentos después Hargreaves hizo otro comentario que motivó un respingo de Traymer, arrancándole luego una sonrisa.

—Seguimos la ruta de los vapores-dijo el millonario—. Si no me equivoco, estamos cerca del lugar donde robaron el oro del Patagonia. Fue un golpe atrevido, ¿no? Me pregunto cómo lo lograron.

—¡Cualquiera no se muestra atrevido cuando se trata de dos millones! —contestó Traymer con tono indiferente.

—¡Es verdad! —admitió Hargreaves—. Fue un acto de piratería y me alegro que no llevemos metálico a bordo del yate. ¡Esos mismos ladrones podrían venir a tomárnoslo!

Traymer miraba por encima de la barandilla. Las luces del Aguamarina se reflejaban en el agua... A poca distancia le pareció a Traymer que veía un objeto negro que se mantenía a la altura del yate. Consultó la esfera luminosa de su reloj pulsera y vió que casi era la una y media.

A partir de entonces, Traymer lanzó frecuentes miradas al agua, escuchando mientras tanto lo que Hargreaves le decía. Cuando el reloj marcó la una y media en punto, Traymer decidió encender un cigarrillo.

Sacó un fósforo de su bolsillo y frotó sobre la borda. El fósforo chisporroteó y lanzó pequeñas llamaradas que recordaban fuegos artificiales.

—¡Brrrrr! —exclamó Hargreaves—. Este fósforo debe haber

salido de un taller de pirotecnia. ¿Lleva usted muchos como él?

—Sí-dijo tranquilamente Traymer —. Ya lo verá usted. A propósito, Hargreaves, ¿ha sabido usted algo del profesor Sheldon antes de zarpar?

—Sí —contestó el millonario—. Me ha enviado una nota deseándonos feliz viaje. El profesor es un hombre estupendo y me tiene sumo aprecio.

—No estoy de acuerdo con usted —declaró Traymer.

Al decir estas palabras, Traymer encendió otra cerilla que chisporroteó como la primera.

—No gaste más municiones-dijo riendo Hargreaves —. Pero ¿qué me dice respecto al profesor?— Y con tono incrédulo añadió —: ¿Dice usted que él no me quiere?

—No, Hargreaves-dijo Traymer —. Sabe lo que es usted... un hombre enriquecido. Prefiere la gente como yo... los que son de buena cuna y también le gustan los que permanecen en el ambiente al que pertenecen. Usted es plebeyo, Hargreaves, aunque se adorne con bonitas plumas...

—Me resiento con esta observación, Traymer-declaró Hargreaves con enfado —. Es insultarnos al profesor y a mí...

—Usted merece insultos-dijo Traymer interrumpiendo desdeñosamente al millonario —. En cuanto al profesor Sheldon, puedo fácilmente probarle cuáles son sus sentimientos hacia usted...

—¿Cómo? —inquirió Hargreaves.

—Con más municiones-contestó Traymer.

Y sacándose un revólver del bolsillo lo apretó contra las costillas del millonario. Hargreaves dio un paso atrás, demasiado asombrado para hacer nada.

—¿Qué... qué... qué... —tartamudeó—, qué va usted a hacer, Traymer?

—Quiero matarle-contestó fríamente Traymer —, para hacer un favor al profesor Sheldon, que le desea a usted. Estará aquí dentro de unos minutos para comprobar el hecho en persona... pero usted no lo oirá. Esos fósforos tan brillantes, Hargreaves, eran la señal de que todo está dispuesto. El buque del profesor se acerca al yate. Su tripulación comprende buen número de sus hombres y tiene algunos ayudantes capaces en su propio barco... el barco, Hargreaves, que robó al Patagonia.

Hargreaves, saliendo de su asombro, se abalanzo sobre Traymer. Riendo, el joven se echó atrás y puso el dedo en el gatillo de su revólver al caer Hargreaves contra la borda.

Perdido el equilibrio, el millonario no podía luchar eficazmente contra su criminal adversario. Traymer prosiguió con tono burlón:

—Ahí va el tiro, Hargreaves-dijo —. Da principio a la lucha que pondrá fin al crucero de este yate... y cuando la bala de en el blanco acabará con una vida inútil.

La última predicción de Traymer era justa.. AL bajar su revólver y encañonar a su víctima indefensa, se oyó un disparo en el momento en que el dedo de Traymer tocaba el gatillo... pero Antonio Hargreaves no recibió la bala.

El tiro no salió de la pistola de Traymer, sino de una automática, a doce pies de allí.

Mauricio Traymer tenía razón. Aquel tiro puso término a una vida inútil... que era la suya propia.

La Sombra... que subió a bordo bajo el nombre de Lamont Cranston..., había esperando aquel momento Con gran oportunidad, La Sombra disparó su automática y la bala se alojó en el cuerpo de Traymer.

El revólver cayó con ruido metálico sobre la cubierta al desplomarse Traymer a los pies de Antonio Hargreaves, el hombre honrado a quien intentó asesinar.

CAPÍTULO XXI

LA HUIDA

UNA verdadera batahola reinaba a bordo del yate Aguamarina. Al oír la señal, que consistía en un tiro, sus numerosos tripulantes, pistoleros disfrazados corrieron a ocupar lugares estratégicos, blandiendo sendos revólveres. Al mismo tiempo, la luz potente de un faro brilló al lado del buque, que quedó iluminado en toda su longitud.

Se oyeron gritos bajo cubierta. La gente corría de un lado a otro para enterarse del significado del disparo. Los honrados miembros de la tripulación y su capitán, que estaba en el timón, se encontraban a merced de los gangsters que iban a asesinarlos sin compasión...

Pero no habían cantado con la sorpresa que les estaba reservada. Irguiéndose en el techo del camarote central, vieron a una alta figura vestida de negro, aparición espectral que pasó inadvertida hasta que una risa alta y burlona revelara su presencia.

Todos los ojos se volvieron a ella y en un abrir y cerrar de ojos los gangsters amotinados reconocieron la figura del único ser a quien temían...

¡La Sombra!

A ninguna le sobró tiempo para extrañarse de la llegada inesperada del temible vengador. Al reír, La Sombra levantó los brazos y unas llamaradas brotaron de sus poderosas automáticas.

Antonio Hargreaves, apoyado en la borda, comprobó los terribles resultados del fuego de La Sombra. Unos disparos certeros derribaban a los enemigos uno tras otro.

Los gangsters, blandiendo sendos revólveres, intentaban acabar con la amenaza que se les enfrentaba.

La Sombra había escogidas bien su sitio para iniciar el ataque. Aunque buenas tiradores a corta distancia, los “gorilas” no podían competir a aquella distancia con la extraña figura negra, que les retaba con sus carcajadas sardónicas.

La puntería de La Sombra era tan perfecta como si disparara a un pie de distancia. La misma luz proyectada con el fin de ayudar a los gangsters les resultaba ahora desfavorable.

La vista de los hombres cayendo aquí y allá por la cubierta descorazonaba a aquellas bandidos que creyeron conseguir fácilmente la victoria.

Un hombre, inclinándose sobre un bote salvavidas, intentó alcanzar a La Sombra. La automática rugió y el bandido, cayendo del bote a cubierta rebotó y dio con su cuerpo en el mar.

Otro gangster, encaramado al techo de una de las cubiertas laterales, intentó saltar para ponerse en lugar seguro. La bala de La Sombra le alcanzó en el aire y el bandido se desplomó.

Otro pistolero, en una oportunidad, se acercó sin ser visto a La Sombra.

Volviéndose instintivamente, el vengador alcanzó al atacante al erguirse éste.

Fue una lucha rápida y La Sombra llevó desde el principio las de ganar. Solo contra veinte, fió en su habilidad y precisión para enfrentarse con la furia de los desconcertados gangsters.

Únicamente los que se pusieron a cubierto al empezar tuvieron la suerte de escapar al fuego mortífero de La Sombra; pero un minuto después de iniciarse la lucha, La Sombra vió reunírsele un ejército de aliados.

El capitán y los más listos y decididos de los tripulantes entraban en acción.

De haber usado la discreción, no habría habido bajas entre aquellos luchadores. Sin embargo, dejándose llevar de su excitación, saltaron sobre los bandidos y en el cuerpo a cuerpo que siguió, tres o cuatro tripulantes cayeron, alcanzados por balas enemigas antes de que La Sombra pudiese ayudarles.

Los pasajeros, saliendo de sus camarotes, se metieron en la refriega y esta vez La Sombra logró salvarlos a todos. Uno de los pistoleros intentó disparar sobre Hargreaves.

Con una bala certera, La Sombra evitó el cobarde atentado

contra un hombre desarmado, otro gangster cayó muerto, prueba de la pericia de La Sombra.

Al calmarse el tiroteo, el buque misterioso se acercó con el poderoso faro siempre encendido. Unos gritos confusos subían del mismo.

Los que iban a bordo habían visto a La Sombra y sabían que el motín había fracasado a bordo del yate. El capitán del yate ordenó enfocar la embarcación con potentes faros. Las luces del yate palidecían al lado de la deslumbrante iluminación.

La Sombra fue quien inició la acción decisiva. Disparó su automática y con un ruido de vidrios rotos, la potente luz del buque misterioso saltó hecha pedazos.

Eliminado el faro, el buque negro quedó revelado claramente a cincuenta pies escasos del Aguamarina.

Roncando suavemente su motor, la embarcación pirata iba arrimándose al costado del buque. La cámara central le servía de fortaleza en miniatura.

Asomados en las aberturas de la misma, se veían rostros diabólicos y entre ellos la faz del profesor Kirby Sheldon.

Acercándose a la cubierta más baja del yate, el timonel maniobraba de modo que los piratas pasaran bastante cerca del Aguamarina para poder abordarlo.

Aquello revelaba el plan frustrado por La Sombra. Reinante la confusión a bordo del yate, debido al motín, los invasores llegaban para completar la captura del Aguamarina.

Aun ahora, a pesar de lo ocurrido, el profesor Sheldon continuaba el ataque.

Al llegar su embarcación a unos quince pies escasos del costado del Aguamarina, dio una voz de mando con tono tal, que sonó como una nota de horror a los oídos de los que iban en el yate.

Inconscientemente, el capitán y su victoriosa tripulación habían hecho el juego del super-villano. También los pasajeros cometieron el mismo error.

Tumbados los gangsters y asegurado el triunfo con ayuda de La Sombra, casi todos los hombres hábiles a bordo del Aguamarina se congregaron a babor.

Con los revólveres en la mano, se prepararon para resistir al abordaje tan pronto como sus enemigos, surgieran de la recámara

del buque negro.

La Sombra; erguida encima de ellos, sostenía dos automáticas vacías. Había traído tres pares de ellas; ya eran la quinta y la sexta.

Exhaustas sus municiones, La Sombra dejó que terminasen la lucha los tripulantes del Aguamarina; pero de pronto, la locura de los hombres del yate pareció precipitarles a su pérdida.

Alineados en la borda, decididos a resistir a los invasores, eran excelentes blancos para el arma mortífera que el profesor Sheldon dirigió contra ellos.

¡Por encima del mamparo de la cámara del buque pirata se elevó el cañón de una ametralladora! Apuntando en línea recta al yate, aquel instrumento de muerte iba maniobrado por un hombre que estaba a cubierto, sin que se le viera.

La consternación reinó entre la tripulación y los pasajeros del Aguamarina, cuando vieron el temible artefacto vuelto fríamente en su dirección.

El buque negro estaba exactamente al lado del yate... Dentro de unos segundos, una lluvia de balas barrería a cuantos ofreciesen resistencia...

Unos tiros aislados brotaron en vano de varios puntos del yate. No hicieron daño alguno a los piratas, al abrigo del mamparo.

El profesor Sheldon y su puñado de hombres endurecidos se habían ocultado. El que maniobraba la ametralladora les miraba con ayuda de un periscopio.

A bordo del yate, algunos hombres se dejaron caer de bruces sobre la cubierta, mientras otros corrían locamente por las escaleras. Todos sus esfuerzos eran útiles. Estaban cogidos, acorralados. Les faltaba tiempo para eludir aquel sombrío instrumento de muerte. El vil plan del profesor Sheldon estaba a punto de verse coronada por el éxito.

Pero mientras casi todas a bordo del yate perdían la serenidad, un hombre obró con atrevimiento y seguridad. La Sombra, con increíble rapidez, inició un ataque extraño e imperado.

Tirando sus automáticas a un lado, el fantasma negro se lanzó adelante.

Enorme criatura de las tinieblas, saltó del techo de la cámara central a la cubierta que se encontraba debajo y, como si rebotara, se puso de pie, en la borda y se hundió en el agua.

El cuerpo de La Sombra tocó el mar con los pies primero, a medio metro de distancia del buque negro. Sus largos brazos bloquearon momentáneamente la línea de fuego de la ametralladora y luego las manos poderosas de La Sombra agarraron el arma homicida.

En el preciso instante en que el hombre oculto tras el antepecho iba a disparar, el cuerpo de La Sombra se hundió nuevamente en el agua y sus fuertes brazos que rodeaban el cañón de la ametralladora, arrancaron el arma de sus amarras. El instrumento de muerte del profesor Sheldon pasó por encima el antepecho y cayó al agua.

Un grito de esperanza se elevó a bordo del yate al hundirse La Sombra, bajo la superficie de las olas con la ametralladora.

Inspirados por el ejemplo de La Sombra, los tripulantes del yate obraron rápidamente, Unas hombres armados saltaron por encima de la barandilla, dispuestos a saltar sobre la cubierta de la embarcación pirata, bajo la protección de sus camaradas que permanecían detrás.

Pero los hombres del buque negro habían juzgado la situación. En un abrir y cerrar de ojos la embarcación se puso en marcha y se alejó del yate hendiendo las aguas con una rapidez, que bien pronto la puso al abrigo de todo ataque.

Unos tiros de revólver, inútiles por cierto, la persiguieron. El buque negro se hundió en la noche, más allá del alcance de los faros del yate.

Fue entonces cuando el capitán del Aguamarina gritó una nueva orden.

¡Socorrer al hombre que había saltado al agua! ¡Traer al intrépido luchador que había salvado al yate!

¿Dónde estaba el ser cuyo fuego mortífero había diezmado a los amotinados, aquel extraño luchador que no había vacilado en saltar sobre la embarcación enemiga para apoderarse de la ametralladora de los piratas?

No se veía nada en la superficie del agua alumbrada por los faros del Aguamarina. La Sombra se había ido... se la había tragado el mar.

Todos los esfuerzos para encontrarla fueron inútiles.

Al transcurrir largos instantes, los del Aguamarina, tuvieron que

creer en una desgraciada conclusión. Supusieron que su salvador había muerto, que en su loco esfuerzo se había hundido para siempre con la pesada ametralladora.

Enredados los pliegues de su capa negra en el metal del mecanismo, La Sombra había desaparecido de su vista y no volvería seguramente a aparecer.

Al seguir el Aguamarina su ruta, los que iban a bordo se sintieron entristecidos por el desgraciado desenlace de la aventura.

CAPÍTULO XXII

EL REGRESO

HUNDIENDO el agua silencioso con la cortante proa casi sumergida bajo las olas, el buque misterioso del profesor Sheldon aminoró la velocidad al penetrar en la bahía, cerca de la Punta del Este.

De pie en la recámara, el profesor miraba delante de él la mole de Little Knob, oscura en la noche. Lester, que estaba al timón de la derrotada embarcación, guiaba ésta con fría precisión.

Escogió un lugar que pareció distinguir sin dificultad y el buque negro se internó lentamente entre los peñascos, desembocando en una pequeña caleta.

Todos los que iban a bordo se acurrucaron. La oscuridad más completa les rodeó al deslizarse el barco bajo un arco de roca muy baja. En seguida la bóveda empezó a elevarse y medio minuto después, el yate se internó en un canal donde una luz solitaria indicaba el camino.

El profesor Sheldon y sus ayudantes, Lester, Shoyer y dos gangsters de la cuadrilla de “Beeb” Norbin, viajaban por canales subterráneos encaminándose a la base era la que guardaban a la singular nave.

Esta recorrió un canal que formaba una curva y se detuvo ante un pequeño desembarcadero. Allí, encima de una puerta metálica, unas luces iluminaban la escena.

La puerta estaba abierta y un hombre estaba de pie en el umbral. Se abalanzó sobre los recién llegados que reconocieron a “Beef” Norbin, exclamando:

—¿Tienen ustedes al yate, no?

Dos hombres que surgieron a su lado cogieron unas cuerdas con

el fin de amarrar el barco.

—Buen —trabajo, jefe— prosiguió —. Podemos cargar y ponernos en marcha.

El profesor Sheldon levantó la mano y las palabras expiraron en labios de Norbin. El anciano saltó del buque negro y se llevó a “Beef” a un lado del embarcadero. El gangster escuchó con asombro lo que le dijo.

—Hemos fracasado-declaró el profesor —. Fracasado en toda la línea, a causa del hombre de quien me habló usted...

—¡La Sombra!

—¡Sí, La Sombra! Estaba a bordo del yate.

—¿Cómo se encontraría allí?

—Lo ignoro. Abrió fuego contra los amotinados y cuando pusimos en acción la ametralladora, saltó del yate y se llevó nuestra arma por encima de la borda.

“Beef” Norbin silbó suavemente.

—¿Dónde está La Sombra ahora? —preguntó con tono asustado.

Una expresión de diabólica satisfacción cubrió el rostro de Sheldon.

Había visto el final de la lucha y al igual que los del yate, creía que La Sombra había perecido.

—En el fondo del océano —declaró—. Esto por lo menos es alentador. ¡Nuestros planes han fracasado... pero tengo otros!

El profesor miró en torno suyo, como admirando los dispositivos del canal.

Señaló con la mano la puerta que llevaba a la gruta de oro.

—Esto me cuesta una pequeña fortuna, Norbin-declaró —. Pero ¿por qué ha de preocuparme? Tenemos dos millones en oro. Tengo papeles, documentos y planes que me permitirán recoger unos cuantos millones más. Nuestro buque es rápido... y el tiempo perfecto para un veloz viaje.

“Esta vez, estoy preparado contra toda alarma. Cuando Traymer envió el radiograma dio instrucciones al telegrafista, uno de nuestros hombres a bordo del yate, para que inutilizara la emisora. Estoy seguro que se ha hecho buen trabajo esta vez, mucho mejor que a bordo del Patagonia.

“Podemos encaminarnos a un lugar conveniente del estuario de Long Island. Allí descargaremos y echaremos el barco a pique... o

podemos internarnos en el mar. Tengo una base perfecta en una de las islas desiertas de las Bermudas. Si es preciso, podemos proseguir hasta las Antillas...

—Vamos al estuario-sugirió “Beef” —. Podemos escapar rápidamente y desaparecer del mapa. Eliminada La Sombra, será asunto fácil...

—Tal vez tenga razón, Norbin-contesté el profesor —. Sin embargo, yo decidiré en último caso. Nuestro trabajo actual consiste en cargar el barco tan rápidamente como sea posible. Usted toma la dirección del trabajo, Norbin... Dispone de una docena de hombres... Suba el oro a bordo... los documentos... todo lo que podamos necesitar. Lester y Shoyer le ayudarán. Les doy veinte minutos, todo lo más. Si desembarcamos en Long Island, cuento con usted para obtener los automóviles...

—Eso será fácil —contestó Norbin con una mueca.

—Tenemos hasta el alba —hizo observar el profesor—. De manera que nuestros planes han de salir bien; pero cuanto menos tiempo estemos aquí, mejor. ¿Dónde están mis huéspedes?

“Beef” Norbin se echó a reír.

—En la gruta... —dijo—, pasando el rato. Supongo que sufrirán una desilusión...

—Voy a verles —declaró el profesor—. Les hablaré mientras usted carga el buque y les diré lo que pienso hacer con ellos.

—Vamos a tener disgustos... —aseguró—, si hemos de cuidar de toda esa gente al escapar de aquí. Tal vez tengamos que hacer dos viajes.

—No se preocupe-dijo el profesor con una sonrisa fatigada —. Cuidaré en persona de mis huéspedes. Mis planes para formar una Utopía quedan abandonados por ahora. Otros sujetos adecuados estarán a nuestro alcance si los reanudo. No hay escasez de ejemplares para mis experimentos, ¡Venga!

“Beef” Norbin siguió al profesor por la puerta. Los otros hombres les acompañaron al hacerles una seña el gangster. El profesor les llevó por un pasadizo que iba subiendo.

El camino se dividió en dos. El anciano se detuvo ante una puerta, mientras los demás torcían a la derecha.

—Cargad rápidamente-ordenó Sheldon —. Todos al trabajo... en seguida.

“Beef” Norbin asintió con la cabeza. Lester y Shoyer le imitaron y el profesor abrió su puerta, bajando unos cuantos peldaños al otro lado. Llegó ante otra puerta y la abrió, penetrando en la gruta de oro.

En el otro extremo de la cámara abovedada se encontraban sus huéspedes forzosos.

Levantaron los ojos al entrar el profesor. Con rostro sonriente y cruzado de brazos, el anciano los contempló con benignidad al dar unos pasos al centro de la gruta.

El profesor empezó a hablar. Detrás de él, por la puerta abierta, se oyeron los pasos de los hombres que trasladaban la primera carga de riquezas al muelle subterráneo.

Más lejos, en el embarcadero, la escena estaba desierta. El buque misterioso flotaba, amarrado fuertemente. Unas sombras fantásticas se proyectaban en las paredes de roca de la cueva.

Aquellas sombras parecían animadas de una vida especial... La escena era silenciosa, siniestra. Cuando el primero de los cargadores pasó por el umbral de la puerta, sus pisadas resonaron fuertemente bajo el techo abovedado.

Otras siguieron; estaban cargando por turnos.

¡No tardaría el trabajo en estar listo! A renglón seguido, escaparían.

¡Unos hombres desesperados se afanaban dándose prisa, mientras las sombras bailoteaban sobre las paredes, al lado del embarcadero!

CAPÍTULO XXIII

LA FUGA

EL profesor Sheldon había estado hablando elocuentemente durante más de quince minutos. De pie al lado de la gruta, el viejo sociólogo tenía todo el aspecto de dar una conferencia. Sus oyentes —los que había llevado allí por fuerza —le escuchaban con interés.

Incluso Harry Vincent, que sentía acercarse el peligro, se veía obligado a admirar la soltura y el dominio sobre sí del profesor. En realidad, el único miembro del grupo que se mostraba enfurruñado era Malbray Woodruff. El artista se había reunido con ellos durante la velada, mostrándose taciturno y ensimismado.

El profesor resumía una disertación sobre su tópico preferido... —es decir, Utopía. Al llegar a las últimas palabras, oyó silbar en el pasillo. El profesor Sheldon sonrió. El barco misterioso estaba cargado. El momento del desenlace del drama había llegado.

—He hablado de Utopía-declaró el sociólogo —. Ahora es hora que hable de mí y de ustedes. Espero que hayan disfrutado de su estancia en esta gruta de oro. Nadie más vivirá en ella de ahora en adelante. Pienso abandonarla esta noche.

El profesor señaló la puerta a su espalda y dando un paso atrás colocó la mano sobre una palanca.

—El suelo de esta gruta... —explicó—, se encuentra a un nivel inferior al de la bahía. En consecuencia al mover esta palanca, puedo abrir unas compuertas especiales y la gruta quedará inundada, evitando así que se penetre en ella en el futuro.

“Había proyectado inundarla esta noche, después de nuestra salida. Todavía pienso hacerlo así; pero he alterado mis planes. Siento, señoras y caballeros, tener que renunciar a mi ensueño actual de formar una Utopía.

Los que le oían no sabían si, tomar estas palabras como un buen o mal augurio. Había algo siniestro en el tono del profesor. Harry se dio cuenta de ello.

Estaba más cerca del profesor que los demás y se acurrucó, comprendiendo que había llegado el momento de obrar rápidamente:

—La gruta se llenará de agua instantáneamente—dijo el profesor—. Así, pues, pienso subir los escalones del pasadizo, después de cerrar la puerta tras de mí. Esta puerta cierra automáticamente. Siento decirles que estaré a un lado de la puerta y ustedes al otro.

“¡Esta noche, amigos míos, he escogido la riqueza en vez de Utopía... y mi única excusa es que unas circunstancias adversas han influido en mi decisión!

Sheldon tenía la mano sobre la palanca. Harry Vincent se puso en pie dispuesto a todo; pero estaba desarmado, al igual que sus compañeros. Veinte yardas le separaban del profesor que ya estaba en el umbral.

¡Harry renunció a correr el albur, pues si echaba al profesor de la gruta, perdía al hacerlo toda probabilidad de salvación!

Únicamente lo inesperado podía salvar a las ocho personas sentenciadas... y lo inesperado ocurrió.

¡Se oyó un tiro de pistola en el pasadizo, detrás del profesor...; Luego un segundo, un tercero y finalmente una descarga cerrada, acompañada de gritos de sorpresa!

Inconscientemente, el profesor Kirby Sheldon se volvió con el fin de mirar lo que ocurría. Harry Vincent aprovechó el momento. Dando un salto formidable, se abalanzó sobre el profesor.

El anciano se volvió a tiempo para verle llegar e hizo un esfuerzo inútil para mover la palanca. Harry le cogió la mano y le apartó del umbral.

Unos gritos de aprobación brotaron de los labios de los compañeros de Harry. Clayton Peale y Roy Darwin se levantaban. Vieron que Harry ganaba al anciano y su pensamiento fue el de proteger a las muchachas... haciéndolas salir de la gruta.

Pero ¿acaso podían enfrentarse sin peligro con el tiroteo? Se oían disparos en los corredores, fuera de la gruta... tiros que iban acercándose a la escalera de piedra.

Al vacilar Darwin y Peale, un hombre bajó tambaleándose los

escalones y penetró en la gruta. Era Lester.

—¡La Sombra! —El hombre hablaba con voz temblorosa y miraba como extraviado—. ¡La Sombra! Estaba en el barco... encontró revólveres... nos ha atacado.

Hasta entonces Lester no se dio cuenta que Sheldon luchaba con Harry Vincent lejos de la puerta de la gruta; pero cuando se fijó en lo que ocurría, dio un saltó hacia ellos, blandiendo su revólver con el que encañonó a Harry.

La amenaza del arma mantuvo a raya a Darwin y a Peale. No podían desde lejos hacer nada por Harry Vincent.

Fue Harry en persona quien hizo cara al ataque. Echando al profesor a un lado, inició un cuerpo a cuerpo con Lester antes de que el criado tuviera tiempo disparar.

En aquel momento Shoyer entró, tambaleándose. No constituía una amenaza para nadie. Cayó muerto en el mismo umbral de la puerta de la gruta. La Sombra había dado buena cuenta de él.

Roy Darwin y Clayton Peale se pusieron en movimiento al ver la situación.

Lester echó a Harry al suelo y levantó el brazo para acribillarle a balazos.

Darwin corrió en su ayuda, pero sin la esperanza de llegar a tiempo. En el mismo instante el profesar, poniéndose en pie, se arrastró hacia la puerta con el fin de maniobrar la palanca. Peale le persiguió... pero él también estaba demasiado lejos para evitar el funesto gesto.

Todo parecía perdido cuando se oyó un tiro en la escalera. La Sombra llegaba. Su figura, oculta en las tinieblas del corredor, surgió como un símbolo de venganza... pero al hacer aquel disparo, La Sombra se vió obligada a escoger entre Lester, que iba a matar a Vincent, o el profesor, que tenía ya la mano sobre la palanca de la muerte.

La Sombra escogió a Lester. El hombre se desplomó con una bala en el corazón, antes de acabar con Harry Vincent. Un grito de triunfo brotó de labios de Kirby Sheldon al empujar la palanca sin que nadie se opusiera a ello.

Con un silbido siniestro, unas compuertas se abrieron a un lado de la gruta y unos enormes chorros de agua saltaron en la gruta, barriendo el suelo en el que las víctimas de Sheldon se encontraban.

Haciendo un postrero esfuerzo de destrucción, el profesor Sheldon intentó cerrar la puerta automática al saltar sobre los escalones de piedra.

Fue entonces cuando se encontró con La Sombra. Dando un salto tremendo, el profesor intentó cerrarle el paso al hombre vestido de negro.

La Sombra, al bajar, cogió el cuerpo del anciano y lo lanzó con la misma fuerza que una piedra es proyectada por una catapulta.

Con los brazos en cruz, el viejo bribón cayó de cabeza entre la puerta que se cerraba y la pared del pasadizo. Su cuerpo sirvió de cuña para impedir el cierre total de la barrera automática.

Harry Vincent saltó adelante y abrió la puerta. El cuerpo del profesor, cayó inerte sobre el umbral. Harry pudo ver a La Sombra... se dio cuenta que le hacía señas con la mano enguantada de negro y comprendió que el camino estaba libre.

Llamando a sus compañeros, Harry abrió la marcha. Hombres y mujeres le siguieron, a través del agua, que ya les llegaba a la rodilla. El cuerpo del profesor Sheldon flotó ante sus ojos, sin que nadie intentara detenerlo.

¡Que el anciano estuviese muerto o meramente aturdido, pertenecía a la gruta fatal!

Una vez en la escalera, Harry ayudó a Darwin y Peale a poner las mujeres a salvo. Una vez encima del nivel de la gruta sumergida, Harry escogió el corredor que había que seguir, pues a alguna distancia podía ver a dos ojos brillantes que pertenecían a una forma fantasmal y negra.

Los fugitivos llegaron al muelle de la cueva externa. Harry Vincent les precedía. Llegó a tiempo para oír una voz que le susurraba en tono bajo algunas instrucciones, desde el camarote del barco.

Las mujeres lanzaron algunos gritos al ver los cuerpos de los gangsters tumbados en el embarcadero o flotando en el agua. Entre ellos se encontraba "Beef" Norbin, el jefe de la banda. La Sombra había ganado una victoria rápida y muy certera.

Los motores del buque misterioso zumbaban al subir los prisioneros a bordo.

Peale se encargó de las máquinas, siguiendo la orden de Harry. Lentamente, la nave se internó por el canal... llegó a un lugar

totalmente oscuro; pero allí y siguiendo las instrucciones de La Sombra, Harry les mandó a todos que se pusieran de bruces.

El aire frío les tocó de lleno bajo el arco de piedra. En seguida, el barco salió a la bahía, al aire libre. Sus costados rozaron peñascos de la caleta y en seguida abogó suavemente al guiarlo Harry hacia una luz distante al otro lado de la bahía.

Todos hablaban en voz baja; pero excitada. Ignoraban a quién debían la salvación, pues no habían visto a La Sombra. A los ojos de sus compañeros, Harry Vincent era un héroe.

Creían que había aprovechado la circunstancia de una refriega entre los secuaces del profesor Sheldon.

Pero Harry sabía la verdad... sabía que La Sombra se encontraba a bordo del yate de Antonio Hargreaves.

Lo que ni él ni nadie sabía era que La Sombra había subido a bordo del buque misterioso, después de desembarazarse debajo del agua de la ametralladora. Aquel detalle escapó al profesor y a sus cómplices... que todos estaban muertos.

El ultimo intercambio de tiros entre Sheldon y el yate permitió a La Sombra introducirse en la recámara del buque misterioso. Se escondió hasta que hubieron amarrado el barco y después esperó, arrimado a la pared oscura del canal subterráneo.

La cámara del barco estaba actualmente llena de sacos de pesado metal y cajas de madera.

¡Contenían el oro del Patagonia y los papeles del profesor!

La Sombra cayó sobre los secuaces del profesor Sheldon cuando éstos completaban el cargamento. La lucha estuvo en todo momento en su favor.

Tan sólo unos hombres llegaron al corredor. La Sombra les persiguió, matando a Shoyer y luego a Lester, antes de darle su merecido al profesor.

Harry pensaba en lo que debería decir más tarde. Comprendió que no debía mencionar el nombre de La Sombra. Con Woodruff, podría decir lo que había ocurrido en la Punta. Los demás explicarían lo que se refería a su cautiverio.

El barco se acercaba a un muelle iluminado. Un potente faro lo iluminó de repente. Un cúter guardacostas, a la caza de contrabandistas de ron, había divisado la nave.

Unos gritos surgieron del cúter al darse cuenta su tripulación,

que ahí estaba el buque misterioso que desafió todas las pesquisas.

La luz reveló la presencia de mujeres a bordo. Los guardianes comprendieron que no podía tratarse de la tripulación pirata.

Harry arrimaba el barco... y numerosas personas subieron a bordo... Todas daban explicaciones a la vez.

Los guardias vieron los sacos, dándose cuenta que se trataba del oro robado.

Escuchaban las historias que les exponían antes de examinar el contenido del barco, pero al subir los representantes de la autoridad a bordo e introducirse en la cámara, Harry se preguntó sobresaltado: “¿Encontrarán a La Sombra?”

¡No!

La respuesta a esta pregunta se le hizo patente a Harry Vincent mientras miraba instintivamente hacia la proa del buque misterioso.

Allí, en la oscuridad, Harry divisó por un segundo una forma negra... que desapareció casi instantáneamente.

La Sombra se había ocultado en la proa de la nave. Acurrucada allí, pasó inadvertida y se deslizó a tierra, al amparo de las tinieblas.

Aguzando el oído, Harry Vincent creyó oír los ecos de una risa burlona y lejana que gradualmente expiró en la noche.

Las víctimas del profesor Sheldon estaban ya a salvo. El oro del Patagonia había sido recuperado. El maestro villano y sus malvados cómplices habían encontrado su destino. ¡La gruta de oro estaba sumergida!

¡Todo eso lo había realizado la mano de La Sombra!

¡La Sombra no fracasaba nunca!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN